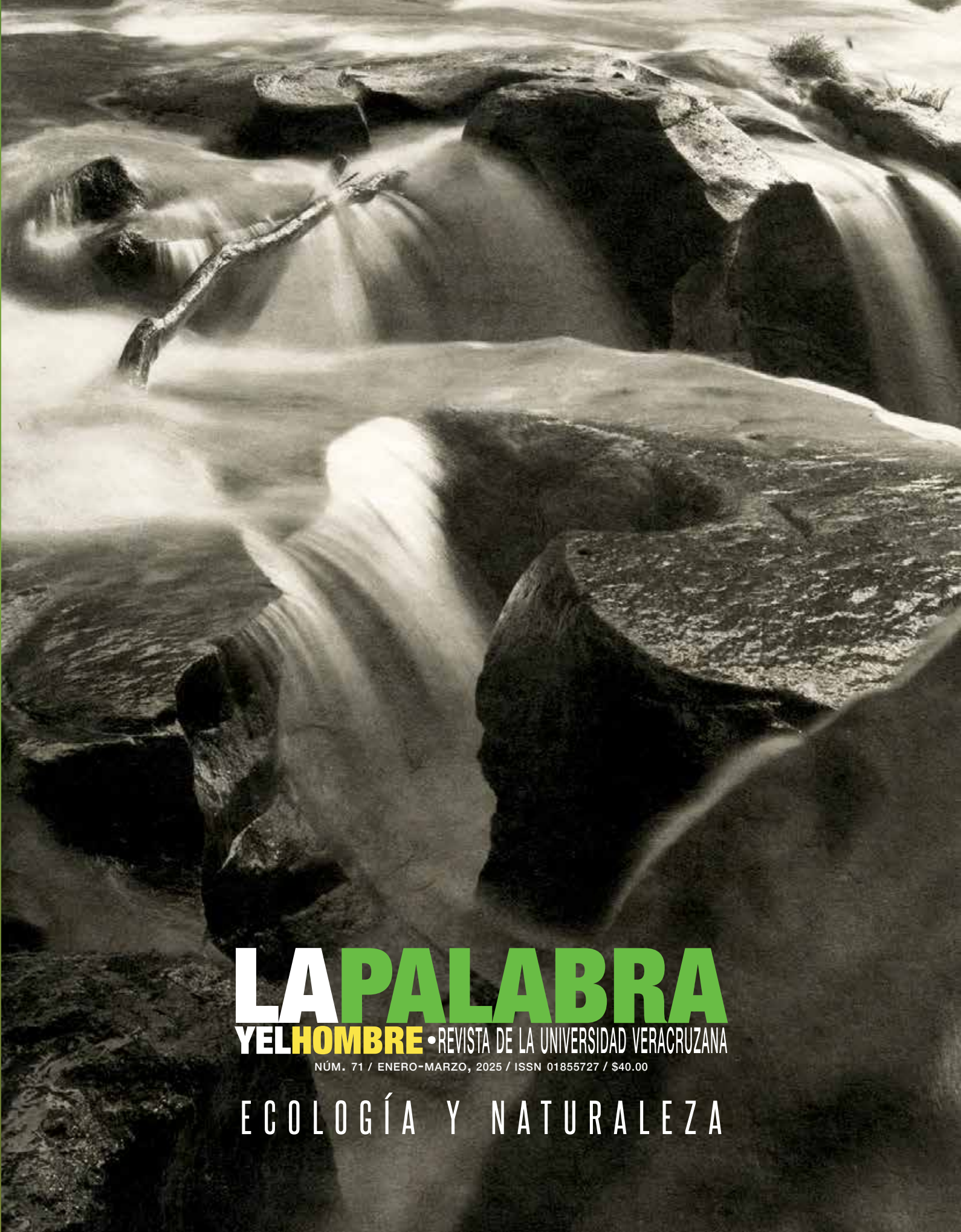




LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

NÚM. 71 / ENERO-MARZO, 2025 / ISSN 01855727 / \$40.00

ECOLOGÍA Y NATURALEZA



50 ANIVERSARIO
GENERAMOS CONOCIMIENTO
PARA LA CONSERVACIÓN
Y EL BIENESTAR SOCIAL

La visión estratégica del
Instituto de Ecología, A.C.
nos sitúa como un **centro de investigación**
de referencia internacional en el estudio,
conservación y manejo del patrimonio natural.

Tenemos la misión de generar, transferir y
socializar conocimiento científico y
tecnológico de frontera en beneficio de la
sociedad, garantizando el ejercicio del
derecho humano a la ciencia.

Les invitamos a celebrar este 2025 nuestro
50 aniversario, tendremos eventos
conmemorativos todo el año.

www.inecol.mx

 [/inecolxalapa](https://www.facebook.com/inecolxalapa)

LA PALABRA Y EL HOMBRE

ECOLOGÍA Y NATURALEZA

El ojo humano tiene una considerable sensibilidad al color verde: es sabido que puede identificar poco más de cien tonos distintos de este matiz. Esta predisposición revela una verdad evidente, pero también soslayada: dado que el color verde es predominante en los entornos silvestres, nuestros ojos responden a él por la sencilla razón de que nosotros somos animales y formamos parte del macrosistema de la vida en el planeta.

Quizá una de las razones de nuestro comportamiento extractivista y destructor sea el considerar que la esfera de lo humano está fuera de la esfera de la naturaleza o, en el peor de los casos, que está por encima de ella.

Las huellas del largo viaje de la vida humana dan cuenta del craso error de esta visión antropocéntrica: junto a nuestras palmas impresas en los muros de las cavernas, se dibujan bisontes, perezosos gigantes o mamuts; en nuestros mitos, los bosques, las selvas, los ríos, los mares, las montañas y los desiertos son lugares liminales donde las mujeres y los hombres nos hemos encontrado con las fuerzas divinas que dieron sentido a nuestra existencia. Y los animales han encarnado nuestras más nobles virtudes y nuestras mayores flaquezas en las alegorías y fábulas. Llevamos, muy dentro de cada uno, un paisaje interior que refleja que provenimos de las estepas y pastizales más recónditos del planeta y que siempre hemos estado acompañados de todas las formas de vida que se concitan en la Tierra.

En las últimas décadas, las nuevas generaciones, que han presenciado los cambios climáticos y son víctimas de la industrialización desaforada y del urbanismo insostenible, han mudado de perspectiva y al día de hoy exigen un cambio de paradigma, de políticas, en pos de una conducta ética que corresponda al cuidado y preservación del medio ambiente.

Quizá una de las razones de nuestro comportamiento extractivista y destructor sea el considerar que la esfera de lo humano está fuera de la esfera de la naturaleza o, en el peor de los casos, que está por encima de ella.

En las disciplinas sociales, la denuncia y la alerta nos previenen de reconducir nuestra manera de aprovechar nuestros recursos, como en el caso del agua; o de cómo relacionarnos con la fauna de nuestro entorno, al tiempo que señalan la huella de nuestra vida y el impacto que producen nuestros desechos.

El arte nos revela, en su captura del instante, que los dioses habitan en el centro cautivo de las piedras, en la corteza enmohecida de los árboles, en el dosel del bosque, en los ojos de los reptiles, los anfibios, las aves y los pequeños mamíferos.

La literatura, por su parte, es el espacio donde las y los poetas nos marcan el camino entre la fronda o nos señalan el incendio. Nos permiten entrar al soto de su memoria, donde sus árboles preferidos nos recuerdan nuestras vidas pasadas, los animales que amamos y los compromisos que elegimos.

Resta decir que las páginas que están dispuestas a continuación son la suma de voluntades y de entusiasmos y son también una amplia progresión de matices verdes. **LPyH**

DANIELA I. DE LA FUENTE ESQUINCA

UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Rector:

Martín Gerardo Aguilar Sánchez

Secretario Académico:

Juan Ortiz Escamilla

Secretaría de Administración y Finanzas:

Lizbeth Margarita Viveros Cancino

Secretaría de Desarrollo Institucional:

Jaqueline del Carmen Jongitud Zamora

Director Editorial:

Agustín del Moral Tejeda

LA PALABRA Y EL HOMBRE

Fundadores:

Gonzalo Aguirre Beltrán, Fernando Salmerón,

Sergio Galindo (director)

Director:

Mario Muñoz

Editora responsable:

Diana Luz Sánchez Flores

Consejo de redacción:

Jesús Guerrero, Marianela Hernández,

Itzel Bruno, Germán Martínez, Carlos Rojas

Comité editorial:

Emil Awad, Rosío Córdova, Lorena López, Mercedes Lozano, Efraín
Quiñonez León, Beatriz Sánchez Zurita, Magali Velasco, Nidia Vincent

Comité consultivo:

Félix Báez-Jorge†, Francisco Beverido, León Guillermo Gutiérrez,
Pepe Maya, Sergio Pitolt†, Alberto Tovalín, Héctor Vicario

Responsables de sección:

La Palabra: Mercedes Lozano

Estado y sociedad: Rosío Córdova

Arte y Dossier: Leonardo Rodríguez

Coordinador, editor de imagen

y diseño del dossier:

Leonardo Rodríguez

Asistente de edición:

Paulina Aguilar

Distribución, ventas y publicidad:

Omar Pérez

Relaciones públicas y suscripciones:

Ana E. Reyes

Diseño editorial y composición tipográfica:

David Medina

Servicio Social:

Amairany López, Dulce Rodríguez

Voluntariado:

Aramahara Cervantes, Selene Melchor,

Elizabeth Santos, Irving Vásquez

Domicilio:

Lomas del Estadio S/N, col. Zona Universitaria C.P. 91000

Xalapa, Veracruz, México

Correo electrónico:

lapalabayelhombre@uv.mx

Versión digital: lapalabayelhombre.uv.mx

Facebook: lapalabayelhombreoficial

Twitter: @PalabayHombre / Instagram: lapalabayelhombre

YouTube: <http://bit.ly/YouTubeLaPalabayelHombre>

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana.

Edición trimestral. Núm. de Certificado de Reserva: 04-2007-
120412293700-102. Núm. de Certificado de Licitud de Título:

14245. Núm. de Licitud de Contenido: 11818.

Impreso en Fotolitografía Argo, S. A. de C. V. Simón Bolívar 838,
col. Postal, Benito Juárez, 03410, CDMX.

Distribuidor: Nogueira 7, Centro, 91000, Xalapa, Ver.

núm. 71

SUMARIO

• **Coordinación del número:**
Daniela I. de la Fuente Esquinca

enero-marzo,
2025

LA PALABRA

5 **Weselina Gacinska:** La ecopoesía de Pacheco y Aridjis

10 **Nicté Toxqui:** Wüyāzuī

12 **John Kinsella:** Plagas. Algunos apuntes

16 **Elisa Díaz Castelo:** Respuestas en x: ¿Cuál es su árbol favorito?

17 **Arnoldo de Jesús Gómez García:** Literatura: derivas, límites
y redes de lenguaje

21 **Daniela I. de la Fuente Esquinca:** En medio de esta heroica
pena bombardeada

25 **Carlos Spíndola:** Los oficios del país nublado

ESTADO Y SOCIEDAD

28 **Ricardo Indoal:** El agua invisible de Xalapa

31 **Hipólito Rodríguez:** Ciudad, cambio climático
y vulnerabilidad social

36 **Nataly Morales-Rincon y Eduardo Morteo:** Delfines y pescadores:
entre alianzas y rivalidades

41 **Nicky Gregson:** El problema global de los residuos y cómo
pensarlo [adelanto]

ARTE

46 **Fernando N. Winfield Reyes y Daniel R. Martí Capitanachi:**

Estridentópolis: historia de una Ciudad Jardín

68 **Leticia Mora Perdomo:** Disonancias: la fotografía del Vadret da
Morteratsch por Byron Brauchli

DOSSIER

49 **Nobuyuki Kobayashi:** Retrato de la Naturaleza

63 **Ryuichi Yahagi:** Nobuyuki Kobayashi. Ocho millones de dioses

Imagen de portada: Nobuyuki Kobayashi: *Dios crea el Universo*
y todas las cosas

Imagen de contraportada: Erick Ocaña: Lagartija espinosa esmeralda
(*Sceloporus formosus*), la “lagartija hermosa” de México





Fotografía: Erick Ocaña



Universidad Veracruzana
Dirección Editorial

ENTRE LIBROS

- 73 **María de los Ángeles Escobar:** *Niñapájaroglaci*, de Mariana Matija
74 **Luis Mendoza Vega:** *Persona no humana*, de Beatriz Pérez Pereda
76 **Jesús Guerrero:** *Ecoedición. Hacia una ecología editorial*, de vv.AA.
78 **María Teresa G.:** *El cielo de la selva*, de Elaine Vilar Madruga
80 **Héctor Justino Hernández:** *Cuentos de animales*, de Franz Kafka

MISCELÁNEA

- 82 **Raciel D. Martínez Gómez:** A HOMBROS DE CINE: *Días perfectos*
84 **Ariadna Valenz:** Bioética ante la emergencia
87 **Amparo Albalat Botana:** Hay escrituras como agriculturas: silenciadas

• **Artistas de interiores:** Beatriz Sánchez Zurita y Erick Ocaña

Fotografía: Erick Ocaña





LA PALABRA

Los vínculos entre la naturaleza y las letras se remontan hasta las manifestaciones literarias más antiguas. Portadora de historias, mitos y diversas espiritualidades, la naturaleza ha acompañado al ser humano desde sus orígenes de maneras variopintas: como sustento, como inspiración, como modelos de

La ecopoesía de Pacheco y Aridjis

Weselina Gacinska

Como respuesta a las múltiples crisis medioambientales a las que se enfrenta la humanidad [...] surgen varias propuestas críticas –filosóficas, literarias, políticas, activistas y feministas– que buscan generar un cambio de paradigma...

cooperación y supervivencia, así como fuente de iluminación creativa.

No obstante, el paradigma occidental de la Modernidad que surge en el Renacimiento, que encuentra su punto más álgido durante la Revolución Industrial y que no dejó de intensificarse en los siglos xx y xxi, ha conducido a que el desarrollo de las civilizaciones se observe como una batalla contra la naturaleza, una constante subyugación del entorno natural y todos los seres que lo habitan. Herederas de estas ideas, las sociedades actuales, presas de la economía neoliberal, siguen viendo el entorno natural meramente como una fuente de recursos sin comprender ni buscar un vínculo más profundo y biofílico con el mundo circundante.

Como respuesta a las múltiples crisis medioambientales a las que se enfrenta la humanidad, alertadas por los climatólogos y los ecologistas desde mediados del siglo xx, surgen varias propuestas críticas –filo-

sóficas, literarias, políticas, activistas y feministas– que buscan generar un cambio de paradigma en el pensamiento, dejando atrás la lógica de dominación y expolio, resaltando los valores de cuidado, reconociendo la finitud de nuestro mundo, impulsando el diálogo intercultural y abrazando posturas como el antiespecismo o el biocentrismo.

Uno de los vehículos de esta resistencia ha sido la literatura, a pesar de que la naturaleza no siempre ha ocupado un lugar protagónico en la historia de las letras. A veces como un mero fondo estético, un espejo de las emociones, e incluso en ocasiones como un símbolo patrio, la naturaleza parecía indisoluble de las nociones culturales sin obtener un espacio principal en las reflexiones literarias.

Sin embargo, precisamente en el contexto de la Revolución Industrial, surge en el ámbito de las letras anglosajonas el género *nature writing*, volcado a la observación, a la convivencia con el entorno y a la lenti-

tud, tanto de la escritura como de la lectura. Resuenan los grandes nombres de las pioneras de la literatura de la naturaleza, como Susan Fenimore Cooper o Mary Austin, y de los precursores del género, como Henry David Thoreau, Ralph Waldo Emerson o Aldo Leopold, entre otros y otras.

En la actualidad, la “literatura”, la “ecoliteratura” o, simplemente, la “literatura de la naturaleza” es un género en alza, cuyo reflejo se halla en un número cada vez mayor de editoriales especializadas, autoras y autores que lo practican y aproximaciones académicas, así como entre un público lector cada vez más amplio.

La problemática ecológica en la literatura hispanoamericana está inevitablemente relacionada con las cuestiones económicas y sociales que, según Roberto Forns-Broggi, derivan del pasado colonial, pero ante todo del modelo económico actual, todavía sujeto a las prácticas extractivistas y neocoloniales. Señalando las características comunes de la ecopoesía latinoamericana, el crítico destaca la solidaridad con el medio: “Una lectura actual de los poemas hace que la celebración de la naturaleza se realice con proyección transversal del sujeto poético, evitando la separación ‘cultura/naturaleza’” (Forns-Broggi 1998, 214).

En México, destacan las figuras de José Emilio Pacheco y

Homero Aridjis como precursores de la ecopoesía y de la literatura crítica y comprometida con el entorno natural. Los temas como la toxicidad, el cambio climático, la deforestación, los derechos de los animales o el desarrollo desenfrenado y ecocida de la Ciudad de México pueblan las páginas de sus poemarios y sus novelas con un claro objetivo de denuncia y reflexión. A pesar de las poéticas disímiles, en ambos abundan las imágenes de la humanidad envenenada y desolada por falta de recursos, y la irresponsabilidad con la que son tratados y explotados los otros seres vivos, junto con la creación de las nuevas sensibilidades hacia lo natural.

En primer lugar, es necesario hacer hincapié en el hecho de que Aridjis es un eminente activista. Desde la fundación del Grupo de los Cien en 1985, no solamente ha participado en numerosos congresos y mítines ecologistas, sino que además ha coordinado publicaciones como *Artistas e intelectuales sobre el ecocidio urbano* (1989); ha publicado un libro dedicado únicamente a la problemática de la conservación de la naturaleza, *Noticias de la Tierra* (2012), en coautoría con Betty Farber, y se ha mostrado como asiduo colaborador de varios medios de prensa como *Reforma*, *El País* o *The New York Times* desde principios de los años noventa hasta la actualidad.

Aníbal Salazar Anglada (2018, 89) señala que la problemática ambientalista cobra relevancia en la poesía de Aridjis a partir de los años ochenta, estando los poemarios anteriores principalmente enfocados a los temas amorosos, y destaca las palabras de Aridjis pronunciadas en una entrevista: “Me acerco a la ecología como me acerco

a la poesía de la vida. La defensa de la naturaleza es la defensa de la vida” (Salazar Anglada 2018, 89). Desde *Imágenes para el fin del milenio* (1986) y, sobre todo, en *Nueva expulsión del Paraíso* (1990) se vuelven reiterativas algunas imágenes y preocupaciones típicas para el imaginario del escritor: los jardines negros, el apocalipsis ecológico, la caída y destrucción de las ciudades debido a la contaminación, el silencio de los animales provocado por su extinción, etcétera.

En cuanto a José Emilio Pacheco, la naturaleza ocupa un lugar privilegiado en su poesía, aunque desde una óptica distinta, sobre todo enfocada en los animales y, en menor medida, en los ambientes urbanos vistos desde la perspectiva ecológica.

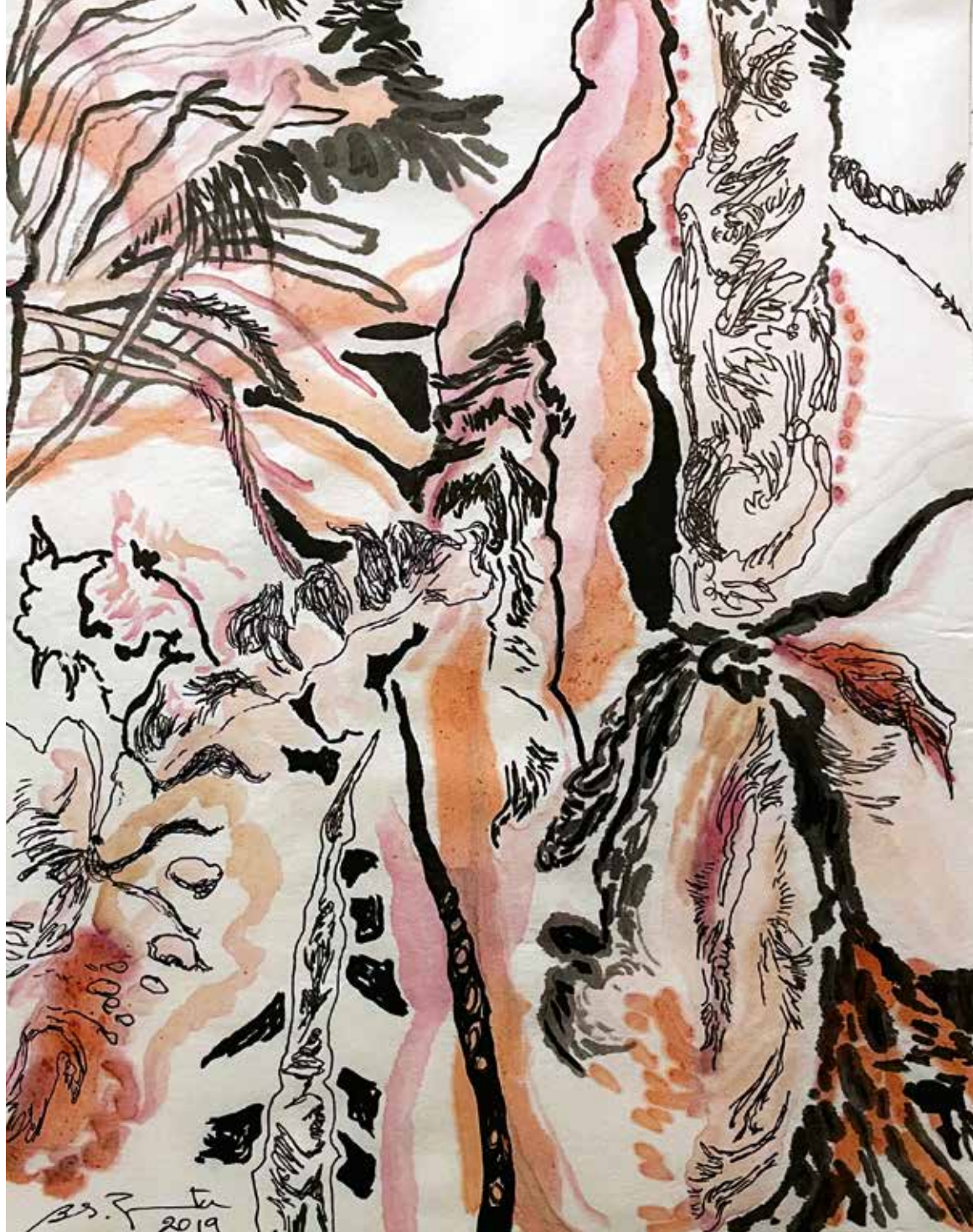
Los animales en Pacheco cobran relevancia ya desde su primer poemario, *Los elementos de la noche* (1963), aunque es en *No me preguntes cómo pasa el tiempo* (1969), concretamente en la sección de 13 poemas “Los animales saben”, donde el autor ahonda más en las figuras animales y sus imágenes, lejanas de la idea del bestiario tradicional. Posteriormente, en poemarios como *Miro la tierra* (1986), *Un arca para el próximo milenio* (1993) o *La arena errante* (1998), el poeta invita al público lector a repensar la ética de las relaciones con nuestros “hermanos menores”, en palabras de san Francisco de Asís. Se centra sobre todo en la indagación poética en las conciencias de los animales y en los obstáculos e impedimentos para la comunicación entre las especies, así como en la gratuitidad del sufrimiento animal provocado por el ser humano mediante el maltrato, el cautiverio y la caza. Por otro lado, no se pueden desligar de su óptica

ambiental las preocupaciones por la fugacidad de la vida y por el paso del tiempo: la toxicidad que acecha a las ciudades y las alusiones apocalípticas y del fin de los tiempos.

Quizás sea este último punto el que más una a ambos poetas. La intensificación de sus preocupaciones catastróficas al borde del cambio del milenio, o incluso ya desde algunas décadas antes, coincide con una tendencia mundial en el tema de la sustentabilidad y del ecologismo. Es necesario destacar que el documento encargado por la ONU y elaborado por el Club de Roma en 1987, *El informe Brundtland*, conocido también como *Nuestro futuro común*, por primera vez expuso el término “desarrollo sustentable” y puso en cuestión los modelos económicos y de desarrollo vigentes, junto con una instigación a repensar los valores morales y éticos de la ciudadanía y de las políticas públicas y empresariales.

Herederos de una perspectiva de un apocalipsis sigiloso legado por Rachel Carson y su *Primavera silenciosa* (1962), Aridjis y Pacheco incurren en lo que algunos ecocríticos denominan la “conciencia tóxica”, que supone un “cambio desde una cultura definida por su producción hacia una cultura definida por sus desechos” (Deitering en Binns 2004, 33). Hablando de un freno solitario en el paisaje defeño, antes fuente de belleza y de oxígeno, el poema “Paseo de la Reforma” de Pacheco declara:

Este que parecía eterno / o estable al menos / ha muerto asfixiado / y masacrado con otros mil / por el gas venenoso que echan / los autobuses / en la innoble y letal colonia / penitenciaria / que hasta hace poco llamamos / Ciudad de México (2010, 293).



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 12

La muerte del árbol que “duró más que nuestras edades y todo” entre las emisiones desmedidas de la capital, así como un sin-fín de otras plantas, solamente puede anunciar el fin próximo de una ciudad que se asfixiará a sí misma y a sus habitantes. No obstante, la noción del castigo, tan presente en el texto, no ven-

drá de la mano de una fuerza superior, sino que será la culpa de la propia humanidad que se vuelve contra sí misma.

Una idea similar se puede observar en el poema de Aridjis titulado “Descenso a la ciudad poluta”:

Antes de que desciendas a la ciudad poluta / mira el cielo

amarillo que te envuelve / como un vasto sarape desgarrado, / mira allá abajo la amiba que te espera / comiéndose a sí misma (2018, 284).

La realidad capitalina se articula en torno a la fealdad de su entorno y de su gente, carcomidos por los desechos y la contaminación.

Una aparente cotidianidad –la catedral, los niños y los perros– se consume en un ambiente irrespirable, tornando la ternura y el beso en “una boca metálica y viscosa” y donde el tiempo es “una larga procesión de coches / camino al funeral del hombre”.

Resulta inevitable una reflexión histórica para comprender el presente, y Aridjis se sirve en numerosas ocasiones del imaginario prehispánico para enfatizar la decadencia de la capital. En “Los ríos”, el poeta michoacano establece una cruel comparación entre el estado de las aguas en la antigua Tenochtitlan –“En este valle verdusco, / antes corrían ríos rutilantes, / cenizos, castaños y cárdenos”– y el actual estado de las aguas subterráneas de la ciudad. El salto que se efectúa entre la época prehispánica y la actualidad infiere un constante e imparable ecocidio desde la Colonia hasta el entubamiento de los ríos a mediados del siglo xx:

Hoy van mugiendo entubados, menguados, / pesados de aguas negras, crecidos de mierda; / ríos sin riberas, risibles, con riendas, / rabiosos, rabones, ruidosos de coches; / avanzando a tumbos por la ciudad desflorada, / desembocando en los lagos letales, / y en el marcado mar, que ya no los ama (2018, 264).

La humanidad autocondenada evocada en estos poemas –los hombres que “caminaron solitarios por el jardín negro”, según Aridjis, o el individuo que sobrevive “la ruina de mi especie”, en palabras de Pacheco– responde a un afán profético de estos desastres. No solamente como una advertencia, sino también como una constatación de la inevitabilidad del destino fa-

tal de la humanidad, numerosos poemas de Pacheco y de Aridjis resaltan la ironía de la creencia antropocéntrica. El ser humano, creyéndose la cima de la creación, se tornó en el agente de su propio apocalipsis, uno lento, cotidiano, furtivo e imparable.

Más allá de estas disquisiciones sobre el fin de la humanidad, Pacheco y Aridjis dirigen también su mirada hacia el mundo animal. En sus textos confluyen tanto elementos de la tradición literaria de los bestiaros, como de la antropología, la historia, e incluso de zoología, ya que “el animal, al que se aborda desde sus relaciones con el hombre, tiene que ver con todas las cuestiones de la historia social, económica, material, cultural, religiosa y simbólica” (Pastoureau 2019, 7).

Esta tendencia, en el caso del autor michoacano, bien se centra en la observación del animal –como en “El ojo de la ballena”–, bien tiende a la denuncia de la pérdida de la biodiversidad. El poema “Animalia” nos confronta con el silencio de las diversas especies que queda después de su muerte. Los ecosistemas, llenos de vida, sonidos y conversaciones entre los animales, se convierten en un paisaje desolador:

¿Qué dijo el venado cola blanca / antes de ser cazado entre las zarzas? / El águila real, el puma, el zopilote, / la nutria, el quetzal, el mono araña, ¿qué dijeron? / Su silencio es lo único que oímos, su silencio (2018, 268).

A su vez, Pacheco adopta un tipo de sensibilidad poética y naturalista *sui generis* para aproximarse a las subjetividades del otro animal, convirtiéndolo en el sujeto poético. La relación y la comprensión mutua entre el ser

humano y el animal se ven dificultadas por el enfrentamiento, o incluso la suspensión, de los posibles juicios de valor o morales. Los observadores habituales de la naturaleza –el ser humano– se convierten en un ente observado, juzgado y ridiculizado.

En “La mirada del otro”, un pez *voyeur*, desde los límites de su mundo acuático, desconfía de todo lo que le es ajeno y no puede evitar la sospecha acerca de nuestra infelicidad y del cautiverio dentro de nuestra propia realidad:

“¿Quiénes serán? Extraños prisioneros / de la Tierra y el aire. / Si vinieran aquí se asfixiarían. /” Los compadeczo. Pobres animales / que dan vueltas eternas al vacío (2010, 615).

Convertidos en un objeto de estudio dentro de esta peculiar inversión de sentido, según el pez que nos mira, somos merecedores de la compasión y de la crítica de nuestras prácticas habituales: “Viven para ser vistos. / Son carnada / de un poderoso anzuelo inexplicable” (2010, 616). Pacheco a menudo juega con estas trasposiciones incurriendo incluso en un tono más irónico, como en el poema “La mosca juzga a Miss Universo”:

Qué repugnantes los humanos. / Qué maldición / tener que compartir el aire nuestro con ellos. // Y lo más repulsivo es su fealdad. / Miren a esta. / La consideran hermosísima. / Para nosotras es horrible. / Sus piernas no se curvan ni se erizan de vello. / Su vientre no es inmenso ni está abomado (2010, 572).

Pacheco consigue aquí un efecto bastante cómico al burlarse de lo

que, en los estándares occidentales, se consideraría el colmo de la belleza. La contraposición de los cuerpos, así como una autoconciencia que representa el sujeto poético en forma de mosca, otorgan la libertad de poner en cuestionamiento los moldes culturales, e incluso las afinidades interespecíficas.

El papel que juegan los animales no humanos en la poesía de ambos autores es vital, ya que sus ópticas reconfiguran la manera de *usar* a los animales en la literatura. Dejan de ser meros referentes culturizados o simbólicos, para convertirse en sujetos dueños de sus acciones y pensamientos, así como reflejos de los errores antropocénicos de una humanidad de la cual, con demasiada frecuencia, son víctimas.

Tanto Homero Aridjis como José Emilio Pacheco han trazado nuevos caminos para la ecopoesía gracias a su clara vocación naturalista y ecologista. Si bien en el mundo de las letras hispánicas se puede destacar a varios autores y varias autoras contemporáneas con un afán de denuncia y de reflexión acerca del mundo natural –Gabriela Mistral, Nicanor Parra, Jorge Riechmann, Maricela Guerrero, etc.–, la riqueza de las aproximaciones y el fuerte compromiso mantenido por ambos autores les sigue posicionando como referentes básicos de la literatura de la naturaleza. Lejos de la renuncia ante la magnitud de la destrucción, han tratado de sembrar las semillas de la autocrítica, la introspección y la lucidez entre su público lector mediante discursos poéticos claros y potentes. “El hombre de nuestro tiempo se ha vuelto contra la idea del árbol”, dijo Aridjis en 1995. No obstante, aunque todavía quedan muchos enemigos de los bosques y de la fauna que los habita,



Beatriz Sánchez Zurita: Germinación en movimiento

nunca antes había existido tanta conciencia ambiental y compromiso, en parte gracias a la literatura ecológica. **LPyH**

REFERENCIAS

- Aridjis, Homero. 2018. *Antología poética (1960-2018)*. Madrid: Cátedra.
- Binns, Niall. 2004. *¿Callejón sin salida?: La crisis ecológica en la poesía hispanoamericana*. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza.
- Forns-Broggi, Roberto. 1998. “¿Cuáles son los dones que la naturaleza regala a la poesía latinoamericana?” *Hispanic Journal* 19 (2): 209-238.
- Pacheco, José Emilio. 2010. *Tarde o tem-*

prano. Poemas 1958-2009. Barcelona: Tusquets.

Pastoureau, Michel. 2019. *Animales célebres. Del caballo de Troya a la oveja Dolly*. Cáceres: Periférica.

Salazar Anglada, Aníbal, introd. 2018. *En Antología poética (1960-2018)*, de Homero Aridjis, 15-117. Madrid: Cátedra.

Weselina Gacinska es doctora en Estudios Hispánicos por la Universidad Autónoma de Madrid y educadora ambiental. Profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad del Claustro de Sor Juana y de educación ambiental en la Universidad Iberoamericana.

Wūyāzuĩ

Nicté Toxqui



Sabíamos que era otoño por todo lo que agonizaba alrededor nuestro. Una persona puede ocupar diario trescientas palabras, ir a la redonda de su idioma sin ser consciente de todo lo que ha dicho: como nosotros, que diariamente caminamos de norte a sur y perdemos la noción del tiempo. Una persona puede perder su tierra en un abrir y cerrar de ojos. Ayer viajamos sin rumbo hasta llegar a la playa, nos metimos al mar, y el mar hervía. Te dije: *el mundo muere*. Me pediste que cerrara mi boca de cuervo. En tu país palabras son presagios. Y nos fuimos a dormir, lo mismo que ir cada quien a su propio huso horario, dejar que lo extinto nos encuentre en sueños. Te dije: *hasta mañana*. Y nos guardamos las malas noticias debajo de la lengua.



Soñé que el pueblo se incendiaba, pero en la mañana el fuego traspasó mis párpados y tuvimos que salir hacia la desazón como pudimos: semidesnudos y a tropiezos, igual que en los primeros días del hombre por la tierra. No se podía respirar más, los animales nos corrían entre el nervio, éramos las crías en el lomo de la calle. Los gritos estaban hechos de tierra y cal. Solo nosotros éramos inútiles. No sabíamos controlar el fuego: lo que hasta ahora significa que nunca habíamos entendido qué significa qué se necesita qué implica qué conlleva estar vivos.



Recuerdo a mi bisabuela que se comía la ceniza de su cigarro y lo lanzaba al jardín aún prendido. No hablaba, solo con los nidos de oruga que pendían de los árboles. Algo que ocurriría sobre los meses más cálidos, se adelanta a las temperaturas, contradice el ciclo natural, todo eso que nos mantiene en sitio: las orugas buscan un lugar seguro donde enterrarse y empezar su metamorfosis. Un año pasó sobre ella. Nada pasó frente a sus ojos. Los árboles no se desfoliaron, nadie se comió la acícula. Solo el presente, hojas secas, acumulándose cada otoño. Mi bisabuela soñaba con que el mundo se acabara pronto, habían matado a su hijo: siete veces ella empezó el fuego. Se hizo nudo y nido, de las palabras deseaba su veneno como las procesionarias de los pinos. Murió observando cómo renacía todo a la redonda, menos ella, menos las orugas. Sus últimas palabras:

quemaría este mundo una y otra vez.

IV

Sobre el mar que hervía se reflejaba el crepúsculo lleno de lirios, un solo sol negro las estrellas, apenas asomadas, llameantes, altocúmulas, las nubes, más al fondo, cirras, de horizonte a horizonte, nomeolvides, petunias, lavandas, acitronadas en el azul marino, como estar presente, incluso, el pasado cabía en ese instante: mar y cielo, no había escritura para distinguirlos, me pareció poco, intentarlo, en una foto: para qué, sostenerlo, hibernarlo, en cambio, me sumergí de cabeza al alma, y conté hasta diez y estar ahí, era como estar adentro del recuerdo, volver al vientre, sin saber que estoy a punto, de rasgarme, en las olas, soltar el cuerpo, cuando se agota, subir, para recibir el aire, como si antes nunca, el hubiera, sucedido, estar, simplemente, debajo, de la osa constelada, desear caer, tan cercana, insistente, esto: debe ser, lo que es, ser humana, solaz, desolación, dislocación, la pérdida de esta pérdida, lo que mis ojos, ven, y no pueden, extrañar, lo sucesivo, eso, que atardece y amanece, frente a mí, lo que todavía no, se acaba por completo.

V

Hay que retirar los troncos quemados. Levantar la basura que ni siquiera el fuego pudo. Algunas aves vuelven pronto. Quedan marsupiales tibios que se dejan tocar para darles agua. Las raíces en pie son ahora refugio y posadero: hay que aprender cómo conservar lo diminuto: el humus, los hongos, lo que tiene el propósito de airear y retener los minerales. Incluso lo que está muerto habla. Y quizá poner el cuerpo significa no solo extinguir la llamarada, sino saber escuchar lo que hubo antes y después de la ceniza. Crear un puente de lenguaje para que tú y yo lo atravesemos, para compartir la herida, su entonación de humo.

* Wūyāzuǐ 乌鸦嘴 significa en chino “boca de cuervo”.

Nicté Toxqui (Orizaba, 1994) es escritora y profesora. Autora de *Sol Negro*, publicado por la UNAM en 2024, dentro de la colección El Ala del Tigre.

Plagas. Algunos apuntes*

John Kinsella

Traducción de Mario Salvatierra

Esta mañana, al bajar a la ciudad, vimos a cinco o seis emús cruzando la vía en un área del parque nacional en la que nunca había visto antes emús; nunca, en toda una vida de conducir por esa ruta. Verlos sumergirse entre los eucaliptos del bosque de la Australia occidental, abriéndose paso entre las hakeas espinadas y los arbustos loro, fue una visión extraordinaria y alentadora.

Para mí, la visión fue una especie de desenlace al fin de semana que acababa de pasar, el cual había sido una compleja combinación de afirmación ambiental y, también, la confirmación de los crímenes horrendos que se cometen en contra del medio ambiente. Es el tipo de experiencia que hace preguntarte si hay alguna forma de activismo ambiental que tenga posibilidades de éxito y, al mismo tiempo, convencerte de que no hay otra alternativa que los actos de resistencia. Sin ellos, el medio ambiente no tiene salvación.

Hacer este tipo de posicionamientos forma parte del proceso de crear poemas que, con suerte, resonarán de diferentes maneras y en diferentes contextos y que trasladarán un debate particularmente local a la conversación más amplia dentro de la cual está inserto. La exigencia de la poesía de dar un testimo-

nio, el deseo de superar el sentimiento de fracaso aplastante y la necesidad de hacer un cuento que no sea mera propaganda van de la mano de los arrebatos y la (quizá excesiva) respuesta emocional que esta clase de situaciones despierta.

Al mismo tiempo en que el poema nace en mi mente, siento la indignación que me provoca cualquier acto de destrucción; no se trata de una “respuesta” estética fetichizada, sino de un intento por formular un lenguaje de contraataque que no sea violento y, por lo tanto, que no se invalide a sí mismo, ni sea hipócrita. Me estoy expresando con torpeza. Para empezar con un posible comienzo...

Viernes por la noche, cerca de las 9:00 p. m. Tracy me preguntó si había escuchado un disparo de rifle. No lo había escuchado, pero sí escuché la detonación que siguió justo después de que hablara. Unos minutos más tarde: otro disparo mucho más cerca. Salí y me interné en la oscuridad, vislumbrando linternas entre los arbustos del camino. Otro disparo. Quizá, a unos doscientos metros de mí. Era el sonido de un rifle de alto calibre.

Grité con todas mis fuerzas que se detuvieran, las linternas giraron en dirección mía y hubo

otra detonación. Dentro de casa, Tracy creyó que me habían disparado; yo también lo creí, por un momento. Finalmente, aunque vivíamos a las afueras del pueblo, la policía llegó a poner orden. Su presencia nunca es deseable, pero debo admitir que si no hubiera intervenido, quizá alguien de mi familia no estaría vivo.

Resulta (lo supimos al día siguiente) que se estaba llevando a cabo una cacería de zorros en la zona. Me parece sorprendente que un terreno privado, que nuestros vecinos defienden con tanta pasión, pase a convertirse en un terreno público y sin límites cuando se trata de perseguir zorros —¡la gran liminalidad del capitalista-cazador!—, y lo mismo las tierras protegidas, donde la cacería es ilegal. Esto ha sido la primera parte de la comarca-como-matadero.

Segunda parte. Sábado por la mañana, cerca de las 8:30 a. m. Una cadena de explosiones a lo lejos. Se escucha como petardos o fuegos artificiales. No es probable; no hay ningún evento y no estamos en esa época del año... la región entera se haría ceniza bajo las llamas, pues todo está seco y hecho yesca, por lo que está terminantemente prohibido hacer fuego.

El ruido disminuye y puede distinguirse el estallido de disparos individuales. Tiros de escopeta. Me doy cuenta de que provienen del pueblo, quizá, cerca del río. Cacatúas. Están cazando cacatúas. En casa, alguien dice que sí, la gente ha estado matándolas desde hace semanas porque las cacatúas se comen el pasto del campo de cróquet y son muy ruidosas. Las quejas de siempre. Conduzco hasta el centro del pueblo y en el camino veo cacatúas sobre

los árboles muertos (muertos por la salinidad, no por las cacatúas, como algunos dicen) que están en la margen del río. Cruzo el puente y me estaciono junto a la iglesia. Veo unos vehículos de carga estacionados afuera. Salgo del coche y doy un rodeo a la vieja iglesia de la Santísima Trinidad, donde, cuando era niño, iba a misa y me debatía entre el escepticismo y la salvación de mi alma y donde finalmente le di forma a mi anarquismo espiritual. Me encuentro a un hombre que lleva una escopeta y a un muchacho que habla por un radiotransmisor. Varios hombres andan al acecho, buscan entre los árboles, escudriñan el cielo y disparan.

Las escopetas que usan no son modelos baratos. Para estos cazadores, son verdaderas obras de arte. Cazadores deportivos. Le grito a uno de ellos, llamándolo asesino. ¿Es que no pueden ni siquiera respetar la casa de Dios? Les pregunto si tienen licencia de cacería, lo cual, en mi opinión, no mejoraría la situación, pero al menos sabría lo que la administración de la comarca está tramando. No tienen licencia. Hable con el guardabosques, me responden.

Eso mismo hago, pues la guardabosques está aquí mismo. Le grito: *Esta no es la manera, esta no es la manera. Lo están haciendo mal.* Pierdo la calma. Me dice que vaya a la administración de la comarca. Me dirijo hacia allá y hablo sin contener mi rabia con un funcionario. Me parece inaceptable que tengan cazadores sueltos por el pueblo un sábado por la mañana cuando hay familias que salen a pasear con sus perros. Quizá a usted no le importen las cacatúas, pero ¿y las malditas personas? Pronto

mis reclamos se desvían a lo que pienso sobre la administración y su fracaso para proteger el medio ambiente, en esta y en otras ocasiones. Al terminar, salgo hecho una furia. Ha sido todo muy desbordado. Tal vez no sirvió de mucho, pero, coincidencia o no, no escuché más disparos por el resto del día.

Aunque en apariencia estos dos incidentes no están relacionados, expresan muchas de las nociones que se tienen sobre el “campo”. Aunque vivo en la región del Wheatbelt y me une a ella toda una vida, no soy “del campo”, pero tampoco soy “de la ciudad”. Estos son términos que se usan con la intención de controlar el discurso sobre el lugar, el desplazamiento y en especial sobre la producción de comida (y minera).

Vivo aquí para poder proteger la “naturaleza” que queda. Escribo poemas de resistencia y de defensa. Concluyo el cuadro de este fin de semana: pasé el tiempo en Jam Tree Gully, un villorrio rocoso situado en una ladera junto a una reserva natural que tiene hectáreas de eucaliptos de York y acacias. Me he hecho el propósito de rehabilitar, en los años que vienen, la tierra arrasada por el sobrepastoreo de caballos y ovejas. No hay aquí servicios públicos ni de agua potable. En el transcurso de los días, observé y fotografié picaflores del muérdago, acanthizas, abanico lavanderas, veintiocho loros, urracas, halconcitos, dos águilas, una serpiente de Mulga, mieleros barbiblancos, pardalotes, una araña tejedora, hormigas gigantes y una familia de canguros. Observé sus movimientos. Observé cómo las aves locales siguen a las aves nómadas que cruzan por la región,

pero se detienen en los límites y vuelan de regreso a su territorio; observé cómo ciertos elementos que producen un efecto de borde, por ejemplo, los caminos y las cercas con cortafuegos, funcionan como una delimitación impuesta o se les adapta en zonas de vuelo y cruce más grandes que abarcan cornisas rocosas, zanjas y vegetación. Por medio de la observación, entiendo cómo escribir mejor un poema de resistencia que exprese la urgencia de preservar esta región. ¿Podría funcionar sin que yo tenga que gritar mis poemas a los cazadores y a los funcionarios públicos de las comarcas? Cualquiera que sea la respuesta, me queda claro que todas las acciones de resistencia son importantes y que responder sin hacer uso de la violencia, pero con firmeza, es lo que pone un freno al ataque en contra del medio ambiente. Un ataque realmente despiadado.

Para mí, la poesía no tiene razón de ser si no es para incitar o apoyar el cambio ético o político. Esto no quiere decir que el poema tiene que ser un manual de ética o política, sino más bien que debe promover el diálogo entre el poema mismo y el lector/escucha, entre sí mismo y otros poemas y textos, así como entre todas estas cosas y un público más vasto (cualquiera que este sea). Me veo a mí mismo como un poeta activista. Siempre que escribo un poema estoy haciendo un acto de resistencia al Estado, a las miles de jerarquías de control y a la necesidad humana de conquistar su entorno natural.

Al emplear las herramientas lingüísticas que he heredado (y, en



Beatriz Sánchez Zurita: *Semillas flotando núm. 3*

ocasiones, neologismos, que he inventado para alterar o incluso dismantlar) soy, inevitablemente, parte de lo que critico. Soy un cómplice. He tratado de reducir las ironías de mi propia vida (soy vegano, he renunciado a volar en avión, me resisto a la tala, entre otras cosas), pero sigo participando en el discurso social y en el “ganarme la vida”; todo eso me coloca en el mismo lugar que el resto de los demás. El mero hecho de usar una computadora contradice el impulso de destecnologizar en el que se basa lo que hago. Aún más, soy consciente de que lo que yo concibo como problemas éticos fundamentales, no lo son para muchos lectores de poesía.

Provengo del campo de la ciencia y desde muy joven trabajé en laboratorios y me obsesioné con la nomenclatura científica. Mi adscripción al “neoludismo” no significa que me oponga a la adquisición de conocimiento,

sino al mal uso que se hace de él. Tras mucho de lo que llamamos “ciencia” se esconde el deseo por controlar y obtener ganancias. A esto es a lo que me opongo. El lenguaje de la poesía, incluso en sus formas más líricas, implica un uso específico. En poesía, el orden y la elección de las palabras y la forma en que se las presenta son tan importantes como lo que se dice. Este proceso de conocimiento que se interesa por la expresión es, a mi juicio, científico.

La ciencia es un proceso de investigación, observación y descripción de patrones hasta llegar a una hipótesis que se funda sobre la base de la adquisición verificable y sistemática del conocimiento. Para mí, eso también es el poema. Por eso la poética activista no tendría por qué ser propaganda subjetiva. Lo subjetivo tiene un papel en esto, ciertamente, y alguien podría decir que sin subjetividad un texto no puede ser un poema. Sin embargo, si el poema no se sirve del

conocimiento y los *procesos* de adquisición de conocimiento, entonces surtirá menos efecto a la hora de oponer resistencia al daño que se inflige contra las personas, los animales, las plantas o la tierra misma. Me interesan las digresiones extensas, los grados de separación, incluso los trucos y los juegos verbales; en otras palabras, me interesan los caminos tortuosos para discutir o ir en busca de una “verdad”.

Ningún poema *sabe* una verdad, pero tiene conocimiento y ofrece maneras de aproximarse a la verdad. El uso del lenguaje es preciso, incluso cuando se usa para hacer un retrato del inconsciente, incluso cuando se trata de escritura automática. Para los surrealistas, los ejercicios de escritura automática eran experimentos en un sentido textual y, también, científico; su importancia radicaba tanto en la recolección de datos como en la inmersión del sujeto en el subconsciente. Eran ejercicios cuasi-científicos.

Tanto lo *pseudo* como lo *cuasi* me interesa. Los juegos de desarmar y rearmar, del cadáver exquisito y del orden azaroso, todos ellos, son parte de la ciencia del poema. Son diferentes sistemas de conocimiento. Por eso, la poética activista puede incluir las innovaciones lingüísticas radicales, así como la declaración directa (“La tala del bosque Tuart es un crimen”). La parataxis, el verso de cesura convencional, el encabalgamiento, la descripción narrativa, la metáfora y la metonimia son parte del mismo proceso que busca confrontar las jerarquías y las estructuras impuestas. Trabajamos desde el interior para hacer una abertura al exterior, pero sin que este esfuerzo implique destruir algo en el proceso.

Un pacifista, como yo, puede ser el opositor más tenaz, así como el pacifismo puede ser la forma de resistencia más desafiante. Lo mismo sucede con el uso del lenguaje. Mezclo lo viejo y lo nuevo con la intención de abrir la discusión sobre la protección, la preservación y la conservación ambiental y el respeto por el mundo “natural”. Soy consciente de los serios problemas que estas palabras expresan, en términos de complicidad, debido a que, más que un redactor de discursos, soy un poeta. Por eso mismo, pienso que los poemas pueden detener a las máquinas excavadoras. No solo porque digan “detente, excavadora”, sino también porque las complejidades del lenguaje cuestionan, distraen y entorpecen el trabajo de la excavadora. Estoy usando una semántica de la oposición, no de la analogía. Mis palabras tienen el propósito de detener el daño; de ver lo que no debería verse, sacarlo a la luz y cuestionarlo.

Aún no he escrito los poemas sobre estos actos de resistencia, aunque los tengo en la cabeza, pues nacen en la medida en que interactúo y respondo física y emocionalmente con el mundo que me rodea; asimismo, estos poemas también surgen entre las líneas de mi cuaderno, adhiriéndose a ideas más amplias y contrastando con sistemas de pensamiento heredados. Con frecuencia, el momento del acto de resistencia que se convierte en poema no coincide temporalmente con el incidente o momento que lo inspiró. Se convierte en un momento en el que lo figurativo se funde con la respuesta política, formando lo que podríamos llamar lo “parafigurativo”. No es didáctico, pero sí está fundado sobre una idea o un ideal ético-político genuino. Lo que sucedió anoche, por ejemplo.

De nuevo, cerca de las 9:00 p. m. Afuera, se escuchó un ruido raro y confuso. Salí a investigar. A todos en casa nos pareció que se trataba de un grupo de pájaros heridos llorando. Pensé en las cacatúas. Tal vez, algunas habían sobrevivido y estaban en la zona quesjándose lastimeramente. Linterna en mano, subí corriendo la colina; entonces, el ruido aumentó y escuché un ajeteo y el sonido de pisadas.

Poco después, el sonido se escuchó desde otro potrero. Caminé hacia allá y el ruido se convirtió en una mezcla de gruñidos, chillidos y aullidos. Apunté la linterna en la dirección del sonido y dos pares de ojos reflejaron la luz. Un par encima del otro.

Eran unos zorros apareándose. Unos zorros que se habían salvado de la cacería. Apagué la

luz y los dejé en paz. Si hay un ruido en el que se entremezclen el placer y el dolor, ese es el de los zorros apareándose...

La analogía poética es obvia e irresistible. Y justo ahí es donde el poeta activista tiene que ser cuidadoso. Lo que puedo tomar de este momento es más o menos lo mismo que puedo tomar de los eventos que lo precedieron durante el fin de semana. Tanto a los zorros como las cacatúas se los considera una plaga. El número de cacatúas aumenta debido a la tala y el monocultivo. Los zorros fueron introducidos en el siglo XIX para la cacería deportiva. Por lo tanto, se promueve su asesinato como un pasatiempo y como una medida ambiental. No obstante, la diversión recae solo en el lado de los cazadores y en aquellos que los incitan. En esta fórmula se expresa toda la dimensión política de lo que escribo. Quiero creer que al usar la poesía como medio para oponer resistencia a la industria del placer y el control que sostiene la caza y la explotación ambiental, también estoy escribiendo por la supervivencia y la libertad de los animales (¡incluidos los humanos!). **LPyH**

* John Kinsella. “Vermin: A Notebook”, *Poetry*, revista de Poetry Foundation (diciembre de 2009), 219-224.

John Kinsella es un escritor, profesor y editor australiano. Su obra tiene una fuerte influencia del paisaje. En *Alternative Biography* se autodescribe como un defensor de los derechos indígenas mundiales. Es el editor fundador de la revista *Salt* en Australia.

Mario Salvatierra (Mérida, 1988) es académico, escritor y traductor literario.

Respuestas en X: ¿Cuál es su árbol favorito? *

Elisa Díaz Castelo

La jacaranda; el ahuehuete; el árbol de las manitas; el ocote; cualquier roble que crezca en cualquier banqueta, que la rompa; el liquidámbar –sus hojas que son luz que son cuchillas–; la ceiba pentandra; es muy difícil, pero quizá los fresnos; el guayacán que crece en Santa María del Oro, en una isla de tierra entre tres calles de asfalto; el que crece torcido; el que su tronco endereza; la chaca o bursera simaruba; los truenos; el cedro sagrado de Senbonsugi; una jacaranda que está entre la Facultad de Economía y la de Derecho donde besé por única vez a Silvia una tarde de marzo; el huizache y tepozán; el flamboyán; el abeto de Sitka en Oregon, sus ramas como una mano abierta donde los Tillamook reposaban las canoas de sus muertos; el guayacán rosado; la jacaranda; el árbol donde duermen los pájaros de mi cabeza; el ocote; el sabino; no sé cómo se llama pero da frescura en las tardes calurosas de Querétaro; el sicomoro que una vez trepó Zaqueo; la palma, la de los hombres sencillos; la sequoia que me enseñaste en una foto y nunca visitamos juntos; pseudobombax ellipticum; el Garajonay, sus hojas que son sombra recortada; el Pando, organismo clonal de 43 hectáreas que surgió hace milenios de un único álamo temblón: todos sus árboles, el mismo; la jacaranda.

*Este texto está inspirado en una cadena de x (antes Twitter) iniciada por @marco_un_bio

I. Miradas

Me gusta ver las estrellas cuando el cielo y las nubes me lo permiten. Cada vez que lo hago, la primera palabra que me viene a la mente es “desprendimiento”. La irradiación lumínica como un desmembramiento del lucero, como un árbol deshojando. La luz se mueve a través del espacio bajo la condición de que su alejamiento del astro de origen no solo es definitiva por la distancia que crece entre ellos, sino además por el tiempo que les separa. Bien sé que el tiempo no espera a nadie, y que en términos astronómicos se acorta o se alarga según la densidad de los objetos. Todo lo define la magnitud y el punto de vista. En segundo lugar, recuerdo que muchas de las luces que contemplo tienen un significado. Alrededor del mundo, los astrólogos de las primeras civilizaciones aprendieron a observar y dar sentido a los movimientos de las estrellas, y a relacionarlos con los destinos de las personas y los pueblos. Mirar al cielo era leer a la luz del destino; el firmamento era un papiro de ideogramas astrales. Y esto me lleva a una asociación final sobre ciertos nombres: “Algunos puntos luminosos se movían y recibieron el nombre de *planetas*, estrellas errantes, y como nada se mueve sin voluntad concluyeron que debían tenerla; por ello les atribuyeron carácter divino” (Edelstein 2019, 40). Crear mitos vinculados a los cuerpos celestes, como Neptuno y el dios griego del mar o nuestro satélite y la diosa Selene, contribuyó a mirar y a relacionarse con el manto nocturno con algo más que silencios. En la necesidad de explicar y con-

Liternatura: derivas, límites y redes de lenguaje

Arnoldo de Jesús Gómez García

tener, perder el temor y dar motivos de esperanza, los humanos fabricaron ficciones que dieran sentido a su existencia y, al menos en sus primeras tentativas, a los seres que les rodeaban.

II. Extrañamiento

Como todo arte, la literatura puede ser un mapa de la humanidad. Una cartografía de las pasiones y las perversiones, de la intimidad emocional y de la incertidumbre. Se trata de una mirada al pasado y al presente, e incluso al futuro. En una antología de ensayos especulativos, Yásnaya Aguilar Gil imagina el fin de la noche del capitalismo antropocéntrico en el crepúsculo del siglo XXII. Este cambio de paradigma supone, para la escritora, no solo un giro al marco económico, sino a todos los ámbitos de la existencia. Aguilar, a través de un deseable tiempo venidero, vislumbra a una comunidad que mira al siglo anterior (el nuestro) con un asombro que descoloca al lector: “Es de extrañarse que, a finales del siglo XXII, en plena explosión de lo que las personas espontáneamente, y en muchos lugares del mundo, comenzaron a llamar ‘estéticas colectivas de la tierra’, volvamos ahora a hablar de arte y literatura” (Aguilar 2021, 139). Desde un plural mayestático, la voz se pregunta cómo era posible que los libros

no fueran una creación colectiva antaño. “Qué extraños antepasados”, parece decir el autor ficcional denominado como Redes Comunes Mixes. El futuro del arte y de la literatura, especula la lingüista mexicana, conduce a una separación de los mecanismos capitalistas, colonialistas, violentos y ecodidas que atentan contra la supervivencia del ser humano y de todo lo no humano.

El extrañamiento, como postularon los formalistas rusos, es un mecanismo para acercarse a la realidad desde otra perspectiva. Saber que la luz de las estrellas es un eco del pasado evidencia tal mecanismo, pues lo que parece tener una forma física directa no es sino un fantasma, un recuerdo de un astro consumido, deshojado. El ensayo de Aguilar es otro ejemplo. Desde el ámbito filosófico, Timothy Morton dice que, por lo común, las cosas y los objetos solo se muestran como presencias (*vorhanden*, tomando el concepto de Heidegger) “cuando no funcionan bien o cuando son versiones diferentes de aquello a lo que estamos acostumbrados” (Morton 2023, 16-17). Saturados de la cotidianidad, apresurados por un tiempo de trabajo y producción que no se detiene por nadie ni nada, nuestra existencia se olvida de muchas cosas y seres que pasan alrededor. La luz sigue su curso y no la cues-

tiono. Para Morton, un efecto de esta “somnolencia” es la miopía sobre el problema de la crisis climática o, como él la llama, una era de extinción masiva. A pesar de las advertencias que año con año denuncian los científicos y las instituciones ambientales internacionales, parece que un velo nos cubre. Vivimos una pesadilla y preferimos ignorar la alarma.

¿Cómo despertar de un sueño de conformidad e ignorancia? ¿Cómo levantarnos mientras la noche del capitalismo antropocéntrico sigue ahí afuera? Morton parece tener una solución desde la perspectiva filosófica de la Ontología Orientada al Objeto (ooo). Esta plantea que nada puede ser entendible ni desde una sola perspectiva ni al primer contacto. De hecho, requiere de otras opciones, otras formas de ver la realidad. ¿Qué es una represa natural elaborada por castores para el ojo humano? ¿Y para los castores? ¿Y para los árboles talados y los que observaron la tala? ¿Y para el río contenido? A mi parecer, para alcanzar un entendimiento superior de los objetos es necesario un cierto grado de humildad y empatía. Y qué mejor que verlo desde un punto tan dado por sentido como nuestra relación con lo que denominamos naturaleza: “Porque, curiosamente, esa sensación de apertura, esa inquietante sensación de encontrarnos en un sitio y no reconocerlo, es exactamente un vislumbre de una vida menos definitiva, de un mundo que no está compuesto casi enteramente de nosotros mismos” (Morton 2023, 38).

III. Deriva

Si despierto y la flor de Coleridge sigue ahí... ¿entonces qué? Si

despierto y me doy cuenta de que no soy más que un punto en el firmamento, un ser más en el gran ecosistema llamado Tierra... ¿entonces qué soy? ¿Mi forma de entenderme cambia mi lugar en el mundo? Según Morton, sí debe cambiar en algo, aunque no lo notemos. En 2015, ocurrió la instalación *Ice Watch* del artista danés Olafur Eliasson. Se realizó en la plaza del Panteón de París con motivo de la reunión de los delegados de las naciones de la COP21, la cumbre del calentamiento global. La instalación estuvo compuesta por 12 bloques de hielo que sumaban 80 toneladas, traídos desde Groenlandia; fueron acomodados para que asemejaran un reloj. Durante el tiempo que permaneció la obra, cualquier persona podía acercarse e interactuar con el hielo. ¿Fue esto una manera de entender cuál es el lugar del ser humano en la Tierra? Más allá de sus significados inmediatos y alarmistas sobre el poco tiempo que nos queda antes del deshielo de los polos, lo que Morton rescató fue la interacción de las personas con el hielo.

Aunque no se reflexionara, lo que los visitantes hicieron fue desarrollar su conciencia ecológica, es decir, pensaron en una situación o un problema desde otras miradas, otras formas de medir(se). En este extrañamiento o apertura hacia los bloques de hielo, mujeres, hombres y niños coexistieron con ellos recostándose, abrazándolos, caminando en torno suyo, hablando, etc. Pero también el hielo tuvo la posibilidad de establecer un contacto distinto con el ser humano, sigiloso al menos por ahora. “El arte es importante para entender nuestra relación con los seres no humanos, para aprehender el sentido ontológico orientado

al objeto de nuestra existencia” (Morton 2023, 58).

El divulgador de la ciencia Andrés Cota Hiriart sugiere en un artículo que una causa es la desconexión del ser humano con lo natural: “Además, esta carencia de contacto con el medio ambiente debilita la alfabetización ecológica, empaña su apreciación y pone en jaque la conservación de lo poco que queda del mundo silvestre” (2024, 82). Expatriados de un paraíso terrenal perdido mítica, mental y fisiológicamente, los seres humanos han tratado de compensar el desarraigo construyendo sus propios paraísos artificiales y, recientemente, han intentado entablar puentes entre el entorno exterior y el paisaje interior.

En una especie de diálogo sigiloso, el biólogo mexicano recupera un concepto reciente en el campo literario, la *litteratura*. Se trata de toda una serie de narrativas y poéticas que establecen el vínculo entre lo artístico y lo íntimo con la naturaleza. Convergen en este concepto poesía, narrativa, ensayo, crónica y memoria, pero también otras formas de expresión, como los *pódcast*, los videojuegos y los medios audiovisuales. Las y los creadores abiertos a la contemplación, con humildad y en busca de una sensación de extrañamiento, traen a su visión objetos y seres que antes pasaban desapercibidos. Como presencias que recuperaron su contorno, quien hace *litteratura* pone peso a lo nombrado. Le da valor y un lugar relevante.

IV. Límites

Pero no todo es sencillo. Si uno de los problemas más grandes de la humanidad es empatizar con *el* otro (el ser humano que no soy yo ni mis conocidos,

compatriotas o hablantes de la misma lengua), entonces estamos ante una trampa de la palabra al pretender empatizar con lo otro. Aquí se expande nuestra torre de Babel, pues además de las montañas de escombros que separan las lenguas se erige un abismo de silencios y miradas entre especies. ¿Cómo entiendo a mis mascotas cuando me ladran? ¿Quién me dice qué expresa un árbol cuando lo talan? Y cuando incendian un bosque o se seca un lago, ¿cómo son sus lamentos? ¿Un terremoto es lenguaje o es un efímero ser que realiza danzas telúricas? ¿El huracán es corazón o suspiro del mar y el cielo?

Héctor Hernández Montecinos critica el uso de conceptos como *litratura* o *ecopoética* por su punto de observación, pues “no deja de ser una disciplina que se mide desde el lugar de lo humano [...]. No se deja de mirar desde afuera, desde otro lugar, desde donde justamente su capacidad de enunciar lo separa del resto de las formas-de-vida” (2021, 117). Este es un problema que proviene del Antropoceno, pues se cerró el paso a lenguajes externos a aquel que el ser humano puede enunciar. De hecho, lo que apuesta el autor es que lo “eco” trasciende el sentido del lenguaje humano. Desde su acepción etimológica, *oikos* traería a la poesía una forma de habitar en los registros multiformes de los lenguajes que se conciben al contacto con lo natural.

La ooo de Morton me hace resonancia aquí, como una muestra de que para entender la relación humano-no humano que propone la *litratura* hace falta establecer diálogos distintos, no cerrados necesaria o exclusivamente a la palabra. Por ello, es importante trascender



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 4

aquel aforismo de Wittgenstein, según el cual “los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo”, pues hay mucho más en juego que lo definido y limitado por las palabras. Es necesario un arte verbal que se enfoque en conservar experiencias humanas y no humanas. Como mapa del ser humano, la *litratura* también lo debería ser de todo lo que abarca lo natural. Así, la palabra dejaría de ser frontera y se convertiría en puente.

Pienso en Ariel Guzik y sus intentos, durante más de 25 años, por apreciar y entender los lenguajes de otros seres vivos, en especial los cantos y ecos de las ballenas. Él mismo se pregunta qué sería más sencillo, si aprender su lenguaje o hacer que ellos

nos entiendan, y su conclusión es partir el mutismo por la mitad. Dar el primer paso hacia sus sonidos para concebir nuevas expresiones en conjunto. A través de Nereida u Holoturian, artefactos ideados para captar y emitir sonidos como melodías sutiles, Guzik logra dialogar con los antepasados que volvieron a los océanos. En este afán por entender y darse a entender, el artista mexicano reflexiona que “a fin de cuentas toda forma de lenguaje implica en algún punto un desencuentro. Su incompletitud y agotamiento motiva la invención de nuevas voces” (Guzik 2021, 86). Si nos limita el lenguaje para entender al mundo ajeno, ¿por qué no creamos otros?

V. Anthos, Leigen

De acuerdo con su etimología, las antologías son selecciones de flores. Una especie de ramos especialmente elaborados para el deleite. Me parece muy bello cómo su significado ha ido mutando de flores a obras de arte. Así pues, recientemente ha habido un interés por reflexionar sobre lo no humano a través de la experiencia personal, la divulgación, el arte y la poesía en general. Me vienen a la mente los ramos de *Semillas de nuestra tierra. Muestra ecopoética mexicana* (2023) compilado por Mónica Nepote y Yaxkin Melchy o *La idea natural* (2024) de María Negroni, los cuales reúnen voces y discursos de lo natural.

En la introducción de la primera antología se prioriza la demanda de sensibilidad y empatía a través de la escritura, no solo actual ni del siglo xx, sino de cada pueblo originario que conocía tanto o más acerca de la conexión con lo natural. La poesía está al centro, pues “los poemas que nacen de un diálogo entre las voces de la naturaleza y el corazón humano son un verdadero tesoro de reconexión para este mundo desamparado” (Nepote y Melchy 2023, 17). Por su parte, la obra de Negroni sugiere que la parcialidad del registro, la mirada sesgada desde lo humano es necesaria. Así, entender el libro de la naturaleza forzosamente requiere de un equilibrio entre el mundo que se observa y el mundo que se dice, la literatura. De este equilibrio surgirá “en

las marcas silenciosas que enlazan lo supuestamente inconexo, un conjunto dotado de sentido” (Negroni 2024, 12-13).

Traer sentido a los silencios que nos separan del otro, como el que antaño se dio a las estrellas y los planetas, me remite a un intento por traducir. En el vacío que se gesta entre la palabra y la montaña, el cielo, el mar, los animales, las plantas y los hongos, de acuerdo con Clara Obligado, hay una suerte de traducción de malentendidos. El intercambio que emerge en la literatura, como diálogo entre el observador y la naturaleza (y las experiencias y sensaciones que se producen), hace que la palabra humana tenga una deriva. “No nos alcanzan las palabras para describir lo que nos pasa, necesitamos un nuevo diccionario” (Obligado 2024). Me parece que ese es el punto de cada antología y de la literatura. Dar nombre a las experiencias, a la alteridad natural, a los problemas de la crisis climática. Un intento, en fin, de devolverle su presencia e importancia a lo que nos rodea para darnos cuenta de que ahí estamos, como un eco distante de luz, como un canto de cetáceo aguardando una respuesta. **LPyH**

REFERENCIAS

Aguilar Gil, Yásnaya. 2021. “El arte, la literatura y las estéticas colectivas de la tierra”. En *En una orilla brumosa. Cinco rutas para repensar los futuros de las artes visuales y la lite-*

ratura. Editado por Verónica Gerber Bicecci, 139-151. Querétaro: Gris Tormenta.

Cota Hiriart, Andrés. 2024. “Entre la literatura y la narrativaleza”. *Letras Libres* 308: 84-86.

Edelstein, José. 2019. “La oscuridad de la noche y el origen del universo”. *Revista de la Universidad de México* 845: 39-44.

Guzik, Ariel. 2021. “Caligrafía cetácea”. En *En una orilla brumosa. Cinco rutas para repensar los futuros de las artes visuales y la literatura*. Editado por Verónica Gerber Bicecci, 83-90. Querétaro: Gris Tormenta.

Hernández Montecinos, Héctor. 2021. “Contra el amanecer”. *Luvina* 102: 113-118.

Morton, Timothy. 2023. *Todo el arte es ecológico*. Traducido por Fernando Borrajo. Barcelona: GG.

Negroni, María. 2024. *La idea natural*. Barcelona: Acantilado.

Nepote, Mónica y Yaxkin Melchy, eds. 2023. *Semillas de nuestra tierra. Muestra ecopoética mexicana*. México: Cactus del viento, Grupo de Investigaciones Poéticas de la Madre Tierra.

Obligado, Clara. 2024. “Los árboles y la traducción”. *Cuadernos Hispanoamericanos*, 1 de julio. <https://cuadernoshispanoamericanos.com/los-arboles-y-la-traduccion/>.

Arnoldo de Jesús Gómez García (2000) es licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas y especialista en Promoción de Lectura (UV), ambas con mención honorífica. Su investigación de posgrado se centró en la literatura para propiciar la conciencia ecológica.

Niebla, mi camarada, aunque tú no lo sabes, nos queda todavía, en medio de esta heroica pena bombardeada, la fe, que es alegría, alegría, alegría.

RAFAEL ALBERTI,
"A *Niebla*, mi perro"

Cuando traje a mi perro a casa por primera vez hace cuatro años, era un cachorro rubio de un mes y medio de nacido que pesaba apenas dos kilos con doscientos gramos, según la balanza de la veterinaria, y cabía con espacio de sobra a lo largo de mi antebrazo, donde lo llevé cargando ese día hasta que se me cansó el resto del brazo. Parecía triste, la mujer que me lo dio me advirtió que estaría amodorrado el resto de la tarde como efecto de la vacuna que le había colocado frente a mí, pero que no debía preocuparme. Al llegar a casa, lo puse en el suelo y él buscó inmediatamente algún refugio oscuro donde ocultarse de nuestra mirada: el espacio vacío que había dejado en el armario un cajón faltante.

El día que lo recogimos aún no tenía elegido el nombre para él, si bien había pasado algún tiempo ya desde que decidí tener un perro y activamente lo había buscado. Tenía algunos nombres pensados, pero ninguno parecía ser el correcto. Mi primera opción había sido *Apolo*, al ser mi dios grecorromano favorito, patrono de la poesía y de la adivinación, y protagonista del mito que más me gustaba y que conocí gracias a una famosa carta de amor escrita por Oscar Wilde (mi autor de cabecera entonces) a su amante, Lord Alfred Douglas. La frase que hacía referencia a él era: "Sé que Jacinto, al que Apolo tan locamente amó, fuiste tú en los días griegos".

En medio de esta heroica pena bombardeada

Daniela I. de la Fuente Esquina

Aquella frase ponía mi corazón, adolescente aún, a alucinar con un amor así de épico. Sin embargo, mi novio descartó el nombre tan pronto lo sugerí, al parecerle demasiado común: montones de perros se llamaban de ese modo, qué habría de destacar al nuestro de entre todos ellos.

Aunque era chocante, tenía razón. El nombre que eligiésemos debía demostrar, estaba claro, que para nosotros este era un perro fuera de lo ordinario. T. S. Eliot dice en su poema "The Naming of Cats" que "un gato necesita un nombre que sea particular, un nombre que sea peculiar y más digno, ¿o de qué otro modo podrá mantener su cola en perpendicular, o retorcerse los bigotes, o atesorar su vanidad?" Me parece que esto se debe considerar de igual manera para las mascotas de otras especies. Es una materia seria, como queda explícito en dichos versos, pues definirá su carácter de allí en adelante. Se ha dicho que el nombre es destino, por lo que nombrar al perrito de forma ridícula lo condenaría a ser una criatura ridícula; nombrarlo, en cambio, con un nombre digno, iba a hacer de nuestro peludo amigo alguien digno. Así que, por varios días, mientras se me ocurría algo, el cachorro permaneció sin nombre.

Así fue hasta que un día, al llegar a la tienda de mascotas para comprarle un platón ade-

cuado para la comida y otro para el agua, me encontré con una revista sobre mascotas de compañía, cuya edición especial era sobre los Cocker Spaniel, raza a la que pertenecía mi cachorro. Decidí comprarla, no solo porque era sobre un tema que me interesaba, sino porque también estaba en descuento del 50 por ciento, y quién no ama una buena oferta. Qué maravillosa coincidencia era, a la que quise interpretar como un guiño del destino. Mi crianza católica me tenía convencida de que "las cosas pasan por algo", fuerzas divinas conjugar sus energías para que las cosas se den de una cierta forma. Al hojearla, en el índice encontré un artículo sobre las apariciones de esta noble raza en la historia de la literatura, y al ser estudiante de la materia, no pude sino precipitarme a leer tal artículo antes que cualquier otro. Allí descubrí el dato que me ayudaría a bautizar a mi perro con el nombre perfecto:

[El Cocker Spaniel] es conocido en Inglaterra desde hace más de 600 años, y eso se fundamenta con la primera mención de la raza en la literatura del país con Geoffrey Chaucer (*Los cuentos de Canterbury*), y con Gaston Phébus, conde de Foix, donde cita al Spaniel en su obra *El espejo de Febo...*

¡Claro, cómo no se me había ocurrido! El epíteto de Apolo, breve y cuyo significado encajaba perfectamente con las características del cachorro: resplandeciente o brillante. Sin alejarme de mi propósito inicial de nombrarlo igual que el dios de la lira, lo nombré así: *Febo*.

Febo, tan pequeño, resultó un gran reto, pues nunca antes había cuidado de un cachorro, si bien anteriormente había tenido como mascota a otro perro, un mestizo de talla mediana, peludo, irremediablemente despeinado y alegre. En mi cumpleaños número catorce, que habíamos celebrado en casa de mi abuela, esta me dio a elegir un cachorro de los tantos (ocho en total) que había parido su perra *Pegui* ese mismo mayo, un día seis para ser exactos, tras una escapada en la que fue preñada por un perro de la cuadra (y cuya identidad permaneció desconocida). Yo elegí al más pequeño de la camada. Ella me prometió conservarlo en casa y cuidar de él hasta que fuese tiempo de mudarnos con ellos, lo cual estaba programado para dentro de seis meses a partir de entonces. Cuando al fin nos mudamos mis hermanos, mi mamá y yo a casa de la abuela, el perro ya estaba bien asentado allí. A él lo llamé *Hachiko*, ya que por entonces era fanática del animé y en mi favorito, *Nana*, a una de las protagonistas le llamaban por ese apodo, en referencia al famoso y leal Akita Inu.

Pues bien, a pesar de que ya había sido dueña de un perro anteriormente, debo decir que a los catorce años lo fui de una manera terrible. A pesar de ser mío, quien lo alimentaba todos los días era la abuela, que les depositaba en el suelo, a él y a *Pegui*, los restos de la comida que

sobraba de la mesa. La verdad es que en aquella época no me preocupé por investigar cuáles alimentos eran aptos para los perros y cuáles no: si la *Pegui* había vivido perfectamente cinco años con la dieta que le proporcionaba mi abuela, qué mal había en que *Hachiko* se alimentara igual. Ambos cánidos dormían fuera, sin contar con una cama o una caseta: tenían para ellos el resguardo del techo que bordeaba la casa y que cubría la pequeña banqueta que servía como espacio de lavado. Nunca salían a pasear, ni siquiera tenían collares, mucho menos correas para el paseo. Vivían marginados en el patio trasero de la casa, con su pequeña porción de pasto, flores, arbustos y un pequeño pozo de agua, pero sin acceso permitido al interior de la casa.

A la *Pegui* la amarraban con una cuerda a los barrotes de una ventana y la sentaban en una silla de plástico cuando la abuela o el abuelo necesitaban salir al patio y tener abierta la puerta de la cocina. A *Hachiko* también, pero a veces, a escondidas de mis abuelos y mi madre, mis hermanos y yo lo dejábamos entrar, y él se escondía debajo de la mesa del comedor, del sofá o, alguna que otra vez, debajo de mi escritorio o el tocador de mi hermana, sin hacer el menor ruido hasta que alguno de los mayores lo veía y lo mandaba de regreso al patio. Aunque hacíamos la rebeldía de meterlo a casa o de ayudarlo a esconderse cuando él lo hacía por cuenta propia, la verdad es que no pusimos, en particular yo no puse, verdadera oposición a la voluntad adulta de que durmiera fuera. Si acaso, en las noches lluviosas lo dejaba entrar por la ventana a mi habitación para que no sufriera frío, pero si mamá lo atrapaba antes de que corriera la noche, ella dictaba su suerte.

Tampoco llevaba registro de su cartilla de vacunación: la verdad es que el perro no habría recibido inyección alguna de no ser por las campañas de vacunación canina domiciliarias, que consistían en la visita de alguien capacitado para inyectar a los perros domésticos que así lo requirieran. Sabrá Dios si las tenía todas. Pero quizá la peor negligencia, de entre las que cometí, fuera la que refiere a las garrapatas. *Hachiko* siempre tuvo garrapatas pues vivía a la intemperie, por lo que a veces pasábamos rato mis hermanos y yo arrancándoselas y quemándolas todas con ayuda de un encendedor o vela. Cada cierto tiempo le comprábamos pipetas contra las garrapatas, que le colocábamos en la piel del lomo después de abrir el camino entre tanto pelo. Los esfuerzos eran en vano, las garrapatas no dejaban de hostigarle. Nada iba a cambiar, ahora lo sé, si *Hachiko* no dejaba de frecuentar el patio en el que proliferaban estos bichos y no tratábamos con los mismos remedios a su madre, que seguro estaba infestada también. En fin, que *Hachiko* murió con dos años de edad, poco después de que la *Pegui* huyera una noche durante las fiestas decembrinas, a causa del miedo que le causaba el ruido de los cuetes, y nunca más regresara.

Solía creer que *Hachiko* había muerto a causa de las garrapatas, pero recientemente he comenzado a pensar como más probable que muriera a causa de la soledad. Su madre, su mejor amiga, ya no estaba con él. Los días anteriores a su muerte había dejado de comer y de beber agua. En algún lado leí que los perros se deprimen durante el duelo y uno de los síntomas graves es la falta de apetito. Una noche se escabulló dentro de

la casa por una ventana abierta y a la mañana siguiente encontramos su cuerpo rígido debajo de la cama de mi hermana mayor. Por mucho tiempo me sentí mal de que en su último aliento eligiera la compañía de mi hermana y no la mía, pero ahora entiendo que lo natural para los perros a la hora de morir es buscar un lugar oscuro donde refugiarse, y en mi habitación no había sitio que le sirviera para este propósito: mi cama estaba a ras de suelo y cualquier otro lugar en mi habitación lo dejaba desprotegido. Debajo de la cama de mi hermana, en cambio, halló el sosiego que buscaba.

Al enfrentarme a la crianza y cuidado del nuevo cachorro, ahora con la libertad de hacerlo como yo y solo yo creyese conveniente, procuré investigar sobre crianza canina en internet y en algunos pocos libros con los que me crucé en librerías, lo que me permitió enterarme de cosas que antes no sabía y realizar un mejor trabajo. Ante cualquier mínima duda, una búsqueda en línea o en el índice de los libros era suficiente. Sin embargo, al ser primeriza y vivir en un departamento minúsculo, la tarea no me fue fácil y pronto me llené de frustraciones. Asimismo, me ahogaba de culpa al darme cuenta de lo diferente que estaba criando a este nuevo perro del anterior. Mientras más leía sobre el tema, más me daba vergüenza descubrir que antes lo había hecho todo mal. Nuevos miedos y dudas surgían, me preguntaba si había tomado una buena decisión al hacerme de un cachorro. A veces lo observaba dormir profundamente y su respiración era tan calma que me entraba el miedo de que estuviese muerto; tenía la loca idea de que podía darle algo así como muerte de cuna, por lo que lo tocaba para



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón* núm. 5

despertarlo y comprobar que siguiera vivo. Para mi suerte, era así cada vez.

Mi novio y yo nos dimos cuenta enseguida de que el cachorro tenía pulgas, por lo que investigamos qué hacer para deshacernos de ellas. La mayoría de las páginas de internet y el veterinario coincidían en que, al ser tan pequeño, había muy pocos métodos convenientes: no podíamos bañarlo aún porque, sin las vacunas oportunas, podía enfermarse y morir. Debíamos esperar hasta que tuviese al menos la vacuna contra el moquillo. Decidí emplear remedios poco agresivos y naturales para aplacar el problema en lo que llegaba el momento de recurrir a los baños y pastillas. Cualquier cosa que leyera, la intentaba. Con ayuda de una botella rociadora cubrí

todas las esquinas de la casa con vinagre de manzana. Algunas veces, también con una mezcla de agua, aceite de lavanda y aceite de limoncillo. Tomó muchos meses eliminarlas por completo, pero al final lo conseguí.

Comencé en aquellos días a tener pesadillas en las que volvía a ver a *Hachiko*. En ellas, el chuchó me reprochaba no haberlo cuidado como ahora cuidaba a *Febo*: lo justo del reproche me atormentaba. Los sueños, conforme avanzaban los meses, se fueron volviendo más vívidos y complejos. Daban inicio siempre en un departamento que nunca antes había visto, pero que, en la lógica onírica, yo reconocía como una vivienda pasada de un tiempo lejano que solo existía en este mundo de los sueños, un tiempo ya fijo dentro



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón núm. 2*

de él, como una ley escrita sobre piedra. A aquel sitio yo había traído antes dos cachorros blancos con manchas negras y de pelo largo que, apenas hube depositado en el suelo, corrieron, como si fueran cucarachas, a esconderse tras el refrigerador y allí permanecieron hasta que me olvidé de ellos y mudé de domicilio. Al momento de mi retorno, los evocaba de pronto, lanzándome a escudriñar tras el refrigerador en su busca, sin éxito. Continuaba buscándolos hasta que se me aparecían de golpe dos perros adultos, unas bellezas de Springer Spaniel y supuestamente las criaturas olvidadas, que al verme me recriminaban mi descuido. Yo, perpleja, preguntaba cómo habían sobrevivido y a modo de respuesta me guiaban internándonos al fondo

del departamento, donde había una entrada secreta a un desvencijado invernadero de techo abovedado donde crecía de forma libre una vegetación tropical, cuyos frutos eran su alimento. Funcionaba básicamente como un terrario gigante. El aire húmedo y tibio cubría los cristales de vaho y creaba una atmósfera de selva profunda, pero también fantasmagórica. Allí moraba *Hachiko*, entre un montón de perros que yo no reconocía. Todos, aparentemente, perros olvidados y, quién no lo asegura, muertos, conformando una banda parecida a la de los Niños Perdidos; eran “los niños que se caen de sus cochecitos cuando la niñera no está mirando y que, si al cabo de siete días nadie los reclama, se los envía al País de Nunca Jamás...”, y *Hachiko* aquí represen-

taba el papel de Peter Pan: el eterno niño, su líder.

“El hecho de que alguien haya muerto puede significar que no está vivo, pero no significa que no exista”, escribió Julian Barnes, lo cual comprobé aquellos días en que *Hachiko* estuvo más presente que nunca en mis pensamientos y en mis sueños. La verdad es que por entonces llegué a delirar con que había regresado, no solo durante la vigilia, sino por medio de *Febo*, reencarnado. Miraba detenidamente los ojos del cachorro y me preguntaba si al interior de ellos se encontraba ahí metido el espíritu de *Hachi*. Pensaba que era posible; si somos capaces de imaginar e incluso admitir como posibilidad que las almas humanas reencarnan, por qué no van a hacerlo las de los perros también, que se parecen tanto a nosotros o con los que nosotros guardamos grandes semejanzas. Porque de que tienen alma, la tienen. Los perros sufren y gozan; aman y desprecian; se vengán, sienten celos, guardan luto, construyen amistades; son más complejos y profundos de lo que la mirada humana puede aprehender y poseen un mundo oculto del que no sabemos casi nada pero que podemos intuir quienes los amamos. “La aflicción, al fin y al cabo, puede llegar a convertirse en un espacio moral”, también dijo Barnes, y era dentro de ese espacio en que todo era posible, que *Hachiko*, bajo la piel de un cachorro Cocker Spaniel rubio rojizo, había vuelto a mí. **LPyH**

Daniela I. de la Fuente Esquina es narradora, poeta y traductora. Estudió Lengua y Literatura Hispánicas en la UV. Es editora del suplemento *Corre, lee y dile* de la Editorial de la UV. Fue beneficiaria del PECDA Tabasco en la emisión 2024.

Los oficios del país nublado

Carlos Spíndola

A Xalapa

Al pie del último muro de lo que fue un convento franciscano, Lucio Blanco permanece en cucullas, mirando hacia la nada, mientras rasga el unícel de un plato con un tenedor de plástico. Llevo rato mirándolo, yo también, inerte. La mañana apenas brota con su tímida luz. Ni siquiera los pájaros han despertado; un taxi solitario surca la calle y corta el hilo que he tendido hacia Lucio, que ahora se levanta y viene hacia mí.

La cafetería ya está abierta. He prendido todas las máquinas, he limpiado las mesas y cambiado el agua a las flores, pero todavía no pongo música. Quiero escuchar el silencio, hacerme uno con él. No he podido, ni siquiera con el paso de los años, deshacerme de mis prácticas contemplativas aprendidas en otra vida, cuando me formaba para ser misionero en la India, por decir cualquier parte del mundo que me resultara lejana.

De pronto, un pensamiento, este verso de Pär Lagerkvist: “Quién eres tú que llenas mi corazón de tu ausencia, que llenas todo el mundo de tu ausencia”. El cielo sigue pálido y desnudo.

Lucio Blanco gruñe ahora frente a mí, Dios ha hablado. Quiere café. Me extiende sus manos, sostiene un vaso de cartón de otra cafetería. Ya le he dicho que le sirvo en vasos

nuevos, pero insiste en que sea en este. Se parece a la gente que nunca lava sus cafeteras por miedo a que estas pierdan “el sabor a café”. Hay muchas creencias y yo, que sigo rezando a un Dios ausente, no estoy en posición para juzgar ninguna de ellas. Así que tomo el vaso y le vierto agua caliente, luego dos espressos. “Ya soy un maldito adicto”, me dice, aunque no sé a cuál de todas sus adicciones se refiere. Lo digo sin juzgar, cómo podría si bebo seis espressos diarios.

Aquí viene mucha gente, no tardan en comenzar a llegar. Vienen, al igual que Lucio, pidiendo café, aunque, sobre todo, vienen a gruñir o llorar sobre la barra. Un año aquí ha sido suficiente para asumir un papel particular como anfitrión: la gente llega, pide un café, llora, confiesa sus infidelidades o desdichas. Yo los escucho con las manos ocupadas, pero mirándolos constantemente. No tengo otra cosa mejor que hacer, no ahora. Escucho a la gente y les preparo café según su estado de ánimo. Si están alegres ofrezco un café de notas frutales, hecho de manera artesanal. Si están tristes, mejor tomar algo con leche tibia, quizás un capuccino, no importa que le echen azúcar, lo necesitan.

A veces, me pregunto si mi madre se sentirá orgullosa de que su hijo esté pasando los años de su plenitud sirviendo café y escuchando vidas ajenas

de gente que ha venido a vivir sobre este arenal. También se lo cuestiono a mi yo del pasado: al joven arrogante, al universitario, al que soñaba con codearse con los académicos y artistas mientras habla de su última novela, esa que no he terminado de escribir. “Vine aquí a escribir una novela”, le respondo a los clientes que me preguntan mi razón de ser en esta ciudad. Es propio de los escritores huir de ciudad en ciudad. Nadie cuestiona eso, ni el hecho de que se debe ganar tan poco como escritor que hay que trabajar en un café para sobrevivir y terminar la novela pendiente.

Lo he repetido muchas veces: “he venido aquí a escribir una novela”. Se lo digo a todos, incluso, una vez, se lo dije a una reconocida artista cuando me la encontré en una fiesta: “Vine aquí a escribir una novela; cuando la termine me gustaría enviártela”. Ella, complacida, me dijo que sí, aunque nunca me pasó su correo electrónico. “Vine aquí a escribir una novela, Lucio”, le digo al hombre desaharrado, mientras le entrego su café. Él, en un momento de lucidez, comienza a hablarme de su madre, que todavía vive en el sur de Veracruz, y de su tiempo como general antes de que se convirtiera en un adicto al pagamento.

Intuyo que Lucio no estuvo en el ejército. Hace poco descubrí que, en realidad, su nombre lo tomó de una calle nombrada así en honor a un general veracruzano: Lucio Blanco. Pero, no sería capaz de cuestionar ningún nombre en esta ciudad que, más bien, hace las veces del sanatorio que describe Thomas Mann en *La montaña mágica*. Con la pertinente excepción de no estar cobijada por los Alpes suizos, sino por el bosque mesófilo de montaña.

A este lugar la gente viene a sanar: la niebla cubre de moho



Beatriz Sánchez Zurita: *Bosque México-Japón núm. 6*

las heridas y hace brotar de ellas un rostro nuevo. Por eso, nunca le preguntaría a Lucio Blanco cuál es su nombre verdadero, porque hoy, en esta mañana que ya se satura de sol, su único nombre es Lucio Blanco. Hemos hecho ese pacto. Él tampoco sabe mi nombre, no sabe de dónde vengo, no me ha preguntado la razón de mi ser aquí, aunque yo insisto en decírselo porque me siento pretencioso ante sus ojos, forjados en la precariedad y la miseria: “vine aquí a escribir una novela”.

Nunca le he preguntado su nombre a ninguna de las personas que me han confesado sobre la barra de café estar aquí por no tener un lugar más cierto para ser y se sienten solos y con miedo. Nos orinamos en los pantalones, existencialmente hablando. Los he amado desde lo más hondo, les recibo en la cafetería con un café de cortesía, como un refrigerio que les ayude a seguir en su viaje hacia sí mismos. Finalmente, qué es la hospitalidad sino el amor al extraño. Al cabo de unos días o

meses, se curan y se van. Poco a poco voy formando un álbum de rostros que, a falta de retratos físicos que pueda colgar en la cafetería, los llevo conmigo cada mañana. A veces, pienso en varios de ellos antes de hacer mi primer café.

Esa es la vocación que me ha tocado en suerte, una especie de anfitrión en esta ciudad a la que viene a parar mucha gente confundida. El café, preparar café, apenas ha sido un pretexto para poder conectar con tanta gente que necesita ser escuchada, que requiere un rostro amable, una sonrisa de complicidad, una presencia que diga: “no me importa quién eres, aquí tienes la oportunidad de ser alguien nuevo” y cerrar ese pacto sacramental con una taza de café caliente.

Mi ética en esta noble empresa es simple: no indagar cuál es tu nombre verdadero. Te creo si me dices que te llamas Juan Rulfo o Lucio Blanco, te creo porque aquí hemos venido todos a escribir un nombre nuevo sobre la arena. Tenemos ese derecho irreductible: el derecho a retractarnos, rehacernos, renombrarnos y desaparecer. El derecho a despertar un día en una ciudad hermosa en donde es posible mirar el cielo, la tierra y los pájaros como el primer hombre. Y exultar alrededor de una barra de café, en comunión con todos los exiliados: “Mirad, son nuevas todas las cosas”. **LPyH**

Carlos Spíndola (Orizaba, 1992) estudió filosofía aristotélica y Lingüística y Literatura Hispánicas (BUAP) para ejercer mejor su trabajo como contador de historias en una barra de café en la ciudad de Xalapa, Veracruz.



ESTADO Y SOCIEDAD

El agua invisible de Xalapa

Ricardo Indoal

Recordemos siempre esta visita de la lluvia. Cerrados los ojos, tratemos de evocar su vocerío y asistamos de nuevo a la victoria de sus huestes que, por un instante, derrotan a la muerte.

ÁLVARO MUTIS,
“Visita de la lluvia”

Xalapa, la capital del estado de Veracruz en México, es conocida por su rica biodiversidad, su cultura y, por supuesto, por sus abundantes lluvias. Esta ciudad, cuyo nombre en náhuatl significa “manantial en la arena”, en los últimos años enfrenta una creciente e inesperada crisis de escasez de agua que amenaza el bienestar de sus habitantes. Pese a distinguirse por su clima húmedo y lluvioso, que la viste de verde musgo bajo la lluvia, durante la estación seca Xalapa dista mucho de esta imagen idealizada.

La nostalgia de sus lluvias constantes, conocidas localmente como *chipi chipi* –esa “fina y pertinaz lluvia [que bajaba tímida], imperceptiblemente por la tarde, casi lorquianamente a las cinco de la tarde, para hacer acto de presencia telúrica”– es cuita de quienes vivieron la ciudad en otro tiempo. Pues el *chipi chipi*, como un animal discreto y delicado, corre el riesgo de la extinción ante la amenaza del cambio climático. Si bien es cierto que

Xalapa aún goza de una aparente abundancia de agua durante la temporada de lluvias, los gobiernos locales y estatales no han tomado las previsiones necesarias para realizar el acopio de la lluvia y con ello remediar los males que se concitan durante el estiaje.

Es evidente la ausencia de infraestructura y de un sistema eficiente de captación y almacenamiento de agua pluvial. Como consecuencia, la mayor parte del agua de lluvia se desaprovecha. Además, se rumora que algunas reservas subterráneas, conocidas como acuíferos, podrían estar siendo explotadas por empresas refresqueras, complicando aún más el acceso al agua para la población general.

Estos acuíferos, a menudo llamados el *agua invisible*, tienen el potencial de convertirse en una fuente vital para la ciudad si se gestionan adecuadamente. Sin embargo, su explotación comercial, como he dicho antes, pone en riesgo su disponibilidad futura, agravando la crisis hídrica en la ciudad. Esta fuente oculta de agua, que constituiría un recurso hídrico para los xalapenos, ha sido objeto de poca investigación, lo que deja muchas preguntas sin respuesta sobre su disponibilidad y sus condiciones geológicas.

La región veracruzana cuenta con un total de 17 acuíferos,

como se ve en la figura de la página siguiente. Estos acuíferos son formaciones geológicas capaces de almacenar y transmitir agua subterránea, y son esenciales para abastecer tanto a la población urbana como a las actividades agrícolas en la región.

El primer paso para entender la importancia del agua subterránea en Xalapa es reconocer su papel en el ciclo hidrológico. El agua de lluvia se infiltra en el suelo y recarga los acuíferos subterráneos, los cuales a su vez alimentan ríos y lagos; la situación es especialmente relevante dado el alto nivel de precipitación anual; en promedio, recibe alrededor de 1400 mm de lluvia al año (Parada Molina, 2018). No obstante, sin un estudio detallado de los acuíferos es difícil gestionar de manera adecuada este recurso esencial.

La falta de estudios hidrogeológicos y de disponibilidad de agua subterránea significa que no se cuenta con datos suficientes para evaluar el estado de los acuíferos ni para planificar su uso de manera sostenible. Sin información precisa es imposible determinar la cantidad de agua que los acuíferos pueden proporcionar a largo plazo o identificar posibles problemas como la sobreexplotación o la contaminación.

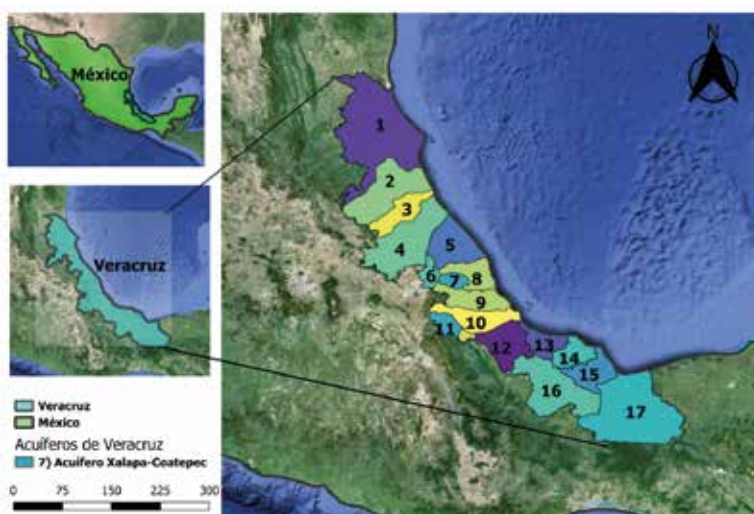
En la región urbana de Xalapa el agua superficial es crucial para el abastecimiento de agua potable, especialmente en colonias marginadas donde el acceso a fuentes de agua superficial es limitado. Además, el agua subterránea también juega un papel importante en la actividad agrícola que se desarrolla en la región rural del municipio, donde se utiliza para riego de cultivos que son fundamentales para la economía local.

Para abordar esta situación, es necesario que se realicen ex-

ploraciones detalladas sobre los acuíferos de Xalapa. Estos estudios deben incluir la caracterización geológica de aquellos, la evaluación de su capacidad de almacenamiento y transmisión de agua y la medición de la disponibilidad de agua en diferentes condiciones climáticas. Además, es necesario monitorear la calidad del agua para identificar y mitigar posibles fuentes de contaminación.

Al mencionar la contaminación del agua subterránea, recuerdo una conversación que tuve con un viejo amigo, un investigador que vivía en España. Su trabajo consistía en identificar contaminantes emergentes en los acuíferos de distintas regiones. Este investigador elaboraba mapas sobre la evolución anual de los contaminantes en el agua subterránea, como pesticidas, nitratos y metales pesados, utilizando técnicas geoestadísticas. Esta colección de mapas no solo resolvía dudas cruciales sobre qué contaminantes estaban presentes y desde cuándo, sino que también proporcionaba información sobre su ritmo de degradación y su potencial de contaminación de las aguas subterráneas y superficiales. En conjunto, estos mapas representaban un avance fundamental para la toma de decisiones por parte de los responsables municipales. Estudios como los de mi colega, con su experiencia y conocimientos, serían replicables y provechosos para evaluar los acuíferos de Xalapa y determinar si están afectados por contaminantes, así como identificar las sustancias específicas responsables de dicha contaminación.

La investigación de contaminantes emergentes en acuíferos es un campo crucial para entender los riesgos que enfrentan nuestras fuentes de agua



Mapa de los acuíferos en el estado de Veracruz. El acuífero identificado con el numeral 7 corresponde a la ciudad de Xalapa, abarcando una extensión de 857 km²

subterránea. Los contaminantes emergentes son sustancias químicas que no eran detectados previamente debido a las limitaciones de las tecnologías de análisis, pero que ahora, una vez identificados, revelan problemas de contaminación más profundos. Estos pueden ser medicamentos, microplásticos, pesticidas y otras sustancias químicas que provienen de diversas actividades humanas. Habrá también que establecer un índice que nos permita dar cuenta del nivel de contaminación de los mantos. En Europa, el agua subterránea se considera contaminada cuando tiene un valor igual o mayor a 0,10 ug/L de cualquier sustancia.

El riesgo de contaminación es una preocupación creciente debido a la falta de sondeos y monitoreo. Los acuíferos pueden estar expuestos a contaminantes emergentes y provenientes de fuentes industriales, agrícolas o incluso residuales.

Para abordar este problema es esencial realizar un análisis detallado que incluya la toma de muestras de agua de los acuíferos y su evaluación en laboratorios

especializados. Con la experiencia de investigadores como mi amigo, se podrían emplear técnicas avanzadas de detección para identificar la presencia de contaminantes emergentes y determinar su concentración. Esta información permitiría no solo evaluar el estado de los acuíferos en términos de calidad del agua, sino también desarrollar estrategias para mitigar y prevenir la contaminación futura en las aguas subterráneas.

A pesar de la importancia del *agua invisible*, es fundamental recordar que el agua que abastece a Xalapa proviene en gran parte de los sistemas montañosos del este de Puebla y, en menor medida, de la cuenca del Pixquiac (López Olvera et al. 2024), una realidad que subraya la interdependencia regional en la gestión de recursos hídricos. Sin embargo, en época de calor, el agua parece desaparecer mágicamente, obligando a que el suministro a los hogares se realice cada tres días, lo que provoca una situación crítica para muchas familias xalapeñas.

Durante años he vivido en la costa del Mediterráneo; sin



Erick Ocaña: Calate jarocho (*Charadrahyla taeniopus*). Endémica, amenazada (MEX), vulnerable (IUCN)

embargo, esto no ha hecho menos cabo en mi personalidad xalapeña; sigo echando de menos el paso de esa criatura de agua extinta de la que hablé al inicio de este texto y de la que también escribió Enrique Vila-Matas en su novela *Lejos de Veracruz*: “esa maravilla que es el *chipichipi*, tierno y casi ridículo nombre local para lluvia tan soberbia y tan tensada”. Ahora, en el reencuentro con Xalapa el *chipi chipi* es una nostalgia, no queda siquiera su fantasma, razón por la que me interesa advertir sobre el agua de chubascos y aguaceros que alimentan nuestros ríos con una generosidad que, en un engaño colorido, pensamos inagotable. La extinción del *chipi chipi* es el presagio de que el agua de las lluvias es un recurso finito. Ahora es notoria la disminución alarmante en el caudal de muchos de los ríos de la región, y la ausencia del agua en las casas de los xalapeños. Como he dicho a lo largo de este escrito, es urgente un proyecto de captación del agua de lluvia, y un estudio a profundidad del manto acuífero de Xalapa.

Sin estudios hidrogeológicos exhaustivos y sin una estra-

tegia clara para su explotación sostenible, Xalapa corre el riesgo de perder una oportunidad crucial para asegurar su suministro de agua a largo plazo. Es necesario que se realicen investigaciones científicas detalladas para identificar la ubicación, el tamaño y la calidad de estos acuíferos.

La conservación y protección de estos recursos subterráneos deben ser una prioridad. La contaminación y la sobreexplotación podrían devastar estas reservas antes de que puedan ser utilizadas de manera efectiva. Por lo tanto, la colaboración entre el gobierno, las universidades y la ciudadanía es esencial para desarrollar políticas y prácticas que garanticen la sostenibilidad de estos recursos.

El reto es grande, pero también lo es la oportunidad. Si Xalapa logra descubrir y gestionar adecuadamente su *agua invisible*, podría transformar la crisis en una oportunidad de desarrollo sostenible y ser un ejemplo replicable en otras ciudades del sur del país. La clave está en actuar con urgencia y responsabilidad, asegurando que el agua de

la temporada de lluvias no sea la única esperanza de agua para las futuras generaciones xalapeñas.

LPyH

REFERENCIAS

- López Olvera, Sergio, Socorro Menchaca Dávila y Rabindranath Romero-López. 2024. “Disponibilidad del agua: caudales, percepción y opinión en la microcuenca del río Pixquiac, Veracruz, México”. *UVserva* 17: 266-287. <https://doi.org/10.25009/uvs.vi17.3025>.
- Parada Molina, Paulo César, Carlos Roberto Cerdán Cabrera, Juan Cervantes Pérez, Gustavo Celestino Ortiz Ceballos y Víctor Luis Barradas Miranda. 2017-2018. “¿Está cambiando el clima en Xalapa y Coatepec?” *UVserva* 5: 59-63. <https://doi.org/10.25009/uvs.v0i5.2573>.

Ricardo Indoval es doctor en Ingeniería del Agua y Medio Ambiente por la UPV, especializado en hidrología, SIG y teledetección. Experto en modelación hidrogeológica, calidad del agua y cambio climático. Conferencista internacional y premiado por su investigación ambiental y divulgación científica.

Quienes vivimos en las ciudades rara vez nos percatamos del impacto que nuestro modo de vida tiene en el medio ambiente. Nuestra apreciación de los problemas ambientales suele reducirse a una queja por la calidad del aire, esas vaporosas nubes grises que emergen de los vehículos que diariamente usamos. Más recientemente, resentimos la pérdida de áreas verdes y la falta de agua, carencias que de modo inmediato inciden en nuestra calidad de vida: extrañamos las frescas som-

Ciudad, cambio climático y vulnerabilidad social

Hipólito Rodríguez

Las ciudades empiezan a adquirir conciencia de que son ellas mismas el origen de los mayores quebrantos que sacuden al planeta. Situaciones que nos parecían distantes, se encuentran ahora en nuestras calles, las vivimos en nuestros hogares y empezamos a reconocer su causa en nuestros hábitos...

bras de los árboles y sin el flujo del agua no es posible seguir nuestras rutinas más elementales. Con todo, a pesar de estos indicios –pequeñas pruebas de que asistimos a un trastorno más amplio– pareciera que la crisis ambiental se halla muy lejos de nuestro espacio de vida. Sin embargo, como intentaré mostrar en este breve ensayo, la mayor parte de los problemas ambientales que enfrenta el planeta tiene su origen en el modo de vida urbano, pues son el patrón de consumo, los sistemas de transporte y nuestras formas de alimentación los que están ocasionando el creciente deterioro de los ecosistemas que sostienen la vida en todo el orbe.

En parte, la evidencia de que estamos ante un nuevo escena-

rio nos la revelan los conflictos socioambientales. Para mucha gente las primeras manifestaciones de este tipo de conflictos fueron las marchas en contra de la instalación de una planta nuclear en una región costera del Golfo de México. Aunque no recibían el nombre de movimientos ecologistas, las incontables protestas de los pescadores por la contaminación generada por los ingenios azucareros eran parte de esta clase de conflictos. Asimismo, la actividad petrolera se hacía presente con sus recurrentes derrames: manchas de aceite se extendían por nuestras playas; la vida marina y la actividad pesquera eran sacrificadas por esas negligencias criminales.

Por desgracia, este tipo de notas dejaron de ser novedad:

no han cesado de aparecer diariamente en la prensa. Pero ahora nos enfrentamos a nuevos desafíos. Las ciudades empiezan a adquirir conciencia de que son ellas mismas el origen de los mayores quebrantos que sacuden al planeta. Situaciones que nos parecían distantes, se encuentran ahora en nuestras calles, las vivimos en nuestros hogares y empezamos a reconocer su causa en nuestros hábitos más cotidianos.

Inmunidad, urbanización y migración indigerible

En una conferencia reciente (2023), el filósofo alemán Peter Sloterdijk propuso considerar a las ciudades como el principal escenario de la crisis ambiental de nuestra época. A pesar de ser instituciones cuyo propósito fundamental ha sido desde su origen ofrecer protección, esta función empieza a erosionarse. Recordando a Epicuro, Sloterdijk señaló que la ciudad ofrece muros que pueden protegernos tal vez de todo, menos de la muerte. Si bien la urbe construye un sistema inmune, hay algo ante lo cual fracasa, pues ante

La modernidad al empezar el siglo XXI pareciera apostar por que la vida social solo tenga vigencia en centros comerciales: una reducción del espacio público a una dimensión puramente económica. Sin embargo, necesitamos auténticos espacios de comunidad. El creciente peso que tienen los instrumentos de comunicación digital es expresión de esta necesidad...

nuestra irremediable mortalidad no hay barrera que sirva. Sin embargo, si la edificación de un entorno artificial ha proliferado de modo universal es porque la ciudad asegura a sus habitantes un orden social y moral.

En la actualidad, al cumplirse el primer cuarto del siglo XXI, la tendencia a vivir en ciudades se ha vuelto el dato demográfico dominante: el proceso de urbanización ha culminado con la pérdida casi absoluta de lo que podríamos llamar la experiencia rural. En el curso del siglo XX, se produjo una contracción de la población agraria de tal magnitud que ya, en buena parte del planeta, solo quedan algunos vestigios del mundo campesino. El proceso de proliferación urbana pudo prosperar gracias a los combustibles fósiles: al quemar los bosques subterráneos, como Sloterdijk llama a los hidrocarburos, las manchas urbanas y las redes que las articulan se han extendido por toda la superficie de la Tierra. Por tanto, podemos decir, la modernidad se ha construido con base en una piromanía: nuestra irresistible inclinación a incendiar cantidades incalculables de petróleo. Pero ahora pareciera que estamos viviendo el final de este proceso: el fuego de esos bosques ha producido un volumen ya insostenible de gases de efec-

to invernadero, causa clara del calentamiento de la Tierra.

Los historiadores de las ciudades coinciden en que la experiencia urbana tiene tres rasgos básicos: en las ciudades se construyen espacios sagrados (templos), en las ciudades se proporciona seguridad (las murallas, los fuertes), en las ciudades se despliegan los mercados (centros de actividad comercial), lugares todos donde sus habitantes pueden encontrar los bienes necesarios para su supervivencia. Desde su origen, las instituciones económicas y políticas urbanas garantizan el flujo de excedentes del campo hacia la ciudad. Cuando faltan una economía operativa y un orden político estable, las ciudades dejan de cumplir sus funciones elementales, y su capacidad de ofrecer inmunidad empieza a erosionarse. ¿Qué implica el sistema inmunológico? Según Sloterdijk, los biólogos europeos tomaron el concepto de inmunidad del campo jurídico romano: toda vida humana puede ser dañada y todo lo que se pueda hacer, por anticipado, para protegerla pertenece al sistema de inmunidades. Con la vacunación, por ejemplo, nuestros cuerpos están preparados para enfrentar las invasiones de ciertos microbios. En las ciudades modernas, el espa-

cio doméstico está poblado de dispositivos diseñados para ese propósito: desodorizar, higienizar, blanquear la vida cotidiana; de hecho, las viviendas son los símbolos materiales de esa inmunidad. Sin embargo, asistimos a una contradicción cada día más violenta: las ciudades y las naciones ricas, con sus logros inmunológicos, atraen a un número cada vez mayor de poblaciones, a las que no obstante se rehúsan a admitir. Los territorios rurales pierden a sus habitantes, pero las ciudades parecen haber perdido su capacidad de integrar a esas migraciones. Se les rechaza, se construyen muros para frenarlas, o en todo caso se les coloca en los márgenes. Este es el capítulo trágico del urbanismo moderno: luchando por proteger la vida, las ciudades se hallan, no obstante, sin muros contra la muerte, pero están edificando murallas contra las migraciones. Una crisis humanitaria toca todas las fronteras: rechazamos los flujos expulsados por la des-agrarización propiciada por los avances tecnológicos y las secuelas de estos (la crisis climática, las sequías, las inundaciones, las tormentas).

Equipamientos colectivos y espacio social solidario

Construir una ciudad no es solo edificar infraestructura, sean calles o puentes, dedicada a fomentar la movilidad; hacer una ciudad también es auspiciar equipamientos colectivos: escuelas, centros de salud, áreas deportivas, establecimientos culturales, áreas verdes, espacios públicos, instalaciones que apuntalan la vida de las familias. La ciudad no solo opera por



Erick Ocaña: Celesto huasteco (*Siderolamprus enneagrammus*). Endémica, sujeta a protección especial (MEX)

medio de redes físicas (agua, drenaje, electricidad, comunicaciones) sino también gracias a redes sociales que hacen posible el tejido colectivo, la comunidad como conjunto de vínculos de cooperación. Gracias a los equipamientos colectivos se cuenta con un conjunto de medios para que en ellos se restablezca la socialidad que el mercado solo convoca en forma impersonal o mercantil. De hecho, la modernidad al empezar el siglo XXI pareciera apostar por que la vida social solo tenga vigencia en centros comerciales: una reducción del espacio público a una dimensión puramente económica. Sin embargo, necesitamos auténticos espacios de comunidad. El creciente peso que tienen los instrumentos de comunicación digital es expresión de esta necesidad, pero incluso estos dispositivos se encuentran actualmente sometidos a la lógica de la mercantilización. Todos aquellos que acceden a las

redes digitales observan cómo ese espacio de convivencia virtual se halla penetrado por la publicidad, anuncios que de modo obsesivo invitan al consumismo. Ante esa intrusión constante, parece más que nunca necesario propiciar espacios donde la comunidad pueda actualizar sus relaciones de reciprocidad y cooperación. Las llamadas “redes sociales” inevitablemente colocan a las personas ante una situación pasiva, como meros receptores, restringiendo la posibilidad de que puedan desplegar su dimensión creativa, acotando incluso la reflexividad política. Así, pareciera que carecemos de la capacidad activa de producir los bienes para disfrutar de nuestro tiempo de ocio. Eso nos ha vuelto vulnerables, heterónomos, despojados de nuestra capacidad para crear. Las posibilidades de la danza, la música, la narrativa se nos suministran como modas. De ahí que, ante ese modelo de comunica-

ción mercantil, se haya vuelto tan importante auspiciar equipamientos colectivos, espacios de autonomía: sitios de apoyo mutuo y reconocimiento, lugares donde se configuran redes de confianza y donde la comunidad puede recuperar su calidad de sujeto activo y solidario. La seguridad misma nace de la construcción de confianza entre vecinos, un tejido que no es otra cosa que el sistema inmunológico del que habla Sloterdijk.

Nuestros hábitos construyen la crisis y la historia

Se ha dicho que en la actualidad las ciudades no están ocupando un lugar en la discusión ambiental. Cuando hablamos de problemas ambientales, pareciera que estos solo ocurren fuera del mundo urbano: pérdida de biodiversidad, sequías, contami-

nación de ríos y mares, aumento de temperatura en los océanos, incremento de huracanes y tormentas. Sin embargo, no se ha concedido la debida importancia a la dinámica urbana como el detonante de buena parte de los problemas ambientales que en la hora actual afectan al planeta.

De ahí que los análisis de ecología política urbana propongan corregir esta perspectiva. Los procesos de urbanización están jugando un papel fundamental en la crisis ambiental global: son ellos los que se encuentran en el origen del calentamiento del planeta, la crisis hídrica, la erosión de la biodiversidad, el incremento de los desperdicios y la extraordinaria expansión de los residuos plásticos. Las poblaciones urbanas necesitan diariamente diversos bienes: alimentos, vestido, agua, vivienda, energía, minerales y materiales de construcción. Las materias primas para todo ello se encuentran fuera del ámbito urbano: en el campo, en la ganadería, en los bosques, pesquerías y actividades mineras. La frontera agrícola, a pesar de los incrementos en la productividad, no cesa de crecer. Los cambios de uso del suelo son la expresión espacial de este crecimiento de las áreas dedicadas a la producción de alimentos y energía. Progresivamente, las superficies donde habita la vida silvestre (bosques y selvas) se ven reducidas y se hace necesario crear áreas naturales protegidas ante la avaricia de los negocios agropecuarios y mineros. El mismo crecimiento de las manchas urbanas está devorando literalmente las superficies dedicadas a la agricultura. No es raro ver incluso que tierras protegidas por su valiosa diversidad o por ser áreas de recarga de los mantos acuíferos, se encuentran expuestas a la voracidad ur-

baña. Nuevas carreteras, nuevos fraccionamientos inmobiliarios, nuevas zonas portuarias, nuevas presas, nuevos proyectos turísticos acosan a las tierras donde hay todavía manchones de biodiversidad. La llamada prosperidad económica, la promesa del desarrollo, nos está colocando ante graves problemas.

Resulta entonces que las ciudades se han convertido en el detonante principal del cambio climático: en ellas y para ellas se consume buena parte de los hidrocarburos que hoy están exhalando los gases de efecto invernadero. La notable dinámica de expansión urbana se alimenta de los bosques subterráneos. Sin embargo, las empresas y los países que consumen y producen combustibles fósiles se oponen tajantemente a poner límites a su extracción y emiten mensajes que desacreditan a la comunidad científica: por ejemplo, que el cambio climático tiene causas naturales, o no es producto del consumo de hidrocarburos. Su actitud es explicable: equivale a pedir a una empresa con grandes cantidades de dinero en el banco que deje de extraer esos recursos de su cuenta de ahorros. La acción solicitada por los expertos del clima y las comunidades afectadas pareciera un atentado a su libertad: el privilegio que tienen los dueños del capital de hacer su santa voluntad dentro de su propiedad. Sin embargo, aquí nos topamos con una situación que tiene historia.

No siempre ese suelo (y ese subsuelo) estuvieron en manos de las mismas personas. Los procesos de conquista y las guerras han sido las actividades que dieron origen a los títulos de propiedad. En México bien sabemos que los latifundios se formaron después de la conquista

y son fruto de un despojo. Los pueblos originarios fueron derrotados en una guerra y su patrimonio pasó a manos de los conquistadores. A lo largo de tres siglos de dominación, se constituyeron así enormes propiedades. Sin embargo, tras la Independencia se inició un conflicto en el cual las comunidades y los pueblos indios se enfrentaron a los latifundios que pretendían seguir expandiéndose a costa de sus tierras. El conflicto abarcó todo el siglo XIX y estalló de forma dramática al empezar el siglo XX. Los ejércitos campesinos reclamaron sus tierras, y su movilización armada permitió que buena parte de los latifundios volvieran a manos del campesinado. El Estado que emergió de la Revolución recuperó incluso el petróleo, tesoro del colonialismo imperialista. Con todo, al final del siglo, el neoliberalismo intentó devolver esas tierras al mercado y reformó el artículo 27 constitucional con ese propósito. Siguiendo esa lógica, también intentó devolver el petróleo al dominio privado. El proceso histórico muestra que los títulos de propiedad no están escritos en piedra y los recursos que la tierra guarda pueden cambiar de manos. Las guerras que las grandes potencias han desatado en todas las regiones donde aún quedan bosques subterráneos son la evidencia de que la avaricia por la energía aparentemente no tiene límites. Pero ahora asistimos a un nuevo límite: la crisis climática. Detener las emisiones de gases de efecto invernadero supone cambiar los metabolismos urbanos, moderar el consumo excesivo de combustibles, acordar límites al extractivismo, restringir el despilfarro energético, transitar hacia nuevos modelos de movilidad y redefinir los derechos de propiedad.



Erick Ocaña: Geco yucateco de bandas (*Coleonyx elegans*). Amenazada (MEX)

Las luchas urbanas como luchas socioambientales

Buena parte de los conflictos ecológicos del siglo XXI tiene que ver con la forma en que se despliega el crecimiento de las ciudades. Cada día el mundo urbano requiere de más agua, alimentos, minerales y energía. El crecimiento del extractivismo tiene como fondo los procesos de urbanización en curso. Dotar de más agua a las ciudades y a las empresas que producen para ellas supone trasvases e infraestructuras que suscitan conflictos. Ampliar la frontera agrícola y pecuaria exige más agua pero también incrementa las contaminaciones (la proliferación de granjas porcícolas y avícolas no cesa de producir desechos y vul-

nerabilidad a toda clase de pandemias). Más minería a cielo abierto y más extracciones de petróleo y gas se traducen en mermas a la sostenibilidad. La pérdida de biodiversidad que traen consigo los cambios de uso del suelo empobrece al mundo.

Poner límites al extractivismo, objetivo de los movimientos ambientales, implicaría cambiar los patrones de consumo en las ciudades: un estilo de vida más austero, con menos despilfarro. Las ciudades se han vuelto sumamente vulnerables al cambio climático. En ellas se registran los mayores desastres. Los incendios y las inundaciones que afectan, sin excepción, a todas las regiones del planeta, indican que nos hallamos ante un nuevo escenario. El patrón de lluvias está cambiando de forma acelerada: a sequías extraordinarias siguen lluvias también

extraordinarias. Cíclicamente, la carencia de agua afecta a la producción de alimentos y a las necesidades diarias de la población; las tormentas y huracanes inundan y desbordan todas las redes hidráulicas, dañando infraestructuras y viviendas. El sistema inmunológico está claramente rebasado. Carecemos de sistemas de protección civil y de una cultura de prevención del riesgo para enfrentar estos desafíos. Transformar y defender la vida urbana depende de nosotros. **LPyH**

Hipólito Rodríguez es investigador y doctor en Ciencias Sociales por el CIESAS. Imparte clases en la Facultad de Sociología de la UV. Recientemente coordinó con Raúl García Barrios el libro *El lado oculto de las mercancías: basura, tecnologías apropiadas y circuitos del bien-vivir*.

Delfines y pescadores: entre alianzas y rivalidades

Nataly Morales-Rincon
y Eduardo Morteo

A lo largo de la historia, los delfines han sido unas de las criaturas marinas más admirables y de mayor interés para las culturas que habitan las costas. Las cualidades que los describen como ágiles, carismáticos, inteligentes y capaces de establecer vínculos sociales similares a los nuestros, los han convertido en símbolo de conexión y sabiduría en muchas culturas. Sin embargo, la admiración de los humanos hacia estos mamíferos marinos no es la única relación existente entre las dos especies. En el caso de los delfines y los pescadores, la relación ha sido controversial, representada en algunos lugares por situaciones de cooperación y, en muchos otros, de conflicto.

La actividad pesquera de extracción tanto industrial como artesanal forma parte del sustento económico de muchas personas y regiones alrededor del mundo. No obstante, los métodos de operación y estrategias de extracción del recurso han generado conflictos con la fauna marina, en especial con tiburones, tortugas, manatíes y delfines. Los eventos como la captura incidental (*bycatch*), la competencia por el recurso

y los cambios en el paisaje que han afectado los hábitats marinos intensificaron las problemáticas. Si bien se han establecido regulaciones y se ha incorporado tecnología para disuadir y mitigar los efectos de la pesca con el fin de lograr un equilibrio entre las necesidades humanas y la conservación de los ecosistemas marinos, hasta ahora es solo el inicio, y entre más se expandan las actividades humanas el camino será más largo. Sin embargo, existen otras interacciones entre delfines y pescadores que no se enmarcan en un contexto negativo; al contrario, se evidencia la capacidad de ambas especies para trabajar de manera conjunta en función del mismo recurso.

Delfines y pescadores, relación mitológica y cultural

En la antigüedad y aún en culturas actuales, la relación entre delfines y pescadores está enmarcada en lo sagrado. De acuerdo con la mitología griega, los delfines eran considerados mensajeros de los dioses Apolo y Poseidón. En la nórdica

eran guardianes de los secretos y misterios del océano, y en la polinesia eran animales sagrados por la creencia en su capacidad de comunicarse con los espíritus, además de ser símbolos de abundancia y buena pesca. No obstante, lo que se resalta en las tres mitologías es que los delfines son considerados protectores y guías a buen puerto de los marineros y pescadores.

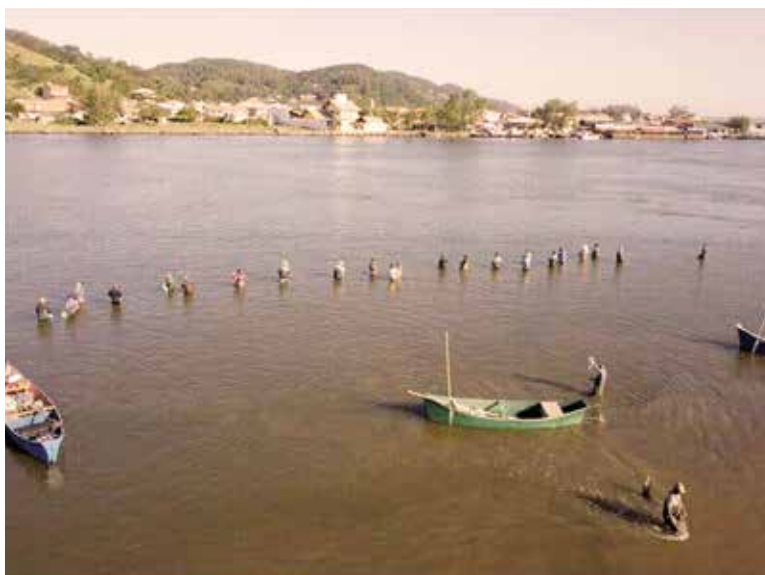
En las culturas indígenas norteamericanas y latinoamericanas, la perspectiva que se tiene sobre los delfines es similar a las mencionadas en las mitologías griega, nórdica y polinesia. En Latinoamérica las especies de agua dulce como el delfín rosado y el “tucuxi” se siguen considerando aliados espirituales, guardianes y protectores de la naturaleza. Asimismo, en algunas culturas indígenas amazónicas y norteamericanas, como los Salish, los delfines son símbolo de protección y seguridad para los navegantes. En algunos lugares, la perspectiva favorable hacia los delfines se ha transmitido de generación en generación en comunidades de pescadores, logrando una coexistencia única que se mantiene a lo largo del tiempo y a la que nos referiremos a continuación.

Una relación armónica tras los peces

La relación mutualista es muy común en la naturaleza, un claro ejemplo son los polinizadores y las flores; sin embargo, entre el hombre y los animales sin una domesticación o entrenamiento es poco usual. Entre las pocas alianzas registradas se ha documentado una muy particular entre las aves conocidas como indicadoras melíferas y algunos pueblos de Tanzania y

Mozambique. Las aves identifican una colmena y mediante cantos y comportamientos llamativos atraen a los humanos recolectores hacia esta. La función de estas personas es romper la colmena y extraer la miel, acción que es aprovechada por las aves para acceder a los restos de cera y larvas. Esta alianza permite que los lugareños obtengan la miel de manera rápida y que las aves accedan a su alimento de manera eficiente y con un gran ahorro de energía (Spottiswoode, Begg y Begg 2016, 387-389).

En el ámbito marino los pescadores artesanales y los delfines de lugares como la laguna de Santa Catarina en Brasil y la Bahía de Agujín en Mauritania realizan una práctica que a lo largo de generaciones les permitió aprender a interpretar las señales del otro para obtener recursos. Los pescadores hacen presencia en la orilla del mar en espera de los delfines, mientras que el grupo de estos cetáceos dirige el cardumen hacia donde ellos se encuentran, y mediante saltos y exposiciones de la cabeza indican a los pescadores que es hora de lanzar sus redes. Esta formación de los pescadores con sus redes genera un efecto de barrera, la cual es aprovechada por los delfines para capturar fácilmente a los peces que escaparon de las redes. Esta situación es la evidencia de la capacidad de los delfines para identificar y reconocer la operación de los pescadores usándola de forma oportunista para obtener el alimento con menos gasto energético, de modo más rápido y sencillo (Bezamat et al. 2018, 825-842). Por el lado de los pescadores reconocen que la labor cooperativa con los delfines asegura una captura más eficiente, con menos inversión económica al no emplear em-



Formación de los pescadores artesanales en espera de la señal de los delfines en Santa Catarina-Brasil. *The New York Times*, 2023

barcaciones, combustible o nueva tecnología.

En términos científicos esta práctica, tanto en Brasil como en Mauritania, es el ejemplo claro del nivel cognitivo y la capacidad comunicativa y de organización de los delfines. Así como los humanos, estas poblaciones de delfines también han transmitido esta estrategia a sus descendientes y a sus compañeros a través del aprendizaje, lo que técnicamente puede indicar rasgos de lo que conocemos como cultura (Bezamat et al. 2018, 825-842). La adaptabilidad de las dos especies no solo favorece la coexistencia, sino que también al ser una práctica natural es más sostenible y respetuosa con el medio ambiente, al no emplear las técnicas invasivas y destructivas que afectan los ecosistemas marinos, manteniendo la biodiversidad local. No obstante, es importante resaltar que la funcionalidad de esta práctica y su sostenibilidad dependen de mantener el equilibrio durante la extracción, evitando la sobreexplotación del recurso (Bezamat et al. 2018, 825-842).

Rivalidad por los peces, la otra cara de la moneda

Contrario a la práctica descrita anteriormente, la interacción conflictiva entre pescadores y delfines derivada de la competencia por los peces es una situación mucho más común alrededor del mundo. Esto sucede especialmente en zonas altamente productivas, donde la presión pesquera es muy fuerte y los delfines se alimentan de especies que también son de importancia comercial, generándose así una fuerte disputa por los peces.

Los delfines cuentan con un sistema de ecolocalización que les permite recibir información del entorno, incluso a cientos de metros de distancia, siendo una ventaja para su desplazamiento y la detección de presas. Lo anterior aunado al comportamiento social de estos animales ha generado que presenten una alta flexibilidad en cuanto a es-

trategias para obtener alimento. Los delfines, además de usar su sistema de ecolocalización para ubicar a los peces, emplean herramientas (conchas como trampas y esponjas para proteger su hocico) (Mann et al. 2008, 1-7; Allen, Bejder y Krützen 2011, 449-454), desarrollan estrategias coordinadas con otros miembros del grupo y utilizan otros elementos del medio (como la generación de cortinas de lodo o burbujas alrededor del cardumen) (Nowacek 2002, 1125-1145) o su propio cuerpo (mediante varamientos temporales) (Mann et al. 2008, 1-7), además de alimentarse de manera oportunista a partir de la actividad pesquera.

Los delfines, y en especial los nariz de botella, tursiones o toninas como los pescadores los llaman, al ser de distribución muy amplia (casi en todos los mares, exceptuando los polos), también tienen una amplia diversidad de peces que forman parte de su dieta. Sin embargo, muchas de estas especies también son de consumo humano. Cuando los pescadores inician su jornada salen en busca de algún cardumen de interés de acuerdo con la temporada; en el momento que lo identifican despliegan sus redes alrededor de este y realizan la captura. Sin embargo, si este cardumen también es detectado por los delfines, ellos se aproximarán a la zona donde se encuentra concentrado y procederán también a su captura, ya sea desde la red o saltando dentro del cerco (Brotons, Grau y Rendell 2008, 112-127). Un ejemplo de lo anterior y en aras de ampliar el contexto, es lo que ocurre en Alvarado, Veracruz, una situación de competencia con una historia registrada por más de seis décadas.

Alvarado es un municipio de importancia pesquera, cuya actividad es el sustento de las familias que practican la pesca artesanal. Paralelamente, a la salida de la laguna en el margen costero se encuentra una población de delfines (residentes y visitantes) que hacen uso de esta zona para alimentarse, socializar, jugar, descansar y permanecer con sus crías. Sin embargo, debido a que ambas especies dependen de los peces para su sustento, la relación ha sido frecuente y conflictiva. Para los pescadores, las toninas son una plaga, generan reducción en sus capturas, daños en sus equipos de pesca (agujeros en los paños de las redes) cuando los delfines extraen los peces, lo que refuerza las tensiones sociales y económicas de los lugareños hacia ellos. Si bien estos cetáceos se estarían alimentando de manera más fácil y con menos gasto energético a partir de la actividad pesquera, se exponen a muchos riesgos que pueden afectar su población (Morteo et al. 2012, 1893-1900; Morales-Rincon, Morteo y Delfín-Alfonso 2019, 1841-1849).

Los riesgos más comunes derivados de esta situación son el enmallamiento y posterior ahogamiento, lesiones por las artes de pesca o producto de las represalias de los pescadores, y cambios en su comportamiento y comunicación. Con suficiente experiencia, los delfines perciben el riesgo de estas interacciones y tienden a reorganizar no solo sus actividades, sino también la composición de su grupo en presencia de la actividad pesquera. Las hembras, sobre todo las que tienen crías, tienden a evadir la pesca (Morteo et al. 2012, 1893-1900). Asimismo, los que permanecen en la zona e interactúan con la pes-

ca lo hacen en grupos más pequeños (aproximadamente de dos individuos), reducen sus actividades con más exposición corporal (por ejemplo, las sociales y el descanso) y salen a respirar de manera menos frecuente y más breve (Morales-Rincon, Morteo y Delfín-Alfonso 2019, 1841-1849). Si bien encontrar el alimento concentrado en una red reduce el gasto energético al no tener que buscar el pez, perseguirlo y realizar estrategias certeras para su captura, la necesidad de aumentar la velocidad de los desplazamientos y reducir el descanso por el riesgo de la situación también demanda un alto gasto energético para los animales. En este mismo sentido, al tratarse de animales que utilizan el sonido para comunicarse en un medio donde viaja cinco veces más rápido que en el aire, el ruido de los motores afecta la recepción de la información del retorno de los sonidos que emiten, lo cual influye especialmente en la comunicación y en la emisión de unos sonidos más que otros (Morales-Rincon [en prensa]).

Los estudios realizados desde hace 30 años en la zona costera de Alvarado han evidenciado no solo los efectos anteriormente mencionados acerca de la interacción entre pescadores y delfines, sino también la influencia de la presencia de las embarcaciones pesqueras sobre la estructura social, el comportamiento y la comunicación de los delfines. En zonas donde la presencia de embarcaciones es mayor, los delfines adultos son los que permanecen en el sitio, enfocan su tiempo y comportamiento en la obtención de presas y emiten especialmente los sonidos con altas frecuencias o un mayor volumen, como son los trenes de ecolocalización. En

sentido contrario, en zonas donde la densidad de embarcaciones es menor hay una mayor presencia de crías, los grupos son más grandes, el comportamiento y los sonidos que emiten son más diversos. Es decir, los delfines de Alvarado buscan zonas más “tranquilas” para descansar, socializar y comunicarse, y zonas más concurridas por los pescadores y sus embarcaciones para alimentarse utilizando la ecolocalización (Morales-Rincon [en prensa]).

Aunque la manera en la que los delfines de Alvarado responden a la interacción con la pesca y a la presencia de embarcaciones es muy similar a la reportada en otras poblaciones de delfines en diversas partes del mundo bajo situaciones similares, los efectos en esta población son preocupantes. Como se mencionó, el mayor gasto energético y el estrés pueden afectar la salud y el estado general de los delfines en Alvarado. Además, la reducción de la comunicación y de comportamientos clave para su viabilidad poblacional, como la socialización y el descanso, pueden afectar los ciclos biológicos, teniendo repercusiones en el sistema inmune, endócrino y circadiano, lo que a largo plazo podría debilitar las estructuras sociales; esto puede eventualmente limitar las posibilidades de reproducción (Morales-Rincon [en prensa]). Asimismo, al tratarse de un depredador tope, cuya función ecológica es ser controlador de poblaciones en los ecosistemas marinos, los efectos en su población pueden traer como consecuencia un desequilibrio ecológico, con implicaciones en las especies de peces que también hacen parte de nuestra dieta, por lo que directamente la actividad pesquera se vería fuertemente impactada.



Pescadores artesanales y delfines de Alvarado LabMMar IIB-UV (2024)

Causas y posibles soluciones de la competencia entre delfines y pescadores

La disponibilidad del recurso juega un papel muy importante en las interacciones entre delfines y pescadores. En lugares como Brasil y Mauritania, donde la extracción del recurso por parte de la actividad pesquera es equitativa, se promueve la coexistencia entre las dos especies y la técnica que utilizan es favorable para el ambiente. Sin embargo, en los sitios donde la demanda por el recurso es alta, se potencializa la sobrepesca y una fuerte presencia de flotas pesqueras, resultando en una situación conflictiva entre ambas especies, dada la reducción de las poblaciones de peces. Asimismo, la degradación del hábitat, la expansión de las actividades humanas, los dragados, la contaminación y los cambios climáticos que estamos experimentando, también afectan la disponibilidad de los recursos, tanto de alimento como el pro-

prio espacio que usan los animales, y promueve la tensión entre delfines y pescadores.

Debido a que la interacción conflictiva entre ambas especies es la más documentada, se han implementado métodos para disuadir a los delfines de las redes, como los “pingers”, los cuales son dispositivos que generan un sonido aberrante o molesto para algunas especies de delfines evitando su acercamiento a las redes (Buscaino et al. 2021, 2241-2256). Otras estrategias son las modificaciones en las redes para disminuir el enmallamiento de delfines y de otras especies y evitar el acceso de estos a los peces. En otros casos se han formulado regulaciones; sin embargo, la ausencia de autoridades de control en áreas de fuerte conflicto sigue siendo común. Las investigaciones concuerdan en que una estrategia de gran importancia es la educación ambiental y sensibilización de los lugareños respecto a los animales con los cuales coexisten y la importancia de su rol ecológico (Brotons, Grau y Rendell 2008, 112-127). No obstante, es importante considerar que esta estrategia requiere tiempo,

e inicialmente es necesario establecer una relación de confianza entre ambas partes. Asimismo, es necesario mantener una continuidad a lo largo del tiempo, lo cual promueve una actitud más receptiva de los actores involucrados, en este caso de los pescadores, sus familias y todos los involucrados con el sector pesquero. Estas estrategias requieren tiempo y compromiso, pero son una esperanza para mejorar las relaciones del humano con la naturaleza y establecer la funcionalidad de ecosistemas afectados.

A lo largo de la historia, la relación entre delfines y pescadores ha sido multifacética, ubicándose entre lo sagrado y lo espiritual, pasando por el trabajo cooperativo entre generaciones, la competencia y el conflicto. Esta dinámica evidencia la capacidad de las dos especies para formar alianzas mutuamente beneficiosas, pero por otra parte muestra las repercusiones que las acciones humanas han tenido en el ambiente, las cuales han propiciado relaciones conflictivas con un animal cuya función ecológica en el ecosistema marino es de vital importancia para la salud de los océanos y la subsistencia del recurso disputado. Por lo tanto, es de gran importancia crear conciencia y coordinación entre la comunidad, el gobierno y la academia para buscar enfoques sostenibles que permitan proteger las relaciones positivas existentes entre las dos especies y promover soluciones para estas interacciones complejas, con el fin de encontrar el equilibrio entre la preservación de la biodiversidad marina y la

estabilidad de las comunidades humanas. **LPyH**

REFERENCIAS

- Allen, Simon J., Lars Bejder y Michael Krützen. 2011. "Why do Indo-Pacific bottlenose dolphins (*Tursiops* sp.) carry conch shells (*Turbinella* sp.) in Shark Bay, Western Australia?" *Marine Mammal Science* 27 (2): 449-454.
- Bezamat, Carolina, Paulo C. Simões-Lopes, Pedro Volkemer Castilho y Fábio Gonçalves Daura-Jorge. 2018. "The influence of cooperative foraging with fishermen on the dynamics of a bottlenose dolphin population." *Marine Mammal Science* 35 (3): 825-42.
- Brotons, José María, Antonio María Grau y Luke Rendell. 2008. "Estimating the impact of interactions between bottlenose dolphins and artisanal fisheries around the Balearic Islands". *Marine Mammal Science* 24 (1): 112-127.
- Buscaino Giuseppa, Maria Ceraulo, Giuseppe Alonge, Daniela Silvia Pace, Rosario Grammauta, Vincenzo Maccarrone, Angelo Bonanno, Salvatore Mazzola y Elena Papale. 2021. "Artisanal Fishing, Dolphins, and Interactive Pinger: A Study from a Passive Acoustic Perspective". *Aquatic Conservation: Marine and Freshwater Ecosystems* 31 (8): 2241-2256.
- Mann, Janet, Brooke L. Sargeant, Jana J. Watson-Capps, Quincy A. Gibson, Michael R. Heithaus, Richard C. Connor y Eric Patterson. 2008. "Why do dolphins carry sponges?" *PLoS ONE* 3 (12): e3868 1-7.
- Morales-Rincon, Nataly, Eduardo Morteo y Christian Delfin-Alfonso. 2019. "Influence of artisanal fisheries on the behaviour and social structure of *Tursiops truncatus* in the South-western Gulf of Mexico". *Journal of the Marine Biological Association of the United Kingdom*, 99 (8): 1841-1849.
- Morales-Rincon, Nataly. (En prensa). Estructura social y comportamiento de tursiones (*Tursiops truncatus*) en dos zonas de alta actividad pesquera en las aguas de la costa de Alvarado, Veracruz. Tesis de doctorado. Ecología y Pesquería, Universidad Veracruzana.
- Morteo, Eduardo, Axayácatl Rocha-Olivares, Patricia Arceo-Briseño y Luis Abarca-Arenas. 2012. "Spatial analyses of bottlenose dolphin-fisheries interactions reveal human avoidance off a productive lagoon in the western Gulf of Mexico". *Journal of the Marine Biological Association of the United Kingdom* 92 (8): 1893-1900.
- Nowacek, Douglas. 2002. "Sequential Foraging Behaviour of Bottlenose Dolphins, *Tursiops truncatus*, in Sarasota Bay, FL". *Behaviour*, 139 (9): 1125-1145.
- Spottiswoode, Claire N., Keith S. Begg y Colleen M. Begg. 2016. "Reciprocal signaling in honeyguide-human mutualism". *Science* 353 (6297): 387-389.

Nataly Morales-Rincon es bióloga marina, colombiana, actualmente candidata al doctorado en Ecología y Pesquerías en la UV. Su línea de investigación se ha centrado en el comportamiento superficial y acústico de mamíferos marinos.

Eduardo Morteo es director del Instituto de Investigaciones Biológicas de la Universidad Veracruzana y fundador del Laboratorio de Mamíferos Marinos (LabMMar). Es investigador nacional nivel II y profesor con perfil deseable de PRODEP.

Que el mundo tiene un problema de residuos es indudable. Igualmente obvio es que este problema se conecta con los niveles globales de consumo. Lo discutible, sin embargo, es cómo se dibujan y entienden esas conexiones. Los argumentos que se ofrecen y posteriormente se desarrollan en este libro nacen de la afirmación de que las formas en que se han establecido estas conexiones son fundamentalmente defectuosas. Más aún, puesto que son defectuosas, las interven-

El problema global de los residuos y cómo pensarlo [adelanto]*

Nicky Gregson

Traducción de Hipólito Rodríguez

Las economías en auge se caracterizan por una enorme expansión de la actividad de construcción, no solo relacionada con usos residenciales, sino también con locales industriales e instalaciones corporativas.

ciones sugeridas son erróneas. Si bien pueden estar motivadas por las mejores intenciones, muchas de esas intervenciones diseñadas para abordar el problema del exceso de residuos en realidad tienen el efecto contrario: funcionan como incentivos para generar más de ellos. Peor aún, muchas de las soluciones implementadas para gestionar los residuos exigen producir más desechos. Esto, diría yo, se debe a cómo entendemos y pensamos el desperdicio, su relación con el consumo y la relación de ambos con la actividad económica.

Antes de entrar en materia, echemos un vistazo a la escala del problema de los residuos. Algunos de los números son alucinantes. Evidencian que el mundo definitivamente tiene un problema de desechos. Tomemos como ejemplo los residuos de construcción y demolición.

Estos desechos están estrechamente relacionados con las tasas de crecimiento económico. Las economías en auge se caracterizan por una enorme expansión de la actividad de construcción, no solo relacionada con usos residenciales, sino también con locales industriales e instalaciones corporativas. Los escombros de construcción y demolición contribuyen considerablemente al total de desechos en todos los países. Se estima que en todo el mundo se generan anualmente más de 3 mil millones de toneladas de desechos de construcción y demolición; gran parte de ellos son concreto, que termina en su mayoría en vertederos. Solo China representa más de mil millones de toneladas de estos desechos. Sin lugar a dudas, los escombros de construcción y demolición son una gran parte del problema mundial de

los residuos, pero, como muchos de los residuos que resultan de la industria, son de nicho, solo molestan a quienes trabajan en las industrias de la construcción y la demolición y a los reguladores.

Algo similar ocurre con un tipo muy diferente de residuos: los residuos radiactivos. Estos desechos son un efecto inevitable de la generación de energía nuclear y son una parte inevitable de un futuro alimentado por energía derivada de combustibles no fósiles. Por lo tanto, es imperativo encontrar una solución al problema de los desechos radiactivos. Aunque los más radiactivos de estos residuos son los que atraen la mayor atención, y plantean los desafíos políticos y tecnológicos más obvios para la gestión de residuos radiactivos, los mayores volúmenes de residuos radiactivos comprenden materiales bastante comunes que se contaminan al ser utilizados en la industria nuclear, por ejemplo, la ropa de protección y los escombros de construcción. Estos materiales constituyen algunos de los mayores desafíos para la industria del desmantelamiento nuclear, ya que su volumen proyectado es de un orden de magnitud mayor que los desechos radiac-

Los residuos de construcción y demolición y los residuos radiactivos están fuera de la vista y la mente de la mayoría de las personas. Esto disminuye de modo considerable la importancia que les otorgamos.

tivos de mayor actividad. De hecho, las proyecciones muestran que los desechos radiactivos de bajo nivel amenazan con rebasar las capacidades de los depósitos designados por la industria para este fin.

Los residuos de construcción y demolición y los residuos radiactivos están fuera de la vista y la mente de la mayoría de las personas. Esto disminuye de modo considerable la importancia que les otorgamos. Lo mismo ocurre con todos los tipos de residuos industriales, que son los principales contribuyentes por volumen al problema mundial de los residuos.

Sin embargo, el mismo problema de las cifras enormes también se puede encontrar en relación con los desechos derivados del consumidor (o municipales), el tipo de cosas que están en todas partes en la vida de la mayoría de las personas y que ciertamente importan. Uno de los mejores ejemplos de preocupación pública por estos residuos en los últimos años son las bolsas de plástico. Una vez más, los números involucrados son exorbitantes. En 2007, las estimaciones mundiales situaban el número de bolsas que se consumían y desechaban por año en el rango de 500 mil millones a 1.5 billones, siendo los mayores generadores China (300 mil millones-1 billón) y los Estados Unidos (100 mil millones). Otros ejemplos de tipos

particulares de residuos municipales que han captado la atención del público en los últimos años en el Reino Unido son los pañales desechables y los envases de alimentos. La ligereza del plástico significa que la contribución de las bolsas de plástico y los envases de alimentos al peso total de los residuos mundiales es pequeña. Pero este es el tipo de cosas que provocan preocupación en el público en general. En las sociedades democráticas donde el objetivo principal de la clase política es la reelección, las preocupaciones de los votantes prevalecen sobre todo lo demás. Así es que, si bien los residuos de construcción y demolición y los residuos radiactivos son componentes mucho más importantes por su peso en el problema de los residuos del Reino Unido, son más significativas las intervenciones en relación con las bolsas de plástico y los envases.

Prestar atención a las cantidades de los diversos tipos de residuos que se generan es obviamente importante. No es mi intención tratar de argumentar lo contrario. Pero si bien esto funciona para establecer y evidenciar un problema, no es necesariamente una forma útil de pensar sobre el problema global de los desechos. De hecho, yo diría que es necesario tener en cuenta el pensamiento sobre el desperdicio en términos de peso y categoría. Esto se debe a

que, aunque la fuente de los residuos se reconoce en estos números (como son las industrias de construcción y demolición, la industria de generación de energía nuclear, los consumidores), lo que termina importando son las cantidades de diferentes tipos de residuos y las relatividades de esas cantidades por diferentes categorías. Esto tiene efectos. El principal de ellos es que el papel de todo lo demás en la comprensión de la generación de estos desechos se pone entre paréntesis o se deja tácito y en su mayoría sin examinar. De este modo, el potencial para que surja lo que los científicos e ingenieros a menudo etiquetan como “tratar el síntoma, no la causa” de la situación es alto.

Como ahora muestro, a través de un enfoque primero en el dominio de la política y luego en el del activismo, el poner algo entre paréntesis silencia toda una serie de suposiciones sobre el desperdicio. Estos supuestos deben hacerse explícitos pues, como mostraré, afectan profundamente el modo en que entendemos al desecho en estos contextos, así como la formulación del problema global de los desechos y luego el tipo de intervenciones que se sugieren.

Para comenzar a abrir el tema, veamos cómo se piensa en los desechos en los círculos políticos. Hay múltiples niveles aquí, por supuesto: global, internacional, nacional o regional, o alguno que concuerde con los niveles más finos de granularidad que comprenden el gobierno local: ciudades, pueblos y asentamientos más pequeños. Pero el enfoque general a través de las diferentes escalas y jurisdicciones es en general consistente. Se considera que



Erick Ocaña: Luisito común (*Myiozetetes similis*)

el desarrollo y el crecimiento se relacionan directamente con un aumento en el consumo (a mayor consumo, mayor crecimiento), mientras que se considera que el aumento de los niveles de consumo conduce a mayores cantidades de desperdicio. Los residuos se miden típicamente por peso y volumen y se clasifican por su tipo, un ejercicio de categorización que refleja tanto la composición del material como la fuente. Por lo tanto, encontramos que el problema global de los desechos está representado en el dominio de la política como uno de cantidades crecientes de desechos electrónicos, desechos de construcción, desechos plásticos, desechos de alimentos, desechos de consumo, desechos de envases, desechos radiactivos, desechos mineros, etc. Uno de los mejores y más influyentes ejemplos de este enfoque proviene del Banco Mundial. Sirve para demostrar la escala del desafío global de los residuos

municipales y por qué esto está ejercitando las mentes de los responsables políticos.

[...]

Enmarcar los residuos municipales globales de esta manera lleva a entenderlos en función de su peso. También conduce a una comprensión del problema mundial de los residuos municipales como un “exceso de residuos”. Al mismo tiempo, hay un imperativo de actuar que viene con cifras como estas, ya que la fuerte sugerencia es que, a menos que actúen, ciertas ciudades se verán desbordadas por un tsunami de residuos como efecto del rápido crecimiento económico. Enmarcado de esta manera, el imperativo para los gobiernos y los responsables políticos es aparentemente obvio: reducir el desperdicio, y rápido. Ese imperativo, como veremos en el capítulo 6, es significativo. Ha afectado el tipo de soluciones de gestión de residuos que se están implementando en la mayor parte del mundo en de-

sarrollo. Pero es igual de importante tener en cuenta lo que no se dice aquí: que el papel del crecimiento en todo esto no se cuestiona. No hay nada en formulaciones como estas que lleve a cuestionar la necesidad de un crecimiento económico continuo. En todo caso es al revés: si se resuelve el problema de los residuos, el crecimiento económico puede continuar sin trabas, sin tener efectos. Encontrar ese tipo de argumento aquí no es sorprendente. Estos informes son del Banco Mundial, después de todo, y el Banco Mundial es una de las instituciones mundiales cuya tarea es perpetuar y fomentar las condiciones para el crecimiento. Pero esas suposiciones ciertamente deben hacerse explícitas. exploremos esto un poco más considerando cómo se están dibujando aquí las conexiones entre consumo, desperdicio y actividad económica.

En lo que respecta a la relación entre desperdicio y con-



Erick Ocaña: Rana de cristal nortea (*Hyalinobatrachium viridissimum*)

sumo, el principal efecto de no cuestionar el crecimiento es que el problema del “exceso de residuos” no es tanto un problema de consumo; más bien, es el desperdicio que resulta del consumo lo que se considera el problema. Esto permite un juego de manos: el papel del consumo en la generación de residuos ahora puede dejarse de lado y colocarse metafóricamente como “estacionado”. Esto es muy conveniente. Permite a los gobiernos y a los responsables políticos seguir dando por sentado que el papel de los consumidores en cualquier economía es seguir consumiendo, es decir, comprando bienes y servicios. Al mismo tiempo, también apunta uno de los supuestos centrales de la política económica mundial: que generalmente es bueno que más economías del

mundo dependan cada vez más del consumo como actividad económica. Por lo tanto, esta forma de pensar alienta a más países a tirar de diversas palancas de política que a su vez crean y fomentan las condiciones por las cuales un número mayor de sus poblaciones tienen ingresos suficientes para permitirse la compra de bienes de consumo; y luego, cuando hayan alcanzado ese nivel de desarrollo económico, intensifiquen eso haciendo que más personas compren más bienes con más frecuencia. Desligar el desperdicio respecto del consumo, entonces, permite perpetuar la idea de que todos podemos ser consumidores globales. Al quedar el consumo como algo marginado pero sacrosanto, la tarea se convierte en abordar la conexión entre desperdicio y crecimiento. El obje-

tivo de la política se convierte en crecimiento sin desechos o, al menos, crecimiento con reducción de los desechos. Existe la suposición, entonces, de que el crecimiento y el desperdicio pueden disociarse. **LPyH**

* Adelanto del libro *La basura del mundo. Consumo, economías y la creación del problema mundial de los residuos*, de Nicky Gregson, de próxima publicación en la Editorial uv. Por tratarse de un avance breve, se omitieron las notas a pie de página.

Nicky Gregson es profesora emérita de Geografía Humana en la Universidad de Durham, Inglaterra. Dirige el programa Basura del Mundo, financiado por el Consejo de Investigación Económica y Social del Reino Unido, y ha publicado numerosos trabajos sobre el tema.



ARTE

Estridentópolis:

historia de una Ciudad Jardín*

**Fernando N. Winfield Reyes
y Daniel R. Martí Capitanachi**

Para responder a las necesidades de este nuevo individualismo, desunido y en búsqueda de sí mismo, es posible que sea necesario *rehabilitar el pasado de las formas urbanas y arquitectónicas*. En todas partes, en las empresas, en la escuela, en la educación, la lógica disciplinaria y coercitiva tiende a desaparecer. Ella deberá desaparecer también de lo urbano, demasiado basado en los mitos de la homogeneidad, de lo funcional, de los espacios verdes, del higienismo. En los tiempos del individualismo acabado, la nueva ciudad debería reconciliarse con la seducción de las formas, la diversidad arquitectónica, la personalidad del hábitat.

GILLES LIPOVETSKY (2010)

A principios del siglo xx se vivió en Xalapa una serie de condiciones inéditas que modificaron de manera permanente su presencia y relevancia a nivel nacional e internacional. Por una parte, albergó un movimiento literario disonante con el resto de las manifestaciones artísticas de la época: el estridentismo. Por la otra, se impulsaron a nivel institucional cambios materiales que redundaron en lo social al priorizarse la atención a la salud y a la educación. El gobierno local privilegió una visión culta de progreso,

En ese ambiente de búsqueda de evolución y prosperidad social, se gestó para la capital del estado un proyecto urbano, la Ciudad Jardín [...] empático con el paisaje y la naturaleza que no solo se integrara al territorio, sino que lo exaltara como factor de diseño.

entendiéndolo como un estado de bienestar al que se accede a través de una mejor calidad de vida, tanto individual como social.

En ese ambiente de búsqueda de evolución y prosperidad social, se gestó para la capital del estado un proyecto urbano, la Ciudad Jardín, como una forma de expansión física en la que sería posible alojar inmuebles de servicios y equipamiento urbano desde un nuevo origen, practicar un urbanismo empático con el paisaje y la naturaleza que no solo se integrara al territorio, sino que lo exaltara como factor de diseño.

El nombre del proyecto, Ciudad Jardín, parecería sugerir que se trataba de una aplicación de ideas de la anglosfera (particularmente Inglaterra y Estados Unidos) en México. Y, en forma más próxima, de la traducción de las teorías urbanísticas norteamericanas sobre la ciudad, entendida como un organismo con un ciclo

de vida: que nace, se desarrolla y muere. Sin embargo, por su configuración espacial, y sobre todo por el discurso social que acompaña al proyecto de ciudad jardín para la capital veracruzana, este podría entenderse, tal vez, como un aporte local al urbanismo nacional y del mundo: la *Estridentópolis*.

A casi un siglo de su concepción y propuesta, de su construcción y cambio de uso de suelo,

hoy es posible mirar el resultado y calificar su validez, asegurando que efectivamente se trató de un modelo urbanístico inédito y que, aun con las modificaciones debidas a los embates de la expansión de la ciudad, funciona de manera eficaz, representando, además, uno de los paseos más emblemáticos de Xalapa.

Algunos antecedentes desde los principios de la ecología urbana

La Escuela de Ecología Urbana de Chicago, surgida a finales del siglo xix y en apogeo hacia los años 1920 y 1930, consideró a la ciudad como el hábitat natural del hombre.

Como si se tratara de un laboratorio, el individuo y la sociedad fueron estudiados en la escena urbana para entender las relaciones de dominación y de



Fernando N. Winfield Reyes y Daniel R. Martí Capitanachi: Reconstrucción tridimensional de la propuesta de la Ciudad Jardín (1925) para Xalapa sobre la antigua Ciénega de Melgarejo. Vista Este.



Fernando N. Winfield Reyes y Daniel R. Martí Capitanachi: Reconstrucción tridimensional de la propuesta de Ciudad Jardín en Xalapa sobre la antigua Ciénega de Melgarejo. Vista Oeste.

convivencia, sus necesidades y aspiraciones, así como el reclamo de las mayorías trabajadoras para disfrutar de la ciudad, toda vez que su fuerza laboral había sido pieza angular en su construcción.

El ensayo de nuevas formas urbanas se agregó a los asentamientos humanos ya existentes y, bajo una visión pragmática, se diseñaron espacios urbanos higiénicos, verdes, amplios, aca-

so en alguna medida inspirados también en las ciudades jardín inglesas, y opuestos a los sitios fabriles, que, si bien generaban riqueza, semejaban espacios grises y tristes.

Casi de forma inmediata, el aporte de la Escuela de Chicago, en lo urbanístico, se convirtió en referente de la modernización de las ciudades norteamericanas y desde allí, con el tiempo, generó un alto impacto en las accio-

nes de progreso en las ciudades, tanto en Estados Unidos como en casi toda Latinoamérica.

México no fue la excepción. El entendimiento de la ciudad como un hábitat en el que conviven una escena inerte y un organismo vivo influyó, sobre todo, en el pensamiento gubernamental posrevolucionario. Las intervenciones en el espacio urbano, especialmente de tipo público, buscaban atraer grandes y bene-

A través de un ambicioso plan urbanístico de crecimiento para la capital se ideó un ensanche a manera de ciudad jardín, incorporando la zona entonces denominada Ciénega de Melgarejo, para alojar una nueva forma de organización territorial, cuyas vialidades se ajustasen a los lomeríos y cuerpos de agua existentes...

ficiosos cambios en la conducta y el progreso social.

El discurso del progreso se relacionó con una era maquinista, donde la exhibición desnuda de cables, rieles, estructuras metálicas y obras con los materiales de construcción expuestos fueron imágenes desencadenantes para una narrativa que inspiró al arte (literatura, pintura y fotografía) y, desde allí, a la arquitectura y el urbanismo.

Desde esta primera perspectiva se propone para Xalapa el proyecto de renovación urbana, tomando como base la modernidad y su representación material, pero también el contenido discursivo de la literatura y la gráfica de la época, que, irreverente y desmitificante, se apartó conscientemente de la historia, de la tradición, para dar paso al progreso.

La receptividad social y también artística del gobernador de la época, Heriberto Jara Corona, permitió que se concretaran en la capital de Veracruz algunas ideas que justamente desafiaron la tradición y recogieron nociones del urbanismo tanto inglés como americano, en la propuesta visionaria de un destacado ingeniero, constructor, planificador e intelectual de la época: Modesto C. Rolland Mejía (1881-1960).

A través de un ambicioso plan urbanístico de crecimiento para la capital se ideó un ensanche a manera de ciudad jardín, incorporando la zona entonces denominada Ciénega de Melgarejo, para alojar una nueva forma de organización territorial, cuyas vialidades se ajustasen a los lomeríos y cuerpos de agua existentes, a las sinuosidades del paisaje y las vistas y, con el tiempo, fueran sede de importantes edificaciones imposibles de alojar ya en la mancha urbana de la vieja ciudad.

Diversos momentos tuvo ese ensanche de la ciudad. Desde su consideración como un gran espacio público adosado a la ciudad en su parte sur, conectado mediante vialidades ya existentes, hasta su concepción como un nuevo desarrollo habitacional destinado a burócratas, que incluía inmuebles representativos del progreso, como un hotel, un gran hospital y una amplia zona deportiva. Por fortuna, al final, su uso se dispuso para alojar al Estadio Xalapeño y a la Universidad Veracruzana, que son hoy símbolos innegables de la identidad cultural y el orgullo local de la ciudad. De hecho el Estadio está cumpliendo un centenario de haber sido construido.

Como lo expresa el epígrafe al comienzo de este texto, tiene sentido rehabilitar, reconsiderar, revisar e incluso *revisitar* modelos para el crecimiento y desarrollo de las ciudades que puedan ser alternativos a las condiciones y necesidades actuales. Del conocimiento de su historia se aprende y, desde lo aprendido, se valora el patrimonio del que, de forma cotidiana, gozamos quienes vivimos o transitamos por la (imaginariamente) también llamada *Estri-dentópolis*.

Revisitando la Ciudad Jardín desde otros referentes empíricos

Con el objetivo de retomar la idea de “Ciudad Jardín”, o al menos tenerla en cuenta para no perderla de vista, a 100 años de su propuesta programática y funcional, podemos visualizar la imagen inicial del plano de 1925, publicada en un cuaderno que mostraba las intenciones y logros de la política pública del gobierno del estado de Veracruz, encabezado entonces por el general Heriberto Jara Corona (1879-1968).

Desde una segunda perspectiva de análisis de la morfología urbana el modelo de la Ciudad Jardín de Ebenezer Howard (1850-1928) –descrito en su libro *Mañana: Un camino pacífico a la reforma real*, originalmente editado en 1898 (Hall 2003)– adquirió así, extrapolado a Xalapa, entidad proyectual y expresión de vanguardia social, al ubicarse en una amplia área hacia la parte sur de la ciudad.

Desarrollada con base en la información topográfica e hídrica de lo que ahora denominamos Zona UV en referencia



共存 *kyouzon 2 (Coexistencia 2)*

RETRATO DE LA NATURALEZA

Nobuyuki Kobayashi



矜持 *kyouji* (*Orgullo*)



神威 kamui 5 (*Majestad de los Espíritus 5*)



旋律 *senritsu* (*Melodía*)



生動 seidou (Muévete con energía)



胎動 taidou (Lo nuevo comienza a moverse internamente. Y el movimiento interno comienza a surgir)

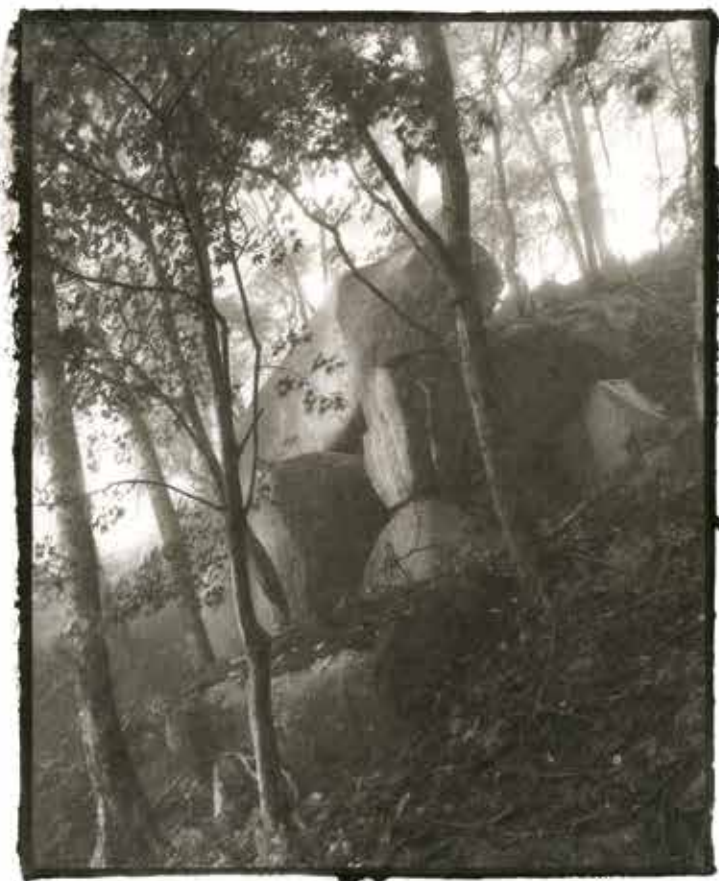


果敢無 *hakana* (*Fugaz*)

金剛 kongou (Vajradhara)



萌芽 kizashi (Brote y presagio)



奥宮 okumiya 2 (Santuario detrás)



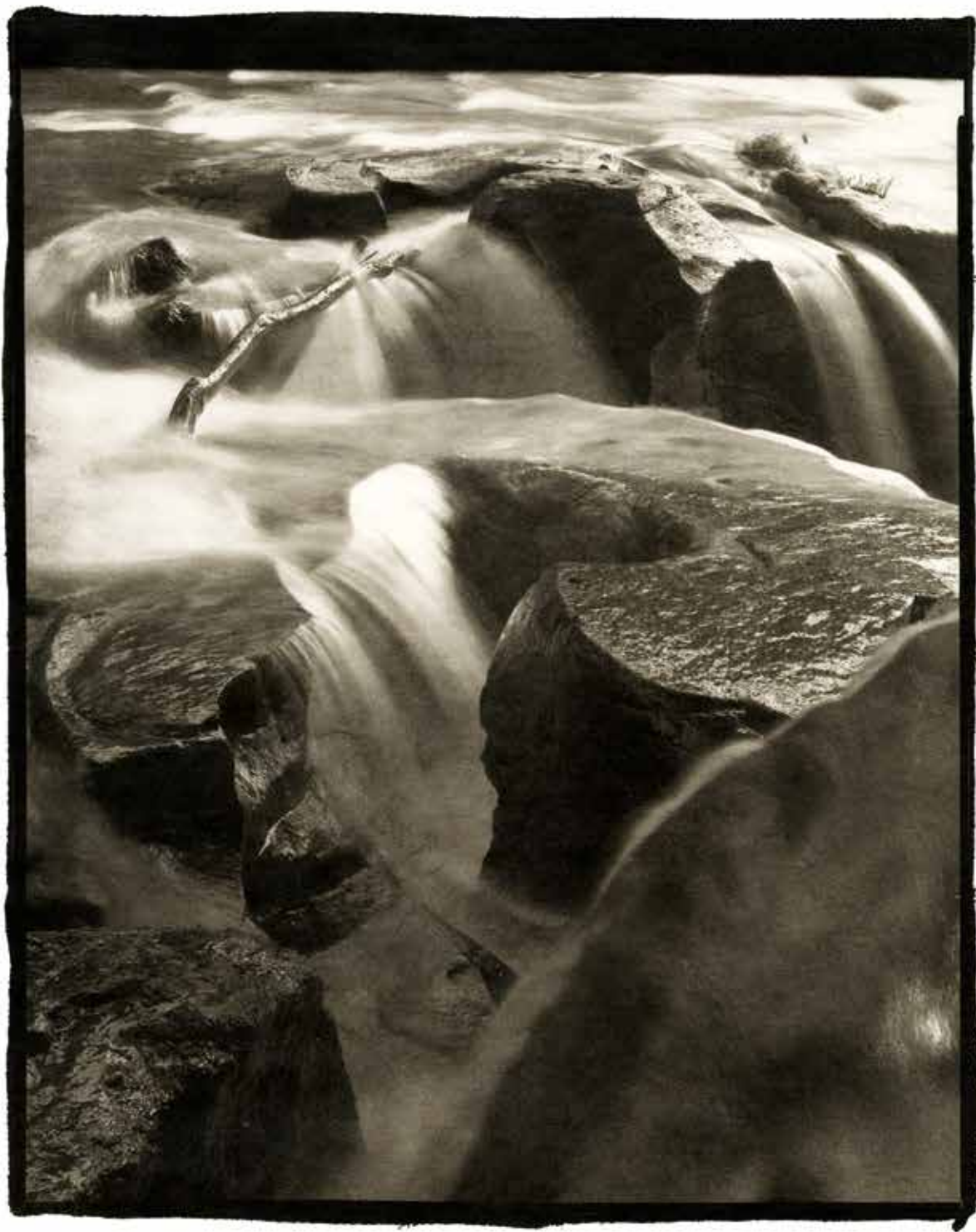
神奈備 karnabi 3 (Montañas y bosques donde se consagran los espíritus santos)



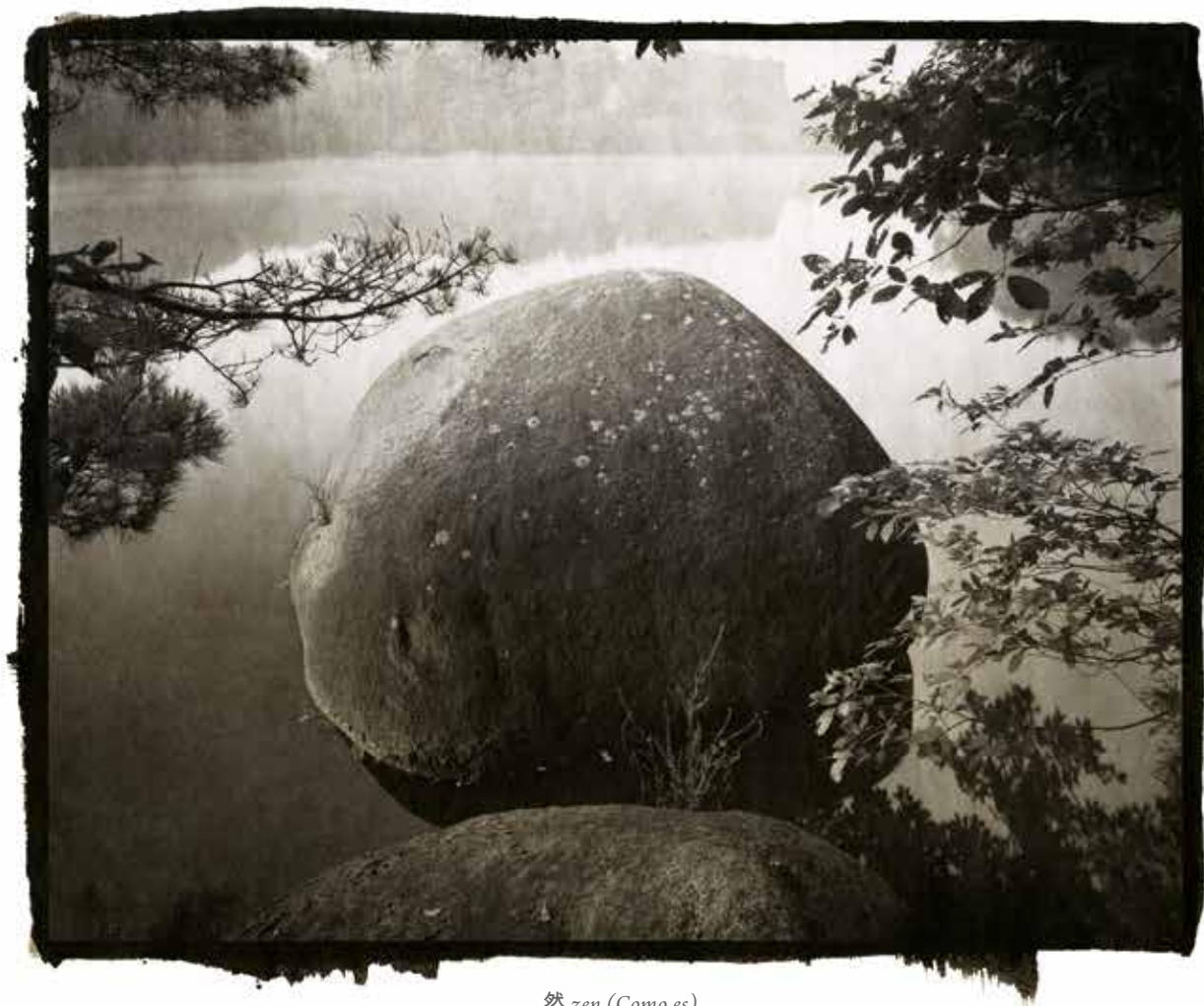
異次元 izigen (*Dimensión diferente*)



爽涼 *souryou* (*Refrescante*)



創造 *souzou* (*Dios crea el Universo y todas las cosas*)



然 zen (Como es)



幽玄 *yuugen* (De una cosa o situación, el estado de tener profundidad)



共存 *kyouzou* (Coexistencia)

Nobuyuki Kobayashi. Ocho millones de dioses

> Ryuichi Yahagi

Portrait of Nature es el título original que agrupa a la colección de fotos de este dossier; lo acompaña el subtítulo *Yaoyorozu no kamigami*, que significa “Ocho millones de dioses”.

Probablemente todos los japoneses hayan oído hablar de este término. La traducción literal es “ocho millones de dioses”. Sin embargo, esto no significa que exista una lista de ocho millones de dioses en Japón. *Yao* significa “extremadamente numeroso”, *yorozu* significa “muchos y variados” y *kamigami* significa “dioses”; el término “ocho millones de dioses” significa “muchos y variados dioses”; se trata de un antiguo concepto japonés que ve lo divino en todas las cosas, y remite a que cualquier objeto puede tener vida, y de hecho la tiene.

Nobuyuki Kobayashi se adentra en el bosque para tomar fotografías. Una de estas muestra una piedra, podría ser solo una piedra común y corriente en la naturaleza. ¿Por qué fotografió la piedra? No es que estuviera allí por casualidad; sin duda, fue porque vio a Dios allí.

En su búsqueda de los ocho millones de dioses, el artista recorre la montaña y toma fotografías. Kobayashi cuenta la siguiente historia.

Desde la antigüedad, los japoneses han construido su propia cultura y sus propios valores a través del amor, el respeto y el esfuerzo por coexistir con la naturaleza.



Nobuyuki Kobayashi. Fotografía: Prensa UV

Sin embargo, desde la Restauración Meiji o el rápido crecimiento económico después de la Segunda Guerra Mundial, siento que la fe de la gente en la naturaleza y su creencia en que en todas las cosas habitan miríadas de dioses se está desvaneciendo. Incluso en las recientes voces que se alzan sobre los daños ambientales, es obvio, si buscamos sus orígenes, que esto se debe a la pérdida del respeto y la apreciación sincera de la naturaleza. La costumbre de que el agua es una fuente de vida y que las montañas, así como las rocas

y los árboles, están habitadas por dioses, se ha olvidado casi por completo.

Un cantero japonés me contó una vez una historia. Decía que los canteros japoneses no tallan piedras de río, y que las piedras talladas en la naturaleza tienen alma. Las piedras que aparecen en la superficie de la tierra desde el interior de la tierra bajan por los ríos hasta el mar durante un largo periodo de tiempo. En las corrientes fluviales, las piedras chocan entre sí, ya sea contra las corrientes del agua o rindiéndose a ellas, y se construyen diversas formas. Este proceso

es el resultado de la acumulación de tiempo y movimiento ininterrumpidos. Cuando las piedras llegan al mar, se vuelven redondas, bañadas por las olas y brillantes. Pasan mucho tiempo arrastradas por las olas y un día se disuelven en la madre mar. Es como la vida de los seres humanos: así como la muerte llega al hombre, las piedras acabarán desapareciendo. La razón por la que la costa no está cubierta de piedras cada vez que vas a la playa es que algunas piedras son arrastradas hasta ahí mientras que otras desaparecen en el mar. Esta actividad ininterrumpida de la naturaleza sigue desarrollándose en este preciso instante.

Asimismo, hay piedras que crecen en sentido contrario. Se llaman *Sazare-ishi*. Estas piedras se mencionan en el himno nacional japonés y están formadas por pequeñas piedras que crecen hasta convertirse en enormes rocas durante un largo periodo de tiempo. Kobayashi debe sentir que existimos junto al trabajo de la naturaleza cuando toma sus fotografías. Quienes vean sus fotos sentirán la belleza y la majestuosidad de la naturaleza. La experiencia no es exactamente la misma que la de Kobayashi, que tomó realmente las fotografías, pero estas parecen traernos memorias de un pasado lejano. Nos recuerdan algo que hemos olvidado, del mismo modo en que un recuerdo familiar o un objeto preciado que seguimos utilizando nos evoca aquellos días. Es un sentimiento que difícilmente se puede describir con palabras. Puede que en estas sensaciones se esconda el misterio de la relación entre el ser humano y la naturaleza.

En la obra de Kobayashi también hay fotografías de árboles. Por supuesto, los árboles existen como plantas. Sin embargo, los árboles que fotografía parecen personas. Son vigilantes que protegen el bosque. En los últimos años se han popularizado la energía solar, la eólica y otras fuentes de energía sostenibles. Como medida contra el calentamiento global, pueden ser más limpias que la energía de los combustibles fósiles, ya que no emiten dióxido de carbono. Sin embargo, para instalarlas hay que talar laderas de montañas y excavar el lecho marino. Por supuesto, seguir utilizando combustibles fósiles no es una buena idea, pero ¿es aceptable destruir bosques y océanos para obtener energía sostenible? ¿Podemos suprimir definitivamente a los guardianes de los bosques? También oímos el término “sobreturismo” puesto que las redes sociales y la economía han facilitado el intercambio de información en el mundo. Y ahora la gente busca lugares que nunca ha visitado. Kobayashi busca lo divino en lugares que no son fácilmente accesibles para los turistas y añade:

Debió haber lugares donde los dioses vivían cerca de nosotros.

Además, al descubrir dioses en estos objetos que tengo frente a mí, esos paisajes renacen ahora como obra. Aunque vivimos en tiempos de destrucción y desarrollo, no han sido tocados por esas “manos” y hasta se podría decir que nuestros antepasados pudieron haber visto el mismo paisaje y haber descubierto dioses en el

mismo lugar. Al pensar de esta manera, siento el fluir del tiempo continuo y majestuoso. Incluso tengo la sensación de cercanía.

Kobayashi plasma en papel el flujo ininterrumpido del tiempo y su acumulación. El papel es tanto una bendición de la naturaleza como una colaboración entre la naturaleza y las personas; por este motivo, Kobayashi hace un uso particular del papel que utiliza para conservar las imágenes, y es que pulsa el obturador cuando siente la presencia de Dios en la naturaleza, probablemente por reverencia a los dioses. Las fotografías de Kobayashi hablan en nombre de los dioses de la naturaleza y nos plantean sus preguntas. **LPyH**

Nobuyuki Kobayashi (Japón, 1970) empezó haciendo foto publicitaria y para revistas de moda. En 2001 aprendió los fundamentos de la técnica alternativa de impresión, que utiliza el papel tradicional japonés (Hozokawa) como soporte y lo combinó con impresión en platino paladio, lo que le dio una atmósfera grácil a su obra. Desde 2005 ha exhibido su trabajo en diversos países del mundo, y en 2020 lo expuso en la ciudad de Xalapa.

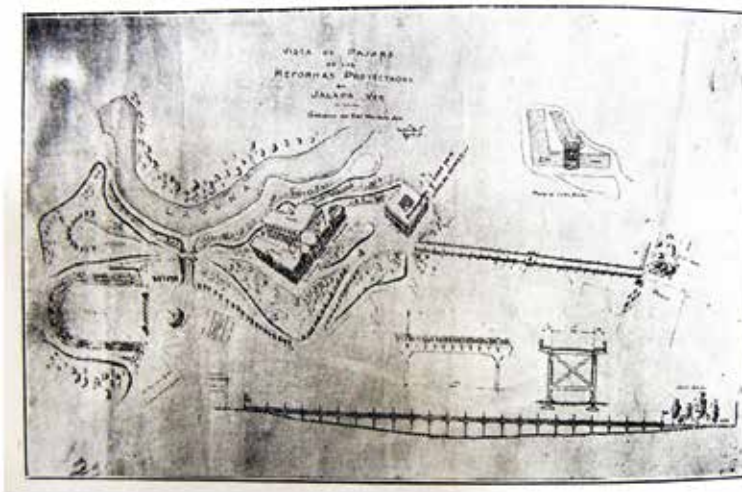
Ryuichi Yahagi cursó la licenciatura de Escultura en la Universidad de Bellas Artes de Kanazawa, Japón. Actualmente es investigador del Instituto de Artes Plásticas y profesor de la Facultad de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana.

a la ubicación y emplazamiento del campus central de la Universidad Veracruzana en Xalapa, las pautas generales para su diseño urbano, para la construcción paulatina de la infraestructura requerida y de los equipamientos básicos están ya allí, en los trazos y la escala, y en las formas constructivas para llevarla a cabo desde la fundación de un área escolar piloto, antecedente de la Universidad Veracruzana, que estaría conectada a la ciudad central existente.

Debe advertirse que conceptos tan comunes hoy en día como *ecología* o *sustentabilidad* no eran de uso frecuente en la época en que se propone la Ciudad Jardín. Sin embargo, hay ya una visión muy clara de lo que se buscaba alcanzar en materia social, ambiental y cultural.

Una visión del progreso para la capital del estado de Veracruz

Hacia el año de publicación de la propuesta de Rolland Mejía, dos ciudades jardín habían sido ya ensayadas por influencia directa del texto de Howard: la Ciudad Jardín de Letchworth (en los primeros años del siglo xx) y la de Welwyn (desarrollada en la década de 1920), ambas en Inglaterra. Estas comunidades mostraban un camino distinto al de las ciudades industriales modernas de ese y otros países, con el fin de generar un urbanismo planificado que resolviera el sobrepoblamiento y las condiciones de pobreza, propiciando una mejor calidad de vida. Se trataba de lograr una feliz combinación de lo urbano y lo rural, tratando de equilibrar los atractivos de la vida en las ciudades con el acceso directo a la natu-



Gobierno del Estado de Veracruz, folleto *Jalapa-Enríquez. Sus obras* (1925):
Vista de pájaro de las reformas proyectadas



Gobierno del Estado de Veracruz, folleto *Jalapa-Enríquez. Sus obras* (1925):
Ciudad Jardín

raleza y a un estilo de vida más saludable.

En su libro *Apóstol del progreso. Modesto C. Rolland, el progresismo global y la ingeniería en el México posrevolucionario* (2020), J. Justin Castro apunta algunas de las posibles fuentes de inspiración o referencia que el ingeniero Rolland tuvo oportunidad de conocer entre 1913 y 1919, en su constante ir y venir entre México y Estados Unidos, ya que desde 1914 fue comisionado por Venustiano Carranza para conocer y estudiar, por un lado, las escuelas y el sistema educativo norteamericano y, por otro, el sistema de gobierno a una escala territorial y política

similar a la de los municipios en México.

A pesar de su reducido tamaño, dos dibujos firmados por el ingeniero Modesto C. Rolland Mejía son especialmente interesantes para conocer la idea original para la Ciudad Jardín de Jalapa, los cuales se complementan con una serie de lineamientos descritos en el texto que sirven para entender el espíritu de la época.

“Vista de pájaro de las reformas proyectadas en Jalapa, Ver.”, el primero de los dibujos mencionados, puede leerse como una propuesta de diseño urbano que ya considera algunas de las soluciones de la tecnología



Fernando N. Winfield Reyes y Daniel R. Martí Capitanachi: Ciudad Jardín. Campus Universitario Xalapa, incluido el predio La Alameda.

La adquisición oportuna del predio La Alameda, a finales del siglo XX, permitió que el total del proyecto urbanístico de Rolland coincidiera en tamaño y lugar con el actual campus de la Universidad Veracruzana, demostrando que la adecuación al sitio de las vialidades y la distribución de espacios edificados alternando con sitios verdes pueden, en conjunto, recrear la idea de la ciudad jardín...

constructiva del concreto armado experimentadas ampliamente, para aplicarlas en otros contextos: un centro escolar, un extenso puente que comunicaría

el centro de la ciudad existente con la aquí llamada “región universitaria”, así como la adaptación y conformación del terreno en valles para que se practicaran

deportes y actividades recreativas “en tierra y en agua”.

“Plano de conjunto de la Ciudad Jardín” a escala 1:2000, con algunos letreros que subrayan la propuesta de usos del suelo, así como algunos edificios: varios parques, mercado, administración, hotel y el estadio, que en su momento fue la única construcción, inaugurada en septiembre de 1925 por el presidente Plutarco Elías Calles.

En este mismo ámbito territorial habrá de presentarse posteriormente el proyecto de conjunto para la Universidad Veracruzana, propuesto por el arquitecto Alberto Mendoza Bridat (1910-1997) en colaboración con el urbanista Domingo García Ramos (1911-1978) en el año de 1957 (Castro Gon-

zález 2021, 62-63). Resulta de interés la revisión que tanto Castro González como Martí Capitanachi (2019, 155-164) hacen de la conformación progresiva de las principales vialidades e hitos urbanos en dicha zona, y de cómo se tomaron en cuenta los elementos naturales del sitio.

A manera de conclusión

La capital de Veracruz conserva en su historia una de las primeras intervenciones urbanísticas francamente ligadas a la modernidad, con rasgos propios y plenamente documentada. Quizá el hecho de que se hubiera convertido con el tiempo en recinto de la zona universitaria ha permitido su conservación, sin variaciones significativas entre lo proyectado y lo construido, siendo el hito principal, sin lugar a duda, la ocupación del valle y su conformación para el alojamiento del Estadio Xalapeño.

La adquisición oportuna del predio La Alameda, a finales del siglo xx, permitió que el total del proyecto urbanístico de Rolland coincidiera en tamaño y lugar con el actual campus de la Universidad Veracruzana, demostrando que la adecuación al sitio de las vialidades y la distribución de espacios edificados alternando con sitios verdes pueden, en conjunto, recrear la idea de la ciudad jardín, aunque no la asociada a la ciudad-dormitorio inglesa, sino la que reconoce a la urbe como un eco-

sistema construido y habitado por el hombre, un espacio que contiene por sí mismo un ciclo de vida y un metabolismo que requiere de cuidado y atención para lograr armonía y balance.

Es por tanto pieza clave para el entendimiento del urbanismo en México, referente desde principios del siglo xx para los demás desarrollos posteriores que consideran la participación de lo verde como imprescindible para procurar, además de una alta calidad de vida, un apoyo ecosistémico a la conservación planetaria. **LPyH**

REFERENCIAS

- Castro, J. Justin. 2020. *Apóstol del progreso. Modesto C. Rolland, el progresismo global y la ingeniería en el México posrevolucionario*. Prólogo y edición de Jorge Modesto Rolland Constantine. Traducido por Jorge Modesto Rolland Constantine y Marcela Salcido de Rolland. México: Alternativaeditorial.
- Castro González, Laura. 2021. "Anhelos inacabados: una ciudad universitaria moderna para Xalapa en 1957". En *Ciudades, Estados y Política* 8 (1): 51-67. Universidad Nacional de Colombia.
- Gobierno del Estado de Veracruz. 1925. *Jalapa-Enríquez. Sus obras*. Xalapa: Editora de Gobierno del Estado Libre y Soberano de Veracruz-Llave.
- Hall, Peter. 2003. *Cities of Tomorrow. An Intellectual History of Urban Planning and Design in the Twentieth Century*. Oxford: Blackwell Publishing.
- Howard, Ebenezer. 1898. *To-Morrow: A Peaceful Path to Real Reform*. Londres: Swan Sonnenschein.
- Lipovetsky, Gilles. 2010. "Espacio privado y espacio público en la era posmoderna". Traducido por Emilio Duhau. *Sociológica*, año 8 (22). UAM-Azcapotzalco: México.
- Martí Capitanachi, Daniel R. coord. 2019. *Estridentópolis: un correlato histórico del urbanismo y la arquitectura de principios de siglo xx en Xalapa*. Colección Voces de la tierra. Xalapa: Ivec.
- Winfield Reyes, Fernando N. y Daniel R. Martí Capitanachi. 2013. "Urbanismo y modernidad: La influencia de las ciudades jardín en México: 1921-1930". *Arquitecturas del Sur* 31 (44): 34-47. Diciembre. Universidad del Bío Bío.

* El presente texto es una reelaboración del artículo: Fernando N. Winfield y Daniel R. Martí, "Urbanismo y modernidad: La influencia de las ciudades jardín en México: 1921-1930", *Arquitecturas del Sur* 31 (44): 34-47 (diciembre 2013), Universidad del Bío Bío.

Fernando N. Winfield Reyes es profesor de la Facultad de Arquitectura en la UV Región Xalapa. Ha publicado textos varios sobre historia, teoría y práctica del urbanismo.

Daniel R. Martí Capitanachi es urbanista e investigador en temas de ciudad, derecho y sociedad. Profesor de tiempo completo en la Facultad de Arquitectura de la UV. Línea de investigación: Normativa jurídica urbana.

Disonancias: la fotografía del Vadret da Morteratsch por Byron Brauchli

Leticia Mora Perdomo

ahí varias veces, así que mi huella de carbono es grande. En esa primera visita Byron Brauchli y yo regresábamos de un largo viaje por la India, después de un mes en la Venecia de Asia, Srinagar. Aun en esa pequeña y bella ciudad al pie del Himalaya, llena de pintorescos canales y de jardines flotantes sacudidos ligeramente por el aire frío de la montaña, un olor penetrante nos acompañaba a todas partes. El mismo olor que en nuestro paso por Nueva

46°23'N 9°55'E

Cordillera Bernina

Coordenadas: 46°24'34"N 9°55'5"E

Longitud: 5.85 Km (2016)

Ova da Morteratsch (desemboca en el río Danubio que va al Mar Negro)

Cuando pienso en los Alpes, no puedo evitar evocar las imágenes de los calendarios que regalaban las tiendas, en diciembre, con las que crecí de niña: los picos nevados y la indomable naturaleza. Al recordar esas imágenes, hoy sé que su belleza esconde la dificultad física que implica acercarse a esos picos, o entiendo la serie de errores que antecedieron a la captura de su imponente serenidad cuando la cámara fotográfica irrumpió; afortunadamente, los pintores ya habían encontrado un ángulo desde el cual capturar su inmensidad. Pero la llegada de la fotografía propició que eventualmente cualquiera pudiera hacerlo y que los lugares para enfocar estuvieran marcados, favoreciendo las miles de tomas de turistas que han ido creando el inconsciente óptico con el que las asociamos y “junto” al cual nos fotografiamos. En la cordillera de las Berninas, la llegada del tren, un portento de la ingeniería a finales del siglo XIX, fa-

Vadret da Morteratsch, en Suiza, es un glaciar cuya belleza y accesibilidad han posibilitado que sea parte de la memoria del paisaje alpino y de la subjetividad de millones de personas. Vivo por varios siglos, hoy agoniza. Pronto será un recuerdo perdido entre las fotos que de él sobrevivan.

cilitó que millones de personas tuvieran acceso a ellas. Hoy, el turista llega en avión a Zúrich, pues busca ya no el refugio intocable por el hombre, sino lo que pronto desaparecerá: una experiencia irrecuperable. Las Berninas es un área protegida por la UNESCO como patrimonio del mundo. Sin embargo, una gran amenaza las rodea: el calentamiento global. Vadret da Morteratsch, en Suiza, es un glaciar cuya belleza y accesibilidad han posibilitado que sea parte de la memoria del paisaje alpino y de la subjetividad de millones de personas. Vivo por varios siglos, hoy agoniza. Pronto será un recuerdo perdido entre las fotos que de él sobrevivan. ¿Qué pensarán los niños del futuro cuando las vean?

En 1985 conocí por primera vez los Alpes suizos. He estado

Delhi, por Calcuta, por Bombay nos había sido difícil ignorar. En Delhi, caminando por las estrechas calles medievales donde cientos de personas transitaban junto a vacas y perros, entre basura, heces, moscas, y una plasticidad sin nombre que llenaba cada uno de nuestros sentidos, el olor se anunciaba con fuerza. En el día de Ramadán, y sin poder salir del mar de gente que nos empujaba, desembocamos en el Yamuna, tributario del Ganges, donde se bañaban miles de personas en sus orillas. El río sagrado era amarillento, casi negro, parecía café con poca leche. Una nube asfixiante de humedad y ese penetrante olor sin identificar nos envolvían. Dos semanas previas, el monzón había elevado los niveles del río. El olor parecía haberse concentrado ahí, en el río sagrado. Finalmente creí iden-

tificarlo: era estiércol, sudor y desechos humanos, curry y sándalo que, bajo una temperatura de cerca de 40 grados centígrados, penetraba todos los poros de la piel. Miles de personas en India mueren por enfermedades relacionadas con el agua y su saneamiento. En ese momento no pensaba en su escasez.

Después de seis meses en la India, Zúrich era el emblema del orden, y las aguas de su principal río, el Limmat, cristalinas como transparente era el aire que se respiraba. Recuerdo haber pensado que en eso consistía la diferencia entre el primer y el tercer mundo. Cuando tomamos el tren hacia Pontresina para recorrer los glaciares de las Berninas no podía creer lo tecnificado que estaba cada paso que dábamos. A diferencia de esa experiencia que nos causaba admiración, pero fácilmente asimilable para un turista, en el camino al primer glaciar de peregrinaje en el Himalaya, antes del Gangotri, el más venerado y nuestro punto de destino, no había muchos turistas sino indios. El recorrido de esta ruta sagrada era un vestigio del pasado: en el camino encontrábamos a nómadas que, en el primer deshielo, migraban con sus cabras y un jumento con su casa a cuestas. De vez en cuando podíamos atisbar las legendarias casas, casi cubiertas de pasto, de las que habla V. S. Naipaul como en peligro de extinción. Supimos, por los guías que nos acompañaban, que el Ganges nace en la cordillera sagrada del Himalaya y que de los 2 500 kilómetros de su cauce dependen millones de personas. El río Ganges y su extendida cuenca con sus tributarios se alimentan del agua de los glaciares.

En los Alpes, muchos recorridos por ese paisaje de alta montaña protegido por la UNESCO se hacen en tren, el

Bernina, que tomó su nombre de la cordillera que recorre Suiza hasta llegar a los Alpes italianos. Uno de los glaciares más populares para visitar es el Morteratsch. Cuando se inauguró el tren, en 1908, la lengua del glaciar estaba a escasos 30 metros de la estación del tren. En 1985, la lengua del glaciar estaba a 3.5 kilómetros. En 2014, el año de la muerte del Okjökull en Islandia, la distancia era de 4.3 kilómetros. Como cualquier ser vivo, mientras se mueva, hay vida. Cuando no haya lengua, habrá entrado en su fase crítica.

En comparación con la visita al pasado, y paradójicamente al futuro, a pie y en mula, a uno de los glaciares sagrados del Himalaya, en las Berninas lo impresionante eran la tecnología y el orden que nos rodeaban, la limpieza, la limpidez del aire, la puntualidad de los trenes, las telesillas, los restaurantes en lo alto de la montaña para comer cómodamente, las bancas en el camino para descansar; todo, ¡hasta las ramas parecían simétricamente acomodadas! El único punto de contacto con los nevados de la India era el frío, pues caminábamos con chamaras de montaña y gorra. Todas estas disonancias nos producían cierta desazón, un desajuste cultural que nos impedía sentir el pulso “real” de la montaña. Toda conjetura se disolvió cuando tuvimos la revelación del espléndido glaciar.

Este año, 2024, retomamos los pasos perdidos del 85 y pagamos tributo al Morteratsch. Hoy, es necesario caminar 5 kilómetros solo para verlo a lo lejos, y un poco más de 6 kilómetros, sin ruta segura en el último tramo, más que los pequeños montoncitos colocados encima de grandes rocas para orientar al desprevenido, si se quiere llegar

hasta donde ha retrocedido la lengua del glaciar. Aventureros, atravesamos una zona rocosa e inestable, con grandes grietas, dejadas al descubierto por el deshielo, que teníamos que saltar. Los anuncios de peligro de muerte proliferan. Atrás quedan las señales del verano y los turistas que caminan en shorts y camisetas. Muchas de las montañas alrededor no tienen nieve; en su lugar las cubre una arena de color plomizo, polvo del Sahara, dicen. Las huellas de la industria del turismo son escasas. Empero, la falta de nieve y lo elevado de las temperaturas exacerbaban el efecto albedo, lo que ha puesto en peligro este tesoro de la UNESCO y de la identidad nacional suiza. Prestado de la industria del esquí, se ha tratado de cubrir de blanco estas montañas por medios mecánicos: la fabricación de nieve artificial que permita retrasar su deshielo. En algunos casos, como en el cercano glaciar Diavolezza, se han instalado cobijas blancas geotérmicas, pero son costosísimas e imprácticas en áreas amplias, como esta. Junto al espectáculo de ver morir a un amigo de toda la vida, se teme la desaparición de flora, fauna y albergues alpinos, ecosistemas tan cercanos a las caminatas de infancia de Byron. A diferencia de la primera vez, ahora sabíamos lo que las señales indicaban. Las marcas a los lados del camino no eran para indicar la altura sino para informar cómo el glaciar había ido retrocediendo a lo largo de las décadas. Ahora comprendíamos y nos dolía que fuera “la lengua del volcán la que se estaba cortando”. El aumento del cauce pluvial, los niños en camiseta, la presencia de vegetación, eran la señal de que el hielo no puede sobrevivir en esas condiciones, y que eso que se divi-



Byron Brauchli:
Serie Glaciar Morteratsch (2024), técnica digital



sa a lo lejos como rayas oscuras son resquebrajaduras, señales de muerte.

Pocos presencian el desgajamiento del hielo, pues pocos se aventuran por esa área marcada por el peligro de muerte. Éramos cuatro personas las que seguíamos determinadas a tocar el hielo. De pronto, el Morteratsch gritó. Era un estertor, un crujido profundo seguido de un temblor y una avalancha estrepitosa, como si cuatro o cinco camiones descargaran, al unísono, piedra en una construcción gigante. Era angustioso escucharlo y nos dejó estupefactos y temerosos. Ante nosotros toneladas de hielo caían en grandes bloques al río, a escasos tres metros de donde estábamos; todo se cimbó a nuestro alrededor. El ronquido de las entrañas de la tierra duró varios minutos, en los cuales piedras blancas volaron por los aires; minutos en que no atinábamos a movernos. Después, el crepitar del agua y el silencio.

La muerte del Morteratsch se espera que suceda en los próximos 30 años. Tal vez no nos toque vivirla. La desglaciación es inexorable, y con ella se perderá el patrimonio afectivo de varias generaciones; también los ingresos que genera para la industria turística. Suiza alimenta mucha de su energía de manera hídrica, por lo que también se vería afectada. Las inundaciones que produce el deshielo han afectado zonas de Italia y miles de personas han sido tocadas por este hecho cada vez más atroz, incluso ha habido centenares de muertos. En 2013, las fuertes inundaciones destruyeron muchos de los viejos caminos sagrados al Ganges, causando la muerte y la

destrucción del modo de vida de miles de personas. Mientras, los gases de efecto invernadero en el mundo siguen aumentando. El Antropoceno cobra significado.

Leemos en un artículo que la demanda de agua ha seguido creciendo en la India, impulsada por el aumento de la población y la rápida urbanización. La desaparición de los glaciares convierte a esa región de Asia (China, Nepal, Bangladesh e India) en un área de alto riesgo por ser la que tiene el menor volumen de recursos renovables de agua dulce por persona en el mundo. El Ganges, más allá de su justificado valor sagrado, es simbólico de lo que está por venir. Su alta contaminación continúa pese a los millones gastados en su parcial saneamiento. Además, está ahora seco en muchos de sus tramos; la lucha es por su sobrevivencia y por una conciencia de justicia y equidad para que los países por donde transita no lo acaparen y lo desvíen.

Aparentemente, Suiza podría correr mejor suerte, pues hasta ahora no tiene problemas de agua y el río de Morteratsch desemboca en el Danubio que va a parar al Mar Negro. No obstante, lo pintoresco de su paisaje, que hace de él una fuente de turismo, se habrá perdido para siempre. Hay un valor asociado a lo sagrado en la muerte de estos seres que se formaron a lo largo del tiempo y que han sobrevivido miles de años. En ambos casos, nuevos significados comienzan a codificarse pues no es natural que grandes bloques de hielo se depositen en el río elevando sus cauces con tanta desmesura. Extrañamente, en nuestro presente, el tiempo geológico se vuelve humano.

El doctor Atl escribió un diario que documenta el nacimiento de uno de los volcanes más jóvenes en el planeta; narra su bautizo y el nacimiento de su nombre: Paricutín. ¿Quién cantará la muerte de los glaciares? ¿Quién hará una oración por su pérdida? ¿Qué dirá su certificado de defunción? ¿Muerte por excesivas temperaturas causadas por los humanos? Tendrán que inventarse nuevos nombres, verbos y adjetivos para describir la muerte de los glaciares y el paisaje después de su desaparición.

El novelista indio Amitav Ghosh señala que la crisis climática es un problema que interconecta al mundo en su complejidad, y la incapacidad de comunicarla es una crisis de la imaginación. Nosotros somos testigos de su muerte y su causa. Estas imágenes y palabras son testimonio de nuestro duelo.

Ya de regreso, mientras pausamos cerca de los cabezales del río, Byron me señala unas pequeñas flores que, apenas asoman su nota de color, persisten en darnos sorpresivas alegrías, como una señal de lo bueno que la vida ofrece. No puedo evitar pensar cómo nuestros descendientes juzgarán nuestras acciones. **LPyH**

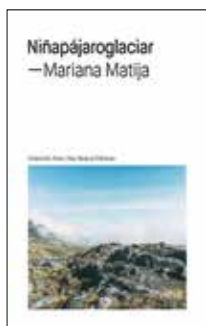
Byron Brauchli es fotógrafo y artista gráfico con énfasis en procesos fotográficos del siglo XIX. Miembro del SNCA. Maestro en Artes por la Universidad de Texas. Actualmente trabaja en el Instituto de Artes Plásticas de la UV. Recién publicó *Recorridos* en la Editorial UV.

Leticia Mora Perdomo es investigadora del Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias y profesora de la Facultad de Letras Españolas de la UV.

ENTRE LIBROS

“Aquí es, esto
eres, ahora sí,
quédate”

**María de los Ángeles
Escobar**



Mariana Matija, *Niñapájaroglaciár*,
Bogotá, Rey Naranjo, 2023, 198 pp.

Fue un momento lleno de belleza
que me recordó que hay más cosas
en el mundo, además del ruido.

Cuando era niña, pasábamos las vacaciones con mi abuela. Su casa tenía un patio grande con árboles de litchi y mango que comíamos en la temporada. En el corredor, había macetas floreadas y gatos que se recostaban en las sillas. Me gustaba el calor, que mi abuela llamara a las gallinas con un “prrr, prrr, prrr” y recibir sus regaños por andar descalza. Era feliz ahí, cuidando de todos, y ellos cuidando de ella. Cada vez que terminaban las vacaciones, una parte de mí quería quedarse, y lloraba esperando que me dijera “quédate, hija”. Tras seis



Erick Ocaña: Tecolote bajoño (*Glaucidium brasilianum*)

meses de ausencia, volvimos a la casa, pero mi abuela ya no estaba en el corredor, ni en el patio, ni los árboles. Se llevó todo lo que amaba.

Sé que habría llorado más sin la compañía de este libro: *Niñapájaroglaciár* (2023). Mariana Matija llegó a mí como una bella casualidad, así como ella a la escritura: inició, por eso del 2015, con un blog sobre la naturaleza, la tierra y el amor; después continuó con el libro *10 pasos para alinear la cabeza y el corazón y salvar el planeta* (2019). *Niñapájaroglaciár* es su segunda publicación, a cargo de Rey Naranjo Editores, y su primer ensayo literario (dividido en 17 textos) que, a mi gusto, se venía gestando desde su infancia.

El título del libro, que parece más un juego de palabras, sugiere una identidad. La autora es la suma de sus seres amados y olvidados: es una niña, un corazón de pájaro, un glaciar. El estilo de escritura es libre. Se sueltan oraciones largas, cortas, repeticiones que generan imágenes y sonidos. Los ensayos, por momentos, tienen una prosa poética, pero es, sin duda, el uso de la memoria su sello distintivo.

Matija arma un collage de recuerdos. Leemos anécdotas de la niñez, la adolescencia y la edad adulta, donde los protagonistas son golondrinas, aves reina, pomarrosas, sus gatos y

perros, que son hermanos y hermanas, y sus amores humanos: Leo, su madre y su abuela. Entre los espacios están la casa de su infancia en Manizales y los países vividos (España, Chile, Islandia). Crea, con o sin intención, un “paisaje” habitado por sus seres amados.

Los ensayos cuestionan cómo, desde la infancia, la aparente civilidad del mundo expulsa la naturaleza de nuestros hogares. Matija [mal]aprendió en el colegio que sus gatos y perros no podían ser su familia, que los edificios de la ciudad eran los mejores lugares para vivir y que el asfalto era el camino hacia el progreso. Sin embargo, hay en ella (en su voz) una sensibilidad que niega la occidentalización de la naturaleza.

Como escribe Matija (en el décimo ensayo), los animales, las plantas, las piedras ni nosotros nacimos para estar en jaulas. “Cuando pasa mucho tiempo ahí, encerrado, el universo se aburre, deja de comer, deja de cantar, se arranca las plumas del desespero, se enferma y se muere” (109). Sin embargo, al crecer, hemos asumido que la vida consiste en atrapar lo que nos rodea, darle un nombre y encerrarlo en categorías que podamos controlar. El lenguaje, considerado una de las características más humanas, nos permite nombrar y clasifi-

car el mundo, pero también nos distancia de él. ¿Por qué?

Hemos nombrado lo que ya tenía nombre. Vemos, a lo largo del libro, la idea de la necesidad humana de modificar a la naturaleza a través de las palabras. El tilacino adoptó el nombre de “tigre de Tasmania” por la isla donde habitaba, antes Lutruwita, y llamada así por el explorador europeo que la avistó “por primera vez”. Dice Matija, hay palabras tan jóvenes que creen atravesar las cosas, y cuando lo hacen, “lo que sale del otro lado es una versión más pequeña, un poco torcida, menos luminosa” (110). Desde la historia, el lenguaje refuerza la idea de que somos diferentes; no entendemos más allá de nuestros códigos y, para entender las cosas, hay que dominarlos.

Por ejemplo, durante su ascenso a la montaña Poleka Kasué, ahora el nevado de Santa Isabel (cuarto ensayo), narra cómo el paisaje sí es una parte de ella: “Te vi todo el tiempo mientras crecía, no sé si me viste crecer o si sabes algo de mí, pero igual te amo” (32). Mientras camina, Matija ve restos de aves que murieron al impactarse contra el hielo (escapando del calor y entrando a alguna corriente de aire); también distingue manchas oscuras en el glaciar que indican el deshielo. “Lloré tanto que no podía diferenciar cuál era la humedad que sentía en la cara: lágrimas, mocos, llovizna. Lo que me gustó de eso fue saber que así el glaciar y yo volvimos a ser uno” (34).

Para la autora, nuestro lenguaje es similar al de otras especies pues compartimos las mismas motivaciones, queremos, sufrimos, perdemos: “Los glaciares son nuestros compañeros de duelo”, ellos están en espera de partir, enfermos en un

mundo que ya no escucha su grito. ¿Y a dónde irán? ¿Esperarán junto a los tilacinos y las abuelas? ¿Regresarán del lugar de donde vinieron? Quién sabe. Cuando algo desaparece queda un vacío, una laguna en nuestra historia. Hay fotos de los tilacinos, de los glaciares, de nuestros perros y gatos, de nuestras abuelas, pero “el agua, como la vida y las emociones, tiene la capacidad de hacer aparecer cosas y tiene la capacidad de borrarlas” (23).

A veces, el problema no son las lagunas, sino olvidar que alguna vez estuvieron ahí. *Niña-pájaroglaciar* es una invitación para ser habitados por la naturaleza, para ver el lenguaje como una manera de acercarnos. Dice Mónica Nepote en *Humanos y no humanos: Lenguajes emitidos, pensamientos escuchados*: “la mente animal se nos asemeja” y, por eso, estos ensayos donde los animales (y otras cosas y criaturas) son los protagonistas, permiten entender la complejidad de la vida y la pérdida. Hay animales que se extinguen, glaciares que se deshuelan y abuelas que se van, como la de Mariana también.

Mi abuela ya no está en su casa, ni los árboles, ni los gatos en las sillas. Pero, como dice Mariana, hay un hogar, más allá del concreto, que llevamos a todos lados, un “huequito en medio de la barriga [que] es realmente el centro del mundo, el mapa del origen, del universo, una señal que me [nos] dice cuál es mi [nuestra] casa” (171). Mariana y yo llevamos una laguna indisoluble y, por fortuna, una marca que nos lo recuerda. **LPYH**

María de los Ángeles Escobar es estudiante de la licenciatura en Danza Contemporánea y egresada de la maestría en Literatura Mexicana (UV). Beneficiaria del PECDA (2024).

Persona al fin, esa utopía

Luis Mendoza Vega



Beatriz Pérez Pereda, *Persona no humana*, Monterrey, Conarte, 2022, 93 pp.

El fósil de la especie *Australopithecus afarensis*, un homínido descubierto en la década de 1970, llamó mi atención al enterarme sobre la elección de su nombre. Después de que Donald Johanson, paleoantropólogo estadounidense, encontrara el 40% de un esqueleto en la región de Afar, en Etiopía, con “Lucy in the Sky with Diamonds” de los Beatles como fondo, reconoció que el hallazgo correspondía a un ancestro de los primeros humanos y, además, a una mujer que vivió entre cuatro y tres millones de años atrás. Más tarde, alguien le sugirió: ¿Por qué no la llamas Lucy? “De repente”, menciona Johanson, “ella se convirtió en persona”.

“Pasar de ser un objeto a un sujeto”, escribe Beatriz Pérez Pereda (Villahermosa, Tabasco, 1983), “es la corona sorpresivamente puesta” (12) del *deber ser*. Nombrar(se) persona como fundamento de la existencia humana, de todo aquel sujeto



Erick Ocaña: Falso vampiro lanudo (*Chrotopterus auritus*). Amenazada (MEX)

de derechos, resulta una premisa dudosa: ¿aquellos no humano –según los diccionarios, los seres no racionales– puede gozar también de una vida justa y digna? ¿Desde dónde se marca la línea divisoria dispuesta entre aquellos y nosotros? Más importante aún, ¿qué tan urgente es plantear esta cuestión en el ámbito jurídico? Preguntas de esta naturaleza son las que genera *Persona no humana* (2022), el más reciente libro de la poeta y abogada tabasqueña.

El incipit puntualiza: “La palabra orangután proviene del malayo: *Orang* significa ‘hombre’ o también ‘habitante’; de *utan* o *hutan* que significa ‘bosque’ o ‘selva’, de modo que los orangutanes son literalmente ‘hombres del bosque’, ‘habitantes del bosque’” (9). En seguida, se presenta a *Sandra*, un ejemplar mestizo de orangután, mitad de Sumatra y mitad de Borneo, nacida en Alemania y más tarde declarada “sujeto de derecho” en Argentina por la jueza Elena Liberatori. Este acontecimiento originó múltiples debates; sin embargo, el reconocimiento de una identidad jurídica a los ani-

males, según menciona Andrés Gil Domínguez, miembro de la asociación que propuso legalmente el asunto en 2014, “va a generar la gran discusión en los términos judiciales en otros casos doctrinarios, como se venía haciendo, en términos legislativos para modificar ciertas leyes y también en términos filosóficos para definir qué entendemos ontológicamente cuando hablamos de humanidad”. El proyecto literario, en este sentido, deviene en una demanda por los derechos de las personas no humanas mediante este caso particular y, sin embargo, no único por los múltiples ejemplos de explotación y maltrato especistas referidos durante su lectura; es decir, antecedentes que reconocen la urgencia de llevar el tema no solo al juzgado, sino también a la literatura actual, en especial a la poesía mexicana.

Persona no humana es una propuesta llamativa por sus diversos recursos de escritura; no por nada recibió el Premio de Poesía Carmen Alardín 2022, galardón cuyo espíritu, según cuenta la poeta, es “premiar obras de temáticas y estructuras

distintas a lo tradicional, obras arriesgadas y de temas muy contemporáneos”. Dividido en dos secciones, la primera dedicada al juicio de *Sandra* hace uso del verso y de la prosa poética para intervenir diversos discursos jurídicos y afines desde un yo litigante, lo que destaca la formación académica de la autora; su trabajo literario potencializa el lenguaje de los tribunales para interceder por el otro carente de privilegios; es decir, el lector está ante una poesía que aboga y reclama. Esto no es nuevo. La poesía comprometida permea a la literatura mundial. Empero, el cuestionamiento planteado por la poesía de Pérez Pereda responde a una poética del anti-anthropocentrismo, esto es, revisa los paradigmas que rigen aún la jerarquización de los seres vivos; en este caso, reconoce a los animales (todos) como seres capaces de sentir placer y dolor y, por ello, cualquier abuso cometido por el *homo sapiens* es considerado antiético.

Dicho imperativo anuncia la perseverancia de una conciencia vital, esa que comprende, en tanto aquí conocimiento es igual a búsqueda de armonía, como anota María Zambrano; aquella que deshace la injusticia de la palabra. Me remito a un fragmento de *Persona no humana*:

La ley dice que las cosas son bienes muebles, aquellas cosas que pueden desplazarse por sí mismas o por una fuerza externa. ¿Los animales son cosas? Inmigrantes de lenguaje cifrado que se desplazan a sí mismos por el tiempo, con la esperanza como caparazón. O quizás muebles desplazados por una fuerza externa, una fuerza que empuña armas de fue-

go, máquinas como katanas contra árboles (25).

Diferentes casos de violencia contra primates son retomados en la segunda parte de la obra, donde las referencias a notas periodísticas junto con el trabajo de ficción dan cuenta de una investigación exhaustiva por parte de la escritora. Aquí el yo lírico habla de *Betty*, una chimpancé que limpia su propia jaula; de *Sol*, una madre orangután en cautiverio; de *Alba*, un ejemplar de orangután albino comercializado como atracción; de *Pony*, una persona del bosque explotada sexualmente; para todas ellas “el sexo femenino / en cualquier especie animal supone un riesgo” (67).

La convivencia del feminismo y el antiespecismo es la puerta de otras vías de lectura que familiariza a *Persona no humana* con títulos como *El jinete y la fusta* (2023; Premio Internacional de Poesía Escrita por Mujeres “Ana María Iza”), de Esther M. García, o *El estómago de las ballenas* (2024; Premio Bellas Artes de Poesía Aguascalientes), de Ángel Vargas, revelando un pensamiento ecocrítico dominante dentro de los premios literarios. En mi caso, me limito a ver en la obra un ejercicio axiológico: “¿Buscamos pruebas de inteligencia en los grandes simios / para aceptarlos como personas?” (39). ¿Cómo reconciliar esto con tanta contradicción de la historia occidental, guerras, esclavitud, cámaras de gas, etc.? ¿Podría esa *moderna jaula diáfana* moviéndose también con nosotros, el lenguaje, salvarnos a todos? Le recuerda Sandra al lector: “El hecho es que no sé quién ser, no sé dónde serlo, cómo. Habito la niebla, doy pasos en falso gritando mi nombre” (49). La escritura de Beatriz Pérez Pereda habla, en-

tonces, por una salud estética –el puente tendido entre lenguajes y disciplinas, entre la literatura y el derecho– y una ética primordial –la representación y reconocimiento de aquello que nos rebasa como especie, el dolor, la crueldad, la violencia–. La literatura resulta pues una válvula de escape para tales interrogaciones.

Debo confesar que, en su momento, creí que Lucy, ese familiar antiquísimo, se trataba de un simple chimpancé. Dicha forma de distanciarme de ella, ahora que lo reflexiono, respondía a la eterna discordia de los orígenes: ¿soy también eso? Ahora llego a una conclusión: no hay animal más insatisfecho consigo mismo que el hombre, particularizo aquí mi género. “Pero la naturaleza, esa señora que germina sorpresas en su vientre, no sabe de aburrimiento, y su pasatiempo favorito es devolvernos el asombro, a pesar de nuestra ceguera autoimpuesta” (73). En este sentido, *Persona no humana* mira los intersticios del “99.4 % de igualdad / en los peldaños de la escalera / de ladrillos de desoxirribosa / proteína / y fosfato” (71) entre mamíferos. ¿Podrá la poesía salvar esta distancia genética, mínima, para fundar la utopía que supone un quehacer humano ético en todos los sentidos? Refiere el último poema: “A las tres de la mañana en el hemisferio oscuro / todos los animales abren los ojos al unísono y piensan [...] Faltan 100 segundos para la medianoche del Apocalipsis / Todos volvemos a dormir” (92). *Todos*; queda el eco del mundo abierto. **LPyH**

Luis Mendoza Vega (Otatitlán, Ver., 1999) es poeta, crítico literario y licenciado en Lengua y Literatura Hispánicas por la uv.

Preservar el ambiente desde la edición

Jesús Guerrero



VV.AA., *Ecoedición. Hacia una ecología editorial*, uv/Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Xalapa, 2024, 146 pp.

Es innegable que desde hace algunas décadas la conciencia sobre la destrucción del medio ambiente en el planeta se ha acrecentado. Cambio climático, descarbonización o energías alternativas son expresiones que se escuchan cada vez con mayor frecuencia. Las voces que alertan sobre la Agenda 2030 y la reducción de emisiones se abren paso en los medios y las redes sociales. Sin embargo, las acciones que realmente contribuyen a revertir la situación han resultado insuficientes hasta ahora. Ni los terribles desastres naturales, económicos y sociales (relacionados de muchas formas con las afectaciones a nuestro entorno natural) han conmovido a gobiernos, empresas, organizaciones y ciudadanos para tomar acciones más contundentes. En medio del desaliento y la incredulidad, cualquier avance, por mínimo que sea, debe reconocerse e impulsarse para continuar y profundizarlo.

Si bien desde tiempo atrás en las actividades del sector industrial se ha tomado una cantidad importante de acciones [...] el tema es relativamente reciente.

Si bien desde tiempo atrás en las actividades del sector industrial se ha tomado una cantidad importante de acciones, debemos reconocer que en la industria editorial el tema es relativamente reciente. Aunque quizás algunas imprentas, al renovar sus instalaciones y equipamiento en años cercanos, lo hayan hecho tomando en cuenta ya algunas tecnologías menos contaminantes, la discusión amplia sobre temas ecológicos directamente vinculados con nuestra labor es de fechas no lejanas. Sin embargo, en el último lustro la discusión sobre “ecoedición” (forma de gestionar las publicaciones según principios de sostenibilidad y protección del medio ambiente, nos precisa el especialista Manuel Gil) se ha incrementado. También es cierto que organizaciones y sectores académicos ya habían abierto la reflexión y la discusión en los albores del siglo XXI. Por ejemplo, en el libro que nos ocupa, Jordi Panyella Carbonell, editor de la cooperativa Pol·len Edicions e impulsor del Institut de l’ecoedició de Catalunya, refiere que en noviembre de 2008 se celebró en Barcelona la “Jornada sobre la ecoedición para un libro verde”, que reunió a profesionales del sector gráfico y ambiental, tal vez uno de los primeros encuentros profesionales en nuestro ámbito.

Como parte de estas inquietudes, la Editorial de la Universidad Veracruzana, en el marco de la XXVIII Feria Internacional del Libro Universitario, celebró

el 16 y 17 de mayo de 2023 su 5º. Foro Editorial el cual se dedicó a la ecoedición. Editores, impresores, tecnólogos y académicos de México, Colombia y España se dieron cita en la ciudad de Xalapa para celebrar conferencias y mesas de discusión donde se abordaron aspectos relacionados con la organización y producción editorial, el diseño, la impresión, la distribución y la difusión de publicaciones con una perspectiva ecológica. Como se ha vuelto una tradición en la Editorial de la UV, de dichos encuentros han resultado libros que, aunque no representan una calca de lo allí expresado, recuperan buena parte de lo planteado. Ahora se presenta *Ecoedición. Hacia una ecología editorial*, donde varios de los participantes del foro y algunos otros especialistas nos ofrecen sus ideas, experiencias y propuestas en torno a una labor editorial más comprometida con el medio ambiente.

Si bien para muchos de los participantes el foro resultó una oportunidad de acercarse a esta perspectiva e iniciar un ejercicio autocrítico de nuestro ámbito profesional, el libro va mucho más allá y supera las expectativas. El tiempo para la escritura o la revisión de sus ponencias no solo le permitió a varios de los autores profundizar y argumentar con ejemplos, cifras y referencias sus propuestas, sino que además dio ocasión a los editores de la UV para invitar a otros autores a sumarse con un capítulo. El resultado es un volumen

de contenido sólido, con acercamientos desde distintas especialidades, donde se presentan ya algunos logros, por ejemplo en la selección de materiales y en los procesos de impresión, o se critican con seriedad la falta de acción en cuestiones muy simples (como el desperdicio de papel, que representa casi la mitad de las emisiones de carbono en cada libro, o la ausencia de una cultura del reciclaje) y se derriban mitos como que la producción bajo demanda o los libros electrónicos son menos contaminantes. Entre los autores se puede mencionar a Maica Rivera, Manuel Gil, Laia Figueras Tortras, Jordi Panyella Carbonell, Elena Bazán, Jaime Iván Hurtado, Édgar García Valencia, Xilué Zenker, Marco Giraldo Barreto y Aída Pozos Villanueva.

El mundo del libro –nos advierte Manuel Gil– tiene que empezar a transitar un camino verde en todas las etapas de la cadena de valor... Nuestra huella de carbono es innegable y nos sorprenderíamos si empezamos a medir cada uno de los pasos que hay desde la aceptación de un original en una editorial hasta que el libro resultante llega a las manos del lector.

Empero, para tratar de situar mejor las responsabilidades de nuestro sector, Jordi Panyella matiza: “En 2021 se publicaron en el Estado español 198 millones 132 mil ejemplares de libros. Con una media de emisiones de 400 g de CO₂ equivalente por ejemplar, nos da la cifra de 79 mil 253 toneladas de CO₂ emitidas... Vamos a compararla: 79 mil 253 toneladas es lo mismo que emiten 20 jets privados en un año, y lo mismo que emite

Google en cuatro días de funcionamiento (a razón de media tonelada por segundo)”.

El empresario en servicios editoriales Jaime Iván Hurtado plantea la corresponsabilidad en la materia:

El lector final sí que valora estas iniciativas que, incluso, pueden repercutir en un mayor posicionamiento de las editoriales en las comunidades lectoras, sensibles a este tema, pero estas iniciativas, que pueden ser oportunidades para aquellos que van madrugando sobre este tema, no pueden ser equiparables al desarrollo de modelos que impacten en mayor medida toda la industria, en donde precisamente se requiere de políticas públicas y de las tracciones suficientes para que podamos afirmar que... nos encontramos en un estadio más estructurado del factor ecoedición en la región.

El editor colombiano Marco Giraldo nos previene sobre falsas aportaciones,

la falta de presupuesto para imprimir tirajes de ejemplares físicos puede motivar un discurso que, en apariencia, es ambientalista: “dado que no tenemos presupuesto para imprimir, no tendremos tirajes físicos, lo que contribuye a no usar papel y, en consecuencia, a reducir el impacto ecológico. Pasemos todo a digital”. Esta premisa... puede ser engañosa si las prácticas de mejor aprovechamiento de recursos no están alineadas en toda la institución. ¿De qué sirve dejar de imprimir ejemplares si en las instituciones no existen planes de reaprove-

chamiento de materiales o de disminución de residuos?

La editora Marina Cuéllar, quien prologa la edición, destaca que su contenido

nos propone de inicio una intención teleológica. Nunca hemos llegado finalmente a ningún lado, nos mantenemos siguiendo la línea del horizonte en nuestras utopías, en la quimera de producir libros con la mínima huella ecológica. Estamos transitando hacia la tarea de producir libros con una nueva ética y con perspectiva ecológica, configurándonos una nueva conciencia.

Manuel Gil, por su lado, insiste en que

Esto implica repensar nuestra manera de vivir en este mundo, significa replantearnos cómo hacemos las cosas y aceptar nuestra responsabilidad hacia las generaciones venideras. Sin duda, es un reto complejo, pero no imposible.

Por último, habría que destacar que los editores de la UV ponen el ejemplo y mencionan que el libro se produjo con estándares ecoambientales que contribuyen a reducir la huella de carbono y las emisiones de gases de efecto invernadero. Para la impresión de los ejemplares se usó papel reciclado. **LPyH**

Jesús Guerrero estudió Literaturas Hispánicas (UNAM); concluye maestría en Diseño y Producción Editorial (UAM-X). Coordinó obras de literatura y filosofía en el FCE. Gestor de derechos en la Editorial UV.

El cuerpo como tierra fértil

María Teresa G.



Elaine Vilar Madruga, *El cielo de la selva*, México, UV/Elefanta, 2024, 272 pp.

¿Qué lugar ocupa el cuerpo de las mujeres dentro de un mundo impulsado por la necesidad de producir? ¿Es la maternidad una mentira bien contada que justifica la *biologización* (y capitalización) de los cuerpos menstruantes? ¿Es el cuerpo de las mujeres un recurso natural más en potencia de ser explotado, aprovechado y desechado?

Desde el horror y la incomodidad, Elaine Vilar Madruga (La Habana, Cuba, 1989) plantea estas y otras preguntas en *El cielo de la selva*, novela publicada en España por el sello editorial Lava (2023), que llega a México en una coedición de la Editorial de la Universidad Veracruzana y Elefanta Editorial (2024).

La novela encuentra su centro en los personajes femeninos, en su *derecho a la furia*, como la misma autora ha señalado en algunas entrevistas. Esta furia es heredada, ha sido parida generación tras generación; estos personajes habitan la condena de tener que ofrecer sus cuerpos al servicio de algo más grande, desconocido y poderoso: la selva.

La novela encuentra su centro en los personajes femeninos, en su *derecho a la furia*, como la misma autora ha señalado en algunas entrevistas. Esta furia es heredada, ha sido parida generación tras generación; estos personajes habitan la condena de tener que ofrecer sus cuerpos al servicio de algo más grande, desconocido y poderoso: la selva.

La selva difumina los límites entre espacio y personaje: es territorio, pero también un organismo indómito que, sin terminar de definirse, presenta necesidades e ira. Se expande con vitalidad y fuerza, mientras que, a la vez, esconde en su interior la cautela y el misterio propios de los laberintos. La selva da desde su abundancia edénica, pero exige siempre algo a cambio. Las mujeres son las responsables de calmar la ira de la selva, que no es sino la ira del mundo, y se ven obligadas a dar, a manera de tributo, a sus hijos e hijas.

El ecofeminismo, en su vínculo con la ecocrítica literaria, sirve como un lente desde el cual se pueden mirar conexiones interesantes entre los personajes femeninos y la naturaleza dentro de la novela, así como el compromiso ético que supera las barreras del libro y del relato. En este sentido, *El cielo de la selva* dialoga, por ejemplo, con tradiciones literarias en donde la naturaleza se presentó como sinónimo de lo femenino —como desarrolló Carolyn Merchant en *La muerte de la naturaleza* (1980), donde analiza, con un enfoque histórico, las imágenes y tópicos que ayudaron a definir creencias y conocimientos en cada época, y que evidencian la interrelación

entre los procesos de degradación de la naturaleza y de la mujer. Dicha naturaleza se encarga de atender las necesidades de los hombres, provee, es benévola, pero también puede ser salvaje y necesita ser domesticada y sometida: la naturaleza y las mujeres como fuentes de recursos, las mujeres como cuerpos sin voluntad que se ponen al servicio de la satisfacción de *los otros*. Merchant plantea la *mecanización* de la naturaleza en la Era Moderna, representada como la explotación, extracción y deforestación del territorio: el medio ambiente se sacrifica como promesa del progreso. En *El cielo de la selva* hay un planteamiento similar, retomando la conexión entre la opresión de la naturaleza y la de las mujeres: el cuerpo femenino es una máquina reducida a “dar a luz”, sin derecho al descanso, se explota hasta su límite. Hay un orden inexplicable que se acata, las mismas mujeres se encargan de difundir y preservar el relato: con la selva no se juega.

Los personajes de la novela de Vilar son complejos: algunas se resignan y aceptan la condición de materno y ofrecen su cuerpo, su útero y sus “frutos”; otras rechazan el designio de convertirse en madres biológi-

cas y sufren la constante y violenta presión del *deber ser*. Sin embargo, todas comparten el mismo destino: transformarse, ya sea por la vejez, ya sea por la enfermedad, en terrenos estériles o en cuerpos desechables, y parecen conscientes de ello.

Es clave la tensión que existe entre los personajes femeninos y su sexualidad —que para la ecofeminista Maristella Svampa es un rasgo despreciado y relacionado con las mujeres—, aquellas decisiones y prácticas que atraviesan lo corporal. Su contexto las moldea y valida desde ahí: mientras que la maternidad se bendice, la prostitución, por ejemplo, cosifica el cuerpo hasta borrarle el nombre y la identidad. El cuerpo femenino sometido siempre a la mirada de los otros. Aparece también el autodescubrimiento en una edad temprana, retratada no desde la inocencia y la santidad, sino desde el descaro y la malicia, una propuesta poco común en la literatura contemporánea.

Por otro lado, los personajes habitan en el margen de la selva, marcan una distancia con ese espacio que exige sacrificios y tributos, ese espacio que representa la muerte. Algo tienen en común todos los personajes, tanto femeninos como masculinos: pertenecen a una colectividad desprotegida y aislada por el sistema capitalista. Por momentos la selva pierde su carácter mágico y se presenta como una fosa común, “un ataúd de brazos abiertos”, construida por el narco y los militares, ¿quién o qué decide qué cuerpos viven y qué cuerpos mueren?, ¿cuáles son los territorios prescindibles para la sociedad de consumo? Desde la lógica de la biopolítica, ¿cuáles son los cuerpos que se dejan morir? A Vilar le interesan los personajes invalida-

dos por el sistema: las mujeres enfermas, las niñas, las “locas”, las drogadictas, las “salvajes”. Estos personajes femeninos resisten desde su exilio y se oponen al olvido. Es necesaria la desacralización y la desmitificación de la naturaleza, explica Svampa, para pasar sobre ella; en ese sentido, es necesario no solo desterrar a los cuerpos, sino también arrebatárles lo humano, el nombre, para sacrificarlos: “Ojalá me fuera tan fácil olvidarlo porque entonces su cuerpo no sería más que un cuerpo nuevo en la selva: los que tienen nombre son más difíciles de ver” (211).

En otro punto, el ecofeminismo retoma principios de la “ética del cuidado”, de Carol Gilligan, considerada durante mucho tiempo como exclusivamente femenina (incluso cuando existen mujeres que reniegan de cuidar y preservar), que proponen una práctica relacional más allá del género (incluye la necesidad de cuidados por parte de sujetos masculinos) y de la especie (busca defender ecosistemas). Dentro de la novela, no solo se respeta y custodia a la selva: se incluyen otras maternidades posibles, otros cuidados, maternidades no biológicas. Así, aborda con una ternura desgarradora la relación con las mascotas o animales domésticos, así como el deseo y la maternidad compartidos entre amigas. La “ética del cuidado” implica una interdependencia (o eco-dependencia), en donde los cuerpos y las vidas deberían ser protegidos más allá de su utilidad o de su anormalidad, gesto presente en la novela. Estos cuidados se contraponen a la violencia y la crueldad que esconden todos los personajes, lo que los hace aún más completos y humanamente contradictorios. La dualidad es constante: vida y muerte, huma-

no y no-humano, sano y enfermo, razón y sensación: el relato se resiste a una sola categoría.

Además de dominar los temas expuestos, la propuesta literaria de Vilar comprende también rasgos formales. A lo largo de la novela, lleva al lector por distintas voces narrativas, deja a los personajes hablar por sí mismos: individual y colectivamente (haciendo uso de la primera persona plural, del “nosotros”, sugerencia inusual y atinada). El cambio de voces es fluido, y además de construir una complicidad con quien las lee, recuerda cuáles suelen ser los personajes que, históricamente, son dueños de la palabra.

Abordar *El cielo de la selva* desde la ecocrítica y el ecofeminismo permite entender su carácter ético, su compromiso con luchas sociales, tanto ecológicas como feministas. El acercamiento a sus personajes y espacio encausa al lector a ver el mundo como un solo organismo, a mirar con otra sensibilidad el cuidado de los cuerpos y de los territorios. La novela no solo plantea preguntas incómodas: desafía la creencia de la superioridad humana por encima de la naturaleza, desafía la cultura de guerra contemporánea, desafía la idea de que a las mujeres no les pertenecen, ni siquiera, sus cuerpos: “Nada te pertenecía. Nada era tuyo por completo. Ni siquiera tu hermana, ni siquiera tu madre, ni siquiera tu cuerpo” (118). **LPyH**

María Teresa G. (Xalapa, 1998) es artista interdisciplinaria. PECCA Veracruz 2024, estudió Lengua y Literatura Hispánicas, Fotografía y Diseño de Cartel (UV), Literaturas Comparadas (Universidad de Granada).

La autonomía animal

Héctor Justino Hernández



Franz Kafka, *Cuentos de animales*, trad. José Rafael Hernández Arias y Luis Fernando Moreno Claros, Barcelona, Arpa, 2024, 196 pp.

Reiner Stach, el mayor biógrafo de Franz Kafka, advierte en los animales de la obra del autor checo una realidad autónoma. Sus personajes zoológicos parecen construir una cultura aparte de la humana. Este punto de vista permite una lectura desde la construcción de mundo ficcional que prepondere la manera en que Kafka hizo una representación de la experiencia animal autónoma. La humanización de los animales es una práctica literaria que hunde sus raíces en el origen de la cultura. En las historias de la antigüedad estos tendían a aparecer como alegorías. Dicha postura, a partir de la Edad Media, se intensifica con las ideas que les negaban una identidad propia y los consideraban mecanismos de relojería. El especismo —la creencia en la inferioridad de determinadas especies— impedía pensar en los seres vivos como criaturas que existen con independencia del ser humano. Estas ideas se mantuvieron hasta ya entrado el siglo xx y quizás las primeras ficciones de Kafka, aquellas con las que abre el volumen aquí reseñado, se encuen-

tran más cercanas a la alegoría que el resto debido a la influencia cultural del siglo anterior. “Chacales y árabes”, “El nuevo abogado”, “Pequeña fábula” y “En nuestra sinagoga” remiten a una realidad en la que el judaísmo, las relaciones entre razas y la incomprensión ante lo otro es evidente. En dichos cuentos hay un observador humano que señala una anécdota en la que los animales no se comportan como deberían. El hecho extraordinario no mueve al asombro; los personajes se adaptan rápido al comportamiento anormal de las criaturas. Estos cuentos presentan una simbiosis entre humanos y animales que remite a un segundo significado semejante al alegórico. La diferencia respecto a las fábulas –por dar un ejemplo de narraciones con alegorías– es que en Kafka la moraleja, el hecho didáctico, es solo un posible componente de la ficción y no un significado impuesto. A dicha característica contribuye la mirada narrativa que permanece a la distancia, imparcial.

Existe otro grupo de cuentos, por cierto los de mayor extensión, en donde es posible observar lo que Stach llama “autonomía desconcertante” y que, por sus características, recuerdan más al estilo kafkiano que los otros. En dicho grupo, el autor de *El proceso* se deshace de los últimos resabios alegóricos de la fábula y construye una visión adelantada a las ambiciones posthumanistas que ponen en crisis el pensamiento totalitario del Renacimiento: el hombre como centro del mundo. “Un informe para una academia”, “Investigaciones de un perro”, “La madriguera” y “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones” son, amén de lo mejor logrado en el libro, cuentos en donde los animales configuran su propio mundo posible, separado de los ideales humanistas. Esto último habla de la sensibilidad kafkiana para identificar la vacuidad y la

ironía en el comportamiento humano, y la validez de la perspectiva del otro, en este caso, de la naturaleza y sus habitantes. Quizás la ficción cuya más conocida al respecto es *La metamorfosis* –también traducida actualmente como *La transformación*–, no incluida en el libro, según aclara el escritor del posfacio, Reiner Stach, debido a que presenta el caso de una persona convertida en criatura y no de una criatura que adquiere pensamiento. Los relatos de *Cuentos de animales* amplían, complementan y revelan las inquietudes de Kafka, poniendo el énfasis en su indagación en las posibilidades de un ambiente construido con autonomía de influencias humanas. El volumen, además, se diferencia de la traducción titulada *Bestiario*, porque incluye dos cuentos extensos (“La madriguera” y “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones”, casi la mitad del libro) descartados por la anterior.

Así, “La madriguera” es un cuento sobre la angustia de un ser que cae en un delirio paranoico debido a su incapacidad para proteger el espacio que habita. En esta historia, una criatura, tal vez un zorro (Stach se decide por un tejón), aunque no queda del todo claro, habita en una serie de túneles y pasillos interconectados que él llama “castillo”. Vive a sus anchas, pero temeroso de una incursión desde el exterior que eche por tierra las precauciones que ha tomado para protegerse. Un día comienza a escuchar un ruido que lo lanza a la búsqueda frenética por encontrar el origen. La madriguera, en tanto que microcosmos de un solo habitante, ecosistema siempre en peligro de desaparecer, se convierte en prisión. La criatura que ha hecho de ese lugar su mundo empieza a sentirse asediada y a entrar en colapso. Kafka advierte la estrecha relación entre el hogar y el individuo, entre el universo físico y el ser humano. En medio de la locura tecnócrata,

el horizonte transhumano y la fantasía de la singularidad, un cuento como este recuerda el sutil equilibrio de un ecosistema y la facilidad con la que los espacios se destruyen ante la incursión de elementos perturbadores.

Por otro lado, “Josefina la cantante o el pueblo de los ratones” introduce a un narrador que relata la vida de Josefina desde su calidad de espectador. La única cantante de la sociedad ratonil se convierte en un elemento momentáneo de cohesión grupal. De este modo, además de la metáfora sobre la posible inutilidad del arte, prima una visión desencantada del porvenir: “Ella [Josefina] es un pequeño episodio en la eterna historia de nuestro pueblo y el pueblo superará la pérdida” (172). Kafka muestra la artificialidad de la cultura, ya sea humana o roedora, y su fugacidad ante el avasallante sueño de la naturaleza.

Cuentos de animales resulta así en una antología que brinda un asomo a la perspectiva kafkiana del mundo animal. La traducción de José Rafael Hernández Arias y de Luis Fernando Moreno Claros, a diferencia de otras anteriores, hace justicia a la complicada sintaxis que entrelaza la trama con las reflexiones del narrador. Aunque los primeros textos recurren a la alegoría, cuando Kafka le cede la voz a los animales surge un mundo independiente, una alteridad que increpa los límites de lo humano y expande el entendimiento sobre las posibilidades de las relaciones entre los seres vivos. Este ensanchamiento de la comprensión sobre otras criaturas rompe con el lugar común del romanticismo que miraba la naturaleza como espacio ideal o salvaje, e instaura una manera crítica, a la vez que empática, de reflexionar sobre ella. **LPyH**

Héctor Justino Hernández (Córdoba, Ver.). En fecha próxima aparecerá su segundo volumen de cuentos: *Acaso un descubrimiento al final de la noche*.

DÍAS PERFECTOS

Raciel D. Martínez Gómez

La sola emulación del método fílmico de Yasujiro Ozu bastaría para entender que la cinta *Días perfectos* (2024) dirigida por Wim Wenders, es un mensaje sopesado a favor del retorno a la naturaleza.

Y es que el estilo de Ozu, en el Japón de la posguerra, despojaba de toda parafernalia de producción a su arte narrativo. Minimalista el maestro japonés, sin la brusquedad de la edición y enemigo de las intromisiones sonoras, desarrolló una sintaxis donde el espectador no se percatase de la presencia de la cámara.

Estamos, por ejemplo, en su clásica *Tarde de otoño* (1962), de cara a una experiencia estética donde se olvida el cine para imitar a la realidad, como acertó Eric Rohmer con sus cuentos morales que son la mejor versión del naturalismo.

Así Ozu propuso el “ángulo tatami”, que refleja la amabilidad hacia el huésped que visita la casa, haciéndole la deferencia para sentirse en su propio hogar, y también proyecta la medida para utilizar a esa deidad tecnológica llamada cine. Había en ello, en su horizontalidad de enfoque, una suerte de velado reclamo al antropocentrismo que en la retórica verde es el principal villano.

En este sentido *Días perfectos* se distancia de los extremos panegíricos y panfletarios, para colocarse en un equilibrio

más oriental que de Occidente. Nos sitúa en una trama sencilla donde no se percibe la nostalgia por el mundo natural tipo *Avatar* (2009) de James Cameron o *Rebel moon* (2023) de Zack Snyder en la ciencia ficción y hasta en *Furiosa: de la saga Mad Max* (2024) de George Miller. Tampoco intenta atemorizar por la deshumanización evidente de las grandes ciudades que padecen una degradación del medio ambiente, como sucede en el *Blade Runner* (1982) de Ridley Scott con la lluvia ácida.

Wenders se salta esa tendencia ambientalista que plantea como premisa al ser humano como depredador, destructor inconsciente que se rinde ante el progreso. Alarma global que filmes de animación han sorteado con sutil humor como en *Wall-e* (2008) de Andrew Stanton e *Isla de perros* (2018) de Wes Anderson, por citar películas con inteligencia para maniobrar con la ideología ecologista; incluso, el mismo Anderson en *Asteroid city* (2023) es muy irónico para describir el *American way of life* que giró alrededor de la energía nuclear. El trasfondo es apocalíptico, sí, pero las anécdotas no están encriptadas en clichés que lleven anticipadamente a una lectura del triunfo de la corrección política.

En *Días perfectos* la relación asimétrica entre hombre y naturaleza es obviada y no por falsa

neutralidad. Lo que pasa es que el egocentrismo está anulado por un hombre sabio que se dedica a lavar baños. Wenders no pretende enseñar con el Dios de las pequeñas cosas que cuida a su humilde trabajador. Más bien, la mera exposición de la rutina diaria exhibe a su contraparte y gozamos de su tranquilidad individual; no requiere de objetos espectaculares de consumo, sino se conforma con lo mínimo: literatura como *Las palmeras salvajes* de William Faulkner, los cuentos de Patricia Highsmith y los ensayos de Aya Koda y su música rockera que en cualquier momento es un bálsamo.

Es importante mencionar que Japón no le es ajeno. Para nada se aprovecha de la coyuntura del discurso woke que en la etapa actual justifica en posibilidades de torcer relatos. El director alemán rodó hace casi cuarenta años el documental *Tokio-ga* (1985), un testimonio sobre su admirado Ozu, donde entrevista a Yuharu Atsuta, su fotógrafo, y a Chishu Ryu, uno de sus actores principales. La cinta todavía sorprende por lo que combina: la obra del equipo de Yasujiro y la modernidad de un capitalismo del ocio.

Ahora *Días perfectos* tiene un camino semejante, pues no ignora ni moraliza al Tokio sofisticado que alcanza la asepsia colectiva, tal y como lo captó Werner Herzog en *Fa-*



Fotograma de la película *Días perfectos*

mily Romance, LLC (2019) con la convivencia de esplendurosos jardines públicos y la gélida robotización de los servicios hoteleros. Luego de *Tokio-ga* Wenders consigue relatos prístinos donde el horizonte es majestuoso por encima del hombre. En *París, Texas* (1984) el desierto adquiere resonancias de homenaje a la América rota; después siguieron *El cielo sobre Berlín* (1987), *¡Tan lejos, tan cerca!* (1993) y *Hasta el fin del mundo* (1991) contrastando la ignominia humana y la trascendencia de la escena natural.

Recordemos que, para posicionar el discurso del retorno a la naturaleza, el cine tiene el sartén por el mango. Habría que repasar el antropomorfismo de los animales para advertir que el séptimo arte es de los principales instrumentos de comunicación para condenar los vicios humanos. El ánimo fabulador en las películas adquiere diversas maneras de moralizar las circunstancias en donde se vincula al animal con el humano.

En otro espacio hemos señalado las grandes metáforas

donde el ego del hombre es derrotado, como en *Moby Dick* (1956) de John Huston, *Aliens: el octavo pasajero* (1979) de Scott, *Los pájaros* (1963) de Alfred Hitchcock, *King Kong* (2005) de Peter Jackson, *El caballo de Turín* (2011) de Béla Tarr, *Al azar*, *Baltazar* (1966) de Robert Bresson e *Isla de perros* (2018) de Anderson. Agregaríamos *Danza con lobos* (1990) de Kevin Costner, *Cazador blanco, corazón negro* (1990) de Clint Eastwood y hasta *Babe, el puerquito valiente* (1995) de Chris Noonan como muestras de usar a los géneros en favor de buenas causas.

Señalamos esta ventaja del director demiurgo para enfilar los temas hacia una agenda progresista, porque en el caso de Wenders también se vale del contexto de la cinta para entintar de modo exquisito la postura de *Días perfectos*. Nos referimos a un rasgo formal, un efecto luminoso cuanto más revelador de la generosidad de la naturaleza.

Frente a esta avasallante y silenciosa posmodernidad, el haz de Wenders nos introduce a una zona de reflexión. Ya tenía-

mos ese reposo de la cámara inspirado en Ozu –el tatami–, pero la pureza atmosférica, su diafanidad, proviene del *komorebi*. El mismo Wenders, como exégesis, ofrece la definición del *komorebi* que se convierte en el tono filosófico: cuando los rayos de sol se filtran entre las ramas de los árboles para apenas bañar el suelo, entonces presenciamos el *komorebi*. Esta levedad de luz invita a la relajación. Así, el protagonista encuentra un lunar de sosiego sentado en la banca de un parque entre el desbocado Tokio.

El *komorebi* se vuelve el focus y con él Wenders alcanza el estado de gracia sin ninguna desgarradura. Es calmo, tenue, gentil, evita desgañitarse y, al contrario, en un punto por demás dialéctico, el interior dialoga con el entorno logrando un mensaje sopesado a favor del regreso a la naturaleza. **LPyH**

Raciel D. Martínez Gómez es investigador del Centro de Estudios de la Cultura y la Comunicación de la UV. Obra reciente: *Xalapa sin Variedades*.

Bioética ante la emergencia

Ariadna Valenz

En este momento histórico hablar de bioética resulta urgente, ya que la crisis humanitaria y la delicada situación medioambiental, así como el maltrato a los animales y la sobreexplotación de los recursos naturales son evidencias tangibles del peligro que representa nuestra especie para la naturaleza. Un riesgo exacerbado por nuestra visión antropocéntrica y por el divorcio que existe entre la ciencia y los valores éticos.

“El término bioética tiene un origen etimológico bien conocido: *bios-ethos*, comúnmente traducido como ética de la vida” (Postigo 2015), por lo cual es importante enfatizar que esa disciplina es la ciencia de la vida y la sobrevivencia. Cuando hablamos de este tipo de ética no se está pensando solo en preocupaciones centradas en humanos, sino en una ética que valore la vida en todos sus aspectos, de los más pequeños organismos a los más grandes, justo porque cada uno de ellos cumple su función en la naturaleza. En este sentido, la bioética es la reflexión filosófica que asume una ética de cuidado y sobrevivencia frente a todo lo que tiene vida.

El primero en pensar y acuñar dicho término fue el alemán Fritz Jahr, filósofo, educador y pastor protestante, quien lo menciona por primera vez en el año de 1926, en el texto “Die Wissenschaft vom Leben und Sittenlehre” [La ciencia de la vida y la enseñanza de la moral]. Sin embargo, el texto donde más se difundió fue publicado como editorial en la revista *Kosmos*, en 1927, que cita el término desde el título mismo “Bio-Ethik: Eine Umschau über die ethischen Beziehungen des Menschen zu Tier und Pflanze” (publicado en español como “Bio-ética: Una perspectiva de la relación ética de los seres humanos con los animales y las plantas”, Lima y Cambra 2013). Allí define el concepto como “La ética de la vida, que se ocupa de las relaciones entre el ser humano y los otros seres vivos, incluyendo a los animales y a las plantas. En esta ética, se debe considerar a todos los seres vivos como sujetos de valor, y la dignidad y el respeto hacia ellos deben ser principios fundamentales en nuestras decisiones y acciones” (Jahr 1927). Posteriormente, autores como el bioquímico estadounidense Van Rensselaer Potter y el obstetra holandés-estadounidense André Hellegers dieron predominancia al término y aportaron sus propias reflexiones.

Fritz Jahr, pese a su origen alemán, cultivó y desarrolló su perspectiva científica entre 1924 y 1934, hasta que sus publicaciones fueron prohibidas debido a que sus ideas filosóficas y éticas eran incompatibles con la ideología del régimen nazi, por lo que tuvo que refugiarse en el ambiente teológico y pastoral.

Jahr recupera una forma de ver, pensar y apreciar el mundo que no pertenece a una sola cul-

tura, sino que acompaña desde la antigüedad a todas las civilizaciones del planeta. Por ejemplo, de san Francisco de Asís retoma el respeto por las plantas y los animales. Además, en la visión de Jahr influyen las teorías e ideas de Schopenhauer, Theodor Fechner y Rudolf Eisler.

En el artículo “La bioética según Fritz Jahr: idea y cosmovisión. Referencias contextuales y narrativas del surgimiento del concepto” se menciona que la humanidad debe encarnar conductas que le den sentido a la bioética. Y cita: “¡Ante todo, cuida a cada ser vivo como un fin en sí mismo y trátalo como tal en la medida de tus posibilidades!” (Lima y Cambra 2013). Fritz Jahr asume como virtud, principio moral y cultural el imperativo categórico de Kant (que dice que debe tratarse a los demás como un fin en sí mismo y no como un medio), pero lo amplía a todas las manifestaciones y formas de vida; es decir, que no solo debemos aplicarlo con nuestros semejantes, sino con todos los seres vivos y el medio ambiente, desde los organismos más pequeños –*los invisibles*– hasta los visibles como los bichos e insectos, y así hasta llegar a las plantas y animales.

Cabe destacar que las bases de la ciencia de la supervivencia también se nutrieron de la ética protestante (con valores como la autonomía, la conciencia del deber moral y el cuidado de la naturaleza), la filosofía (especialmente a partir de la filosofía de la naturaleza clásica y la filosofía ética de Kant) y los valores comunitarios (como empatía, solidaridad, justicia y sentido de responsabilidad hacia la otredad).

La influencia cultural de Wagner, Goethe, Herder y Hans Christian Andersen, así como de las sagradas escrituras, enrique-



Erick Ocaña: Salamandra gigantesca de arroyo (*Isthmura gigantea*). Endémica, en peligro de extinción (UICN)

ció la perspectiva de Jahr para concebir el concepto de bioética, dando inicio conceptual a la conciliación de la ciencia y la filosofía, para crear nuevas perspectivas que reorienten los actos del hombre sobre todas las expresiones de la vida y su medio ambiente.

Toda desventura nos alcanza y es imposible no sufrirla por más que nos ocultemos en la aparente felicidad de la ignorancia; ahora al aire no le atribuimos ninguna transparencia, ya su roce con nuestra piel no es una tersa caricia sino áspera, y la sensación del calor del sol ya no significa un encuentro cálido con el mundo sino una abrasadora e infernal experiencia. Hoy por hoy, la frivolidad humana es alimentada por el individualismo y el consumismo que homologan las particularidades culturales y que ahogan a la vida en el llanto de la insatisfacción, no por algo Schopenhauer

escribe que "... en el fondo, toda individualidad es un error especial, una equivocación, algo que no debiera existir; y el verdadero objetivo de la vida es liberarnos de él" (2007).

Desafortunadamente, el sino de nuestra época está marcado por las *relaciones* falsas y utilitarias; nuestros días carecen de autenticidad, están volcados en intentar saciar los apetitos artificiales que en nada exaltan la vida y que niegan la vida de la naturaleza como si no fuésemos hechos del mismo polvo que es el alma de toda la materia en el espacio. Por ello, la oportunidad de revisar las ideas de Jahr nos brinda, en esta época de emergencia y vacíos éticos, la oportunidad de plantearnos una visión filosófica que nos permita reencontrarnos con la naturaleza y respetar hasta al más diminuto de los seres. Tengamos presente que este también es un principio de conservación:

el reconocimiento del valor y la vida del otro equivale a respetar y cuidar nuestra propia existencia, pues no existimos fuera del ecosistema, y amedrentarlo, sobreexplotarlo o ignorar el impacto de nuestras afectaciones sobre él es simplemente renunciar a la vida.

La ciencia sin conciencia no augura el buen porvenir de la vida en el planeta. La bioética nos sugiere y señala que la vida no proviene de la nada; por lo tanto, se requiere pensarla desde otros paradigmas. Nos muestra, además, que la vida es, en su médula misma, una y plural; se define como la ciencia de la supervivencia de lo humano. No es exagerado decir que la vida en general en la Tierra, y la vida de las mujeres y hombres, están amenazadas por las consecuencias de un modelo de desarrollo económico que promueve conductas perniciosas que ponen el beneficio económico y la mer-



Erick Ocaña: Serpiente ojo de gato (*Leptodeira septentrionalis*)

cancia por encima de la vida. Dichas conductas sociales son el origen de una ignorada pandemia: la desigualdad. Es por esto que promover y dar a conocer el alcance y significado de la bioética es impulsar un cambio de paradigma social, cultural, económico y ambiental; uno que reorganice y enriquezca la existencia contemporánea y, de tal forma, construya otra cultura que se comprometa con el respeto a la vida del medio ambiente.

Antes de concluir, es preciso reconocer que la naturaleza es la fuente de toda vida. Si continuamos sobreexplotándola y descuidándola, no solo podríamos borrar cualquier rastro de nuestra presencia, sino también comprometer el futuro de las generaciones venideras, condenándolas a enfrentar un mundo desprovisto de equilibrio, recursos y plenitud. Es triste y aterrador por nuestra parte haber creado condiciones

artificiales para sostenerla, o ser la causa por la que la naturaleza sobreviva entre las grietas del concreto o en las islas verdes de nuestras ciudades.

La bioética nos recuerda que somos todo lo que está vivo, y que todos los organismos que habitamos en el mundo nos movemos para sobrevivir. Pero debemos admitir que nuestro paso como especie en este delicado ecosistema ha producido serios daños al equilibrio de la vida. Es esencial reflejarnos en todos los seres vivos, procurar una reconciliación con la naturaleza, pues durante buena parte de los últimos siglos la humanidad, por voluntad propia, se arrancó de raíz de ese jardín prodigioso. **LPyH**

REFERENCIAS

Jahr, Fritz. 1927. "Bio-Ethik: Eine Umschau über die ethischen Bezie-

hungen des Menschen zu Tier und Pflanze". *Kosmos*.

Lima, Natacha Salomé e Irene Cambra Badi. 2013. "La bioética según Friz Jahr: idea y cosmovisión. Referentes contextuales y narrativas del surgimiento del concepto". *Acta Académica*. Obtenido de *Acta Académica*: <https://www.aacademica.org/000-054/34>.

Postigo Solana, Elena. 22 de octubre de 2015. "Bioética definición: qué es; concepto de bioética y corrientes actuales". *bioeticaweb*. *bioeticaweb*: <https://www.bioeticaweb.com/concepto-de-bioetica-y-corrientes-actuales/>.

Schopenhauer, Arthur. 2007. *Metafísica del amor/Metafísica de la muerte*. Barcelona: Folio.

Ariadna Valenz es filósofa y escritora; ha combinado su formación en creación literaria y comunicación científica, destacándose en el ensayo como puente entre ambos campos.

Hay escrituras como agriculturas: silenciadas

Amparo Albalat Botana

Este ensayo, presentado en formato de carta, está dirigido a las egresadas del Programa Interinstitucional de Especialidad en Soberanías Alimentarias y Gestión de Incidencia Local Estratégica (PIES ÁGILES) del Conahcyt. Este programa comenzó a finales de 2021, en un contexto marcado por el uso de cubrebocas, vacunas y un gobierno que impulsó programas agroecológicos, así como la reducción del uso de glifosato, un herbicida ampliamente utilizado en la agricultura. De esta experiencia de formación surgen dos elementos clave: la virtualidad y la escritura alfabética, que, como herramientas de espacio y forma, destacaron desigualdades territoriales y ejercicios de poder.

A partir del contexto del programa, emergen tres reflexiones fundamentales: 1) Hay escrituras silenciadas y marginadas, al igual que formas de cultivo menos reconocidas. 2) Nuestras prácticas de escritura están colonizadas por un modelo alfabético hegemónico, de forma similar a la colonización de la tierra por la “revolución verde”. 3) Para transformar y sobrevivir, debemos visibilizar cómo nos vinculamos con la lectoescritura y la tierra, relaciones profundamente marcadas por el poder.

Egresadas PIES ÁGILES, en un mundo que niega las diversidades de escritura y cultivo, la

invitación es a reconocer la capacidad creadora de cada una a través de prácticas comunicativas orales, escritas y multimedia. Es necesario cuestionar las exclusiones en la producción de conocimiento y rechazar la imposición de un único modelo letrado, cultural y tecnológico.

Rancho Viejo, Tlalnahuayocan, Veracruz, 16 de mayo, 2023

Queridas especialistas en agroecologías y soberanías del programa PIES ÁGILES. Hace casi dos años que tenemos una relación epistolar. He leído todas y cada una de sus entregas, entablado un diálogo, o más bien varios, vía plataforma, la cual, como sabemos ha privilegiado la escritura. Así, de manera parcial, me he ido enterando de sus sentires, intereses, actividades, vínculos y deseos para con ustedes mismas y sus Comunidades de Aprendizaje, y de sus luchas y resistencias en la defensa de sus metros cuadrados de autonomía. Así, consciente de que, al menos en la academia, sigue vigente el dicho de “papelito habla”, quiero escribir sobre sus prácticas narrativas, que apuestan no solo por la construcción de vínculos comunitarios sino por el cuidado y conexión con la tierra y el agua, generando una contrapropuesta a los modos de producción y consumo en los que estamos atrapadas.

Les comparto que, desde el lugar privilegiado que da la labor docente, he podido imaginar su cotidiano, develando para mí numerosas formas de ver y vivir en este mundo, así como los diferentes centros y sures que hay en cada estado, reflejados en las varias formas de narrar. En este sentido, tres ideas vienen a mi mente: 1) Hay escrituras silenciadas, dormidas, marginadas y

otras con mayor protagonismo, lo mismo que formas de cultivar la tierra. 2) La mayoría de nuestras letras están colonizadas por la exigencia de una escritura alfabética occidental o hegemónica, de igual manera que la tierra con la revolución verde. 3) De existir alguna oportunidad de transformación y sobrevivencia, debemos comenzar por entender y visibilizar las diversas formas de vincularnos con la lectoescritura, así como con la tierra, relaciones ideológicas e históricamente articuladas, atravesadas por el poder.

Entonces, como es de esperarse, no todas las narraciones, orales y escritas, tienen el mismo valor cultural ni social, sumado a que hay personas, incluso dentro del mismo Conahcyt, que asumen que las masas ni leen, ni saben, ni les gusta, ni les interesa “la cultura”, aunque difícilmente ponen un pie en los barrios o en las comunidades campesinas para saber qué están leyendo, las razones por las que eligen leer lo que leen, y las maneras que tienen para hacerlo.

En este orden de ideas, tanto hay escrituras como agriculturas: algunas subvaloradas, invisibles, marginales, de mujeres o propias de los “pobres”; y otras pertenecientes al discurso de paquete tecnológico, incluyendo la agricultura orgánica o hidropónica, que se promociona como desinteresada, neutral, inocua, masculina, producto de agricultores modernos, innovadores, letrados y conscientes. Con estos procedimientos, que ya no percibimos de tan naturalizados que están, se van ocultando otras maneras de narrar, lo mismo que de cultivar la tierra, produciendo masivamente una población cuyo conocimiento y disposiciones hacia la cultura letrada son limitados, promovien-

do, a menudo, rechazo hacia los saberes y prácticas culturales mediadas por la escritura. Asimismo, hay que recordar que el alfabeto occidental no es la única escritura que debería tener validez. De manera semejante, sabemos que la agricultura de la revolución verde no es la única forma de cultivar y obtener productos de la tierra y el agua, y que los supuestos efectos beneficios que produce ocurren en deterioro o sacrificio de unos seres sobre otros.

Observemos el tipo de textos y gráficos que dominan la producción escrita en relación con la agricultura. Este lenguaje que nos resulta familiar, ha constituido prácticas discursivas ligadas a visiones del mundo específicas (creencias, valores, identidades) en beneficio de unos pocos. Considerando esta situación, les pregunto: ¿cómo tomar distancia de los programas de extensionismo que históricamente han contribuido a negar nuestra inteligencia, voz y autonomía? ¿Cómo podríamos escaparnos del lenguaje que la revolución verde implantó en nuestro hablar, escribir y relacionarnos con la tierra?

Respondiendo a estos cuestionamientos, la propuesta es entonces adentrarnos en la función transformativa que ofrece el lenguaje, en personas que, como ustedes, practican agriculturas tradicionales, agroecológicas, en transición, reconociendo la acción y la práctica social. De cara a posicionarse, a investigar cómo se está negociando el poder y participar de ello. Poniendo la lengua y sus prácticas al servicio de las vidas campesinas en la voz de ustedes mismas

y sus Comunidades de Aprendizaje. Haciendo uso de otros sentidos, de otras maneras de contar, a través de los cuerpos, objetos, relaciones, música, tejidos o bordados, cromatografías, memorias, paisajes, territorios o palabras dichas. Abandonando aquellas ideas o prácticas fijas del texto universal, canónico o correcto. Permitiendo la vacilación, los silencios y la producción creativa.

Se trata de un giro identitario. Imaginen que comienzan a escribir sobre lo cotidiano, sobre lo significativo. Que se apropian de discursos y prácticas letradas como medio de autoconocimiento, autodeterminación y expresión pública de su voz... Desafiando las escrituras y agriculturas dominantes, profundizando en las implicaciones que la revolución verde ha traído a nuestras vidas, con sus discursos y sus paquetes tecnológicos. Las imagino haciendo escritos afirmativos, creando registros explícitos, usándolos para representar sus pensamientos y/o los de sus Comunidades de Aprendizaje. Entonces, publican escritos y expresan o plasman oralidades que reconocen diferentes contextos y discursos, como formas de acción social, redactadas, pensadas por ustedes, científicas locales-comunitarias, generando textos como acciones sociales y así, estos escritos, con total sentido pedagógico (no instrumentalizados), expresarán intenciones propias, como autoras y agentes de su lugar en el mundo.

Se podría empezar por resignificar y sanar eventos y prácticas letradas concretas formando parte de un movimiento de creación más amplia que critique los

modelos que han guiado el desarrollo intelectual, económico y político, lo mismo que las relaciones o conexiones con la tierra, a través de prácticas de escritura liberadoras que permitan pensar en otras agriculturas posibles.

¿Cómo las campesinas, hijas de campesinas, promotoras comunitarias, maestras rurales afines a la tierra y el agua, como ustedes, se han apropiado de las escrituras? ¿Cuáles son sus contextos con el uso de la escritura y cuáles son las prácticas letradas que las marcaron?

En este mundo que muchas veces nos ha negado, las invito a creerse capaces de escribir, contar y sistematizar sus propias experiencias. Es momento de reconocerse creadoras de sus culturas escritas, a partir de sus prácticas comunicativas orales, escritas y multimedia. Lo que sigue es que creen sus textos, piensen en el fin de esos textos, identifiquen dónde, cómo y por qué se producen conocimientos escritos, quién los produce y quién queda excluido y cómo eso determina las formas. Rechacemos la división entre lo oral y lo escrito, cuestionemos un único tipo de tecnología letrada (la escritura alfabética), un único género de escritura (el artículo o el ensayo), un único uso social (escolar o académico), y un único contexto cultural (Europa y Norteamérica). Las quiere mucho, Payo. **LPyH**

Amparo Albalat Botana es doctora en Ciencias, investigadora por México, Laboratorio de Análisis y Diagnóstico del Patrimonio (LADIPA), El Colegio de Michoacán A.C. Conahcyt.

NUESTROS ARTISTAS DE INTERIORES

Erick Rodrigo Ocaña Díaz
(Xalapa, Ver.)

Licenciado en Biología y maestro en Neuroetología por la Universidad Veracruzana. Actualmente es estudiante de doctorado dentro de la línea de investigación de Biología de la Conducta en el Instituto de Neuroetología. Su investigación abarca diversos campos como la ecología, la etología y la bioacústica, destacando los anfibios y reptiles como principales grupos de estudio. Particularmente se encuentra desarrollando una investigación sobre los efectos de la urbanización y sus contaminantes sensoriales (luz artificial nocturna y ruido antropogénico) en el comportamiento social y el desarrollo en anfibios anuros.

Ha participado en diversos congresos nacionales e internacionales y publicado en revistas científicas y divulgativas. Ha impartido cursos y talleres para diversos públicos (pobladores rurales, trabajadores de la educación y estudiantes de licenciatura y posgrado). Cuenta con experiencia docente a nivel de licenciatura y posgrado dentro de la Universidad Veracruzana. Ha colaborado en el monitoreo biológico dentro de Áreas Naturales Protegidas en el estado. De forma complementaria, se dedica a la fotografía de vida silvestre, lo que le ha llevado a concursar y ser premiado en certámenes de fotografía a nivel estatal y a que sus fotografías sean utilizadas en revistas científicas y divulgativas, y exhibidas en exposiciones fotográficas. Adicionalmente, se encuentra interesado en el uso de fotografías, videos y sonidos de la naturaleza para incrementar el conocimiento de la biodiversidad y fomentar su conservación. **LPyH**

Beatriz Sánchez Zurita
(Xalapa, Ver.)

Es licenciada y maestra en Artes Visuales por la Facultad de Artes y Diseño (FAD), UNAM. Ha realizado más de cuarenta exposiciones individuales en B-Gallery (Tokio, Japón), Kiso Paintings Vol. 3 (Kiso, Japón), Centro Cultural Exconvento Betlehemita (Veracruz, Ver.), Galería Punto, Sokei Academy of Arts and Desing (Tokio, Japón), Plaza Gallery (Tokio, Japón), Museo de Antropología de Xalapa (Xalapa, Ver.), Museo de la Cultura Maya (Chetumal, Q. Roo), Galería de Arte Contemporáneo (Pachuca, Hgo.) y Seminario de Cultura Mexicana (CDMX).

Desde 1985 ha participado colectivamente en más de setenta muestras artísticas, destacando la Primera Biental de Artes Biodiversidad de México (Museo Maya, Cancún, Q. Roo, y Museo de la Ciudad, Mérida, Yuc.), *El amor visto por el arte* (Centro Cultural Cabañas, Guadalajara, Jal.), *Homenaje para Alba Rojo Cama* (Fundación Sebastián, CDMX), *Montar la Bestia* (Center for Latin American Studies, Berkeley, CA., y Fisher Museum of Art, Los Angeles, CA., EUA), *Report Exhibition* (Galería E&C, Fukui, Japón), *Mexicanidad* (Galería Punto, Tokio, Japón), *La Fête des Morts à Paris* (Capilla de Sainte Marie, París, Francia), *Homenaje al maestro Gilberto Aceves Navarro. 70 años de dibujo* (Museo de Arte de Querétaro, Querétaro, Qro.), *Zeigt Ihnen Zeitgenössische Kunst aus México* (Möbelgalerie Schubert, Schwerin, Alemania) y *Zeitgenössische Kunst aus México* (Kunstkaufhaus, Leipzig, Alemania).

Ha obtenido las siguientes distinciones: Premio de Adquisición en pintura (Primera Biental de Artes Biodiversidad de México 2019), beneficiaria del Programa de Estímulo a la Creación y Desarrollo Artístico del Estado de Veracruz, Creadores con Trayectoria (Conaculta-estado de Veracruz) emisión 2004 y 2006, y mención honorífica en el Salón Nacional de Artes Plásticas, Sección Biental de Estampa, INBA.

Artista residente en Open Studio en Toronto, Canadá. Desde 2007 es investigadora del Instituto de Artes Plásticas de la Universidad Veracruzana, en Xalapa, Ver. **LPyH**

